

Superman tiene
los abdominales
de espuma

Laura Cárdenas



Superman tiene los abdominales de espuma

Laura Cárdenas

© 2016 Laura Cárdenas

Abril 2016

Fotografías de portada y contraportada: © 2016 Patricia del Sol

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin el consentimiento de los responsables.

ISBN-13: 978-1530799879

ISBN-10: 1530799872

*A Noelia y Leo,
dos auténticos superhéroes.*

Capítulo 1

El Abogado y Ally McBeal

—Buenos días, Superman, ¿nos levantamos?

Estaba hecho un ovillo extraño boca arriba, con las piernas encima de su barriga, las que apartó con sumo cuidado. Los abdominales de espuma de su traje de superhéroe lo hacían parecer un barrigudo con implantes.

Siempre le resultó curiosa la forma tan extraña que tenía de dormir. Le arremolinó su pelo castaño.

—Venga, Hugo, que no llegamos al cole. Venga, venga, venga... —Comenzó a hacerle cosquillas.

Se abrazó a sus rodillas y en posición fetal le contestó: «Un ratito más», palabras pesadas pero completamente comprensibles.

—Colega, eres un superhéroe. Puedes con todo.

—Me llamo Superman —respondió adormilado.

—Eso quería decir... Pero ¿quién me va a proteger si *Superman* prefiere dormir un rato más? Espera, voy a llamar a *Batman*.

—No mami... yo te cuido.

—Pues tienes que levantarte.

—Vale, me levanto y te cuido.

—Más de lo que imaginas, colega.

A Carlota no le importaba que Hugo durmiera con ella. Llevaba tanto tiempo sola que su mejor amigo

tenía tres años y medio, su tarde perfecta era esa en la que era rescatada de las garras de un monstruo de plástico de diez centímetros por el superhéroe que su hijo decidiera ser ese día y desayunar cereales con cara de dibujos animados en vez de café era el comienzo ideal de cada nuevo día.

Descorrió la cortina de un golpe seco, levantó las persianas y abrió la ventana. El frío invadió la habitación.

Se abrazó a sí misma moviendo sus brazos para entrar en calor de nuevo. Observó la poca actividad en la calle. Parecía que al día le costaba arrancar, tal y como le pasaba a Hugo; tal y como le pasaba a ella aunque fingiera.

Bostezó.

—Venga, Hugo.

—Estoy aquí, mamá.

Lo tenía a su lado con sus zapatillas de aviones, su disfraz de Superman y sus pelos locos.

—Bien, pequeño... vamos a desayunar.

—Mamá, te vas a poner malita.

Carlota miró a sus pies descalzos. Le gustaba sentir el tacto del suelo.

—Vale, me pongo las zapatillas antes, señor responsable.

Hugo sonrió victorioso.

No tenían coche ni creían necesitarlo. Solían viajar en transporte público y hacía mucho tiempo

que se acostumbraron a esa mecánica de vida relativamente organizada: salir de casa sin pausa, correr hacia el metro o el autobús con el viento de cara y el paralizante frío de invierno, el beso con prisa en la puerta del colegio, el «te quiero, pórtate bien y cómete toda la comida».

No era la mejor madre del mundo, pero por muy tópico que sonase, Hugo se había convertido en todo su mundo.

Vivía sola desde su época universitaria, cuando junto con su hermano, cambió el pueblo por la capital para estudiar diseño. Guillermo encontró novia en primero de carrera y a los dos meses se fue a vivir con ella.

Carlota fue una cabeza loca con suerte en los estudios. Aprovechó todas y cada una de las fiestas que se pusieron en su camino.

Cometió errores. Muchos errores. De hecho, Hugo

fue la conclusión de uno de los que tuvo en su último año de carrera, asumido y complicado a partes iguales. Ahora no cambiaría su vida por absolutamente nada.

Llegó a la oficina con dos cafés en vaso de papel. Uno lo dejó en su mesa y otro en la de su hermano justo cuando lo saludaba

—Buenos días, Willy.

—Buenos días, Clara.

—Joder, que frío hace hoy —dijo al tiempo que encendía el ordenador.

—Míriam quiere que vengas a comer a casa.

—Hoy no puedo.

—A ver, ¿qué plan tienes?

No le contestó.

—¿Piensas volver a tener vida social algún día?

—Tengo vida social... Además, voy más veces yo a vuestra casa que vosotros a la mía.

—Tú estás sola.

—¡Zasca! No estoy sola. Tengo a Hugo. Veniros esta noche a casa y hago algo de cena.

—Lo comento y te digo. Pero de verdad, deberías salir y tener vida.

—Vale, papá, ¿trabajamos?

—No me compares con papá.

—¡Pues no me llames Clara! —Sonrió— Y por favor, dejad de una maldita vez de compadeceros de mí. Tú, Míriam, mamá, papá... ¡vale ya! No necesito más de lo que tengo ni mucho menos

forzar ninguna situación. No me apetece salir ni conocer gente nueva. Estoy hasta las narices de que os apiadéis de mí, que parezco una pobre desgraciada de telenovela —contestó con el mismo dramatismo que una de esas intérpretes de culebrón, enfatizando irónicamente el final de la frase.

—¿Desde cuándo no tienes una conversación real con un adulto?

—Se supone que estoy teniendo una.

—¡Venga ya! Me has entendido. Una con alguien que no seamos nosotros cuatro ni tenga que ver con el trabajo.

—Hablo con Sonia.

—Hablas por Skype.

—Si no viviera en Nuevo Méjico hasta la vería en persona.

—No me vale.

—¡Pues a mí sí! Joder, Guille, ¡déjalo! Cuando te levantas con el día *Pedro García Aguado* eres insoportable.

—Nos preocupamos por ti.

—Pues no lo hagáis. Ya pediré auxilio cuando lo necesite, pero de momento creo que no estoy en peligro.

Abrió en *Spotify* una selección de canciones que con tiempo ha ido agrupando en una carpeta llamada «Música para creer y crear».

Y antes de perderse en lo más profundo de su trabajo le contestó:

—Aun así, hermanito, gracias por la preocupación.

Guille asintió con convicción mientras jugaba

entre sus dedos con el bolígrafo de su tableta digitalizadora.

Estaban inmersos en sus respectivos trabajos cuando entró un cliente y se detuvo delante de la mesa de Carlota.

—Buenos días, soy el abogado.

—¿Perdón?

—Pablo Mateo. El abogado.

—Soy Carlota Vega, la diseñadora y sigo sin entenderte.

—Vengo por lo de la citación.

Miró a Guille dubitativa. —¿Qué citación?

—¿Vagué?

—Está dos plantas más arriba... Vagué Diseño y

Moda —Señaló al techo—. Estás en Vegados
Diseño Gráfico.

—¡Mierda! Llego tarde... Gracias —No había salido cuando volvió a la mesa—. Disculpa, ¿tenéis tarjeta?

—Eh... sí.

Sacó una tarjeta de una pequeña cajita de plástico transparente y se la extendió

—Gracias. Te dejo la mía —Sonrió—. Nunca se sabe para qué se puede necesitar un abogado y... por cierto, me encanta la canción que suena.

—Tienes buen gusto entonces.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

—Ese tío te estaba tirando la caña.

—Flipas, Willy.

—Lo que tú digas, Clara. Pero te tiraba la caña.

Lo mandó a callar.

—Te va a escuchar y ¿quieres dejar de llamarme Clara?

—Sabes que no. Trabaja, anda.

Le gustaba su trabajo y compartir las horas con su hermano. Se comprendían bastante bien y sobrevivían en un mercado desgraciadamente cada vez más saturado.

No tenían horarios, pero por ello tampoco terminaban de desconectar del todo.

El día a día se había convertido en algo mecánico. Trabajar, comer algo con prisas en casa o en la propia oficina, visitar a algún cliente y a media tarde recoger a Hugo en la escuela para trabajar desde casa lo poco que este la dejaba.

Los viernes, como hoy, no abrían la oficina por la tarde y eso le daba más margen con el pequeño.

Estaba resguardada en la puerta del edificio. Diluviaba. Escuchó el ruido del control automático que activa la apertura de la puerta, que pocos segundos después se abrió.

—¡Anda! La diseñadora.

—El abogado.

—Buena serie.

—Soy más de *Ally McBeal*.

—Al menos tienes buen gusto en canciones.

—No subestimes mi buen gusto en series. Es sorprendente que conozcas esa canción

—¿Por qué? Tú la conoces. *You can have Manhattan...*

—*Cause I can't have you*

—¿Estás ligando conmigo?

—¿Perdona? —Se resguardó avergonzada en el abrigo.

—Es broma. ¿Te puedo invitar a un café? Lluve demasiado para moverse de aquí y por suerte hay una cafetería junto a tu portal —Señaló a su izquierda.

—Lo siento —Señaló al frente—. Creo que ese es mi taxi. Pero, gracias... eh... Pablo.

—Buena memoria.

—Hasta luego.

—Adiós.

Se alejó en el taxi y lo vio sonreír en la puerta. Era atractivo y elegante. Bastante alto y delgado. No se había podido fijar en más detalles. No sabía si tenía los ojos claros u oscuros. Sonrió al verse intentando recordarlo

—¡Me estaba tirando la caña! —susurró.

—¿Disculpe? —le recriminó el taxista.

—Nada, disculpe, hablaba sola. A Vital Aza, por favor.

Abrió su agenda por el día de hoy viernes, cinco de diciembre. Fin de semana festivo y largo. De

entre las hojas cayó la tarjeta de Pablo. Al cogerla de entre sus pies pensó: «hoy le ha dado por mí al abogado»

Como diseñadora le pareció la tarjeta más simple del mundo, pero en definitiva todas las tarjetas jurídicas lo eran. La escrutó. Un rectángulo de cartulina blanca con el emblema de la empresa en el margen superior derecho, en el centro en negrita su nombre, Pablo Mateo López, debajo en tonos grises se podía leer, Abogado Senior. Dirección, teléfono fijo, móvil y dirección de correo electrónico. Se preguntó si sería ese su número personal o el de un móvil de empresa. Dudó incluso en guardarlo en su agenda. Sonrió al imaginarse escribiéndole un *e-mail* donde le dijera que *El Abogado* es la peor serie legal jamás realizada, le adjuntaría un enlace a Wikipedia con los premios obtenidos por la serie y a su vez se regodearía adjuntando otro enlace con la enorme lista conseguida por *Ally McBeal*.

Se restregó los ojos con los dedos, pues también

pensó que se estaba volviendo loca. Al final, no hizo nada. No lo iba a llamar y esperaba no tener que hacerlo nunca. Al menos no para temas laborales y, mucho menos, para escribirle un e-mail. Eso nunca.

Carlota había conseguido llevar una vida medianamente ordenada, era luchadora y, aunque había noches en las que caía desplomada en la cama por absoluto cansancio, era constante e implacable.

Sencilla a la hora de vestir no solía salir de casa sin al menos «pintarse la pestaña». Posiblemente, en esa sencillez naciera su belleza.

Su seguridad, su elegancia natural (a la que adjudicaba méritos el ser heredada de su madre) y la respuesta amable que siempre tenía para todo el mundo, sin duda, eran sus mejores armas.

Recogió a Hugo de la escuela y juntos fueron al supermercado. Guille la había llamado cuando aún

se encontraba en el taxi. Irían a cenar sobre las nueve.

Aprovechó la siesta del pequeño para organizarlo todo. Cocinar la relajaba.

Si echaba la vista atrás cinco años, pasar horas en la cocina era toda una odisea y el plato estrella lo constituían las hamburguesas turradas con beicon seco al estilo suela de zapato. Cuando pudo dedicarle tiempo descubrió no solo que era algo que le gustaba, sino que además se le daba bien.

Mientras preparaba por un lado la verdura por otro hacía las patatas panaderas, de fondo tenía puesto el televisor para sentir algo de compañía, pero apenas le echaba cuenta. Lo tenía casi sin sonido para no despertar a Hugo. Y entre fogones, siestas y televisores en modo reunión, en el bolsillo trasero de sus vaqueros sintió vibrar el móvil que siempre solía llevar en silencio.

Era un *WhatsApp* de un número desconocido en el que podía leer:

Once upon another time 20:02

Lo agregó a la agenda como «X», para poder ver si era chico o chica, tenía foto y le resultaba conocido o si era algún despistado que había agregado a su teléfono el número equivocado.

Una foto en blanco y negro, una preciosa sonrisa de perfil y de nuevo, él.

Ignoró el mensaje y siguió cocinando.

No le dio ni un ápice de importancia. Le halagaba que un hombre volviera a mostrar interés en ella y aunque pensaba contestarle, no lo iba a hacer en ese momento. En el fondo, le gustaba jugar al desconcierto que lleva implícito el intento de seducción.

Organizar una cena a media tarde conlleva no descansar nada. Carlota tenía que aprovechar el tiempo en el que Hugo dormía para poder dedicarse minutos a ella misma. Empezando por su aseo personal y finalizando por poder leer algunas páginas de un libro. Diseñar en silencio, escuchar música o algo tan simple como encender una vela, eran cosas que le costaba hacer desde que había sido madre. En su lugar recogía ropa, juguetes, hacía tareas de la casa y cuando se quería dar cuenta, tenía a Hugo abrazado a su pierna.

No recuerda la última vez que se dio un baño o simplemente una ducha sin prisas. De un tiempo a esta parte todo era como el café de media mañana, *express*.

...

Carlota maduró a los veintitrés como en una mala canción de cantautor. Maduró a los veintitrés por

sorpresa de un destino descuidado que llevó a su vida dos nuevas. Una que nace de ella y otra con ella.

El caminar en solitario, el sentir placentero que aflora dentro de una misma, el querer ser mejor persona o la persona que realmente se era y que se intentaba ocultar tras una fachada de niña de pueblo venida a más cuando en realidad era venida a menos.

Le costó cinco años, varias amnesias posresaca, dos intentos de novio y una carrera darse cuenta de que el aparentar desgasta la vida, que los errores enseñan y que, en el fondo, la soledad no es tan mala compañera.

Guille y Míriam llegaron pasadas las ocho de la tarde.

Hugo se volvía hiperactivo cuando llegaba visita. Desmontaba toda la casa, sacaba todos los juguetes y reclamaba su atención por segundos.

Guille se encargaba del pequeño mientras Míriam ayudaba a Carlota en la cocina y así de paso también charlaban un rato. Se conocían desde poco antes de que empezara a salir con Guille. Cuando compartían grupo de amigos y salidas. Muy al principio de todo.

Carlota se alejó cuando sintió el abandono de su hermano, que, aunque de forma inconsciente, la hizo sentirse sola en medio de una lucha de gigantes. La niña tímida de pueblo que tuvo que crecer de forma aislada, que tuvo que vestirse con una coraza de ficción y de nuevos amigos equívocos, los que por llamar la atención la hicieron por un tiempo incluso hasta dejar de ser. Esos días le devuelven la peor imagen de sí misma. No se olvida ni se perdona.

Todavía hoy odia incluso sus recuerdos.

—Carlota, ¿estás bien?

—¿Tú también?

—Sí, y contéstame: ¿estás bien de verdad?

—¡Claro que lo estoy! No entiendo este repentino interés que tenéis por mi estado de ánimo. ¿Me veis deprimida o qué?

—No es un interés repentino. Guille lleva mucho tiempo preocupado por ti. En definitiva, todos los estamos.

—De verdad. Mírame. Estoy bien —contestó con sinceridad y enfatizó las palabras con una sonrisa tranquilizadora—. Willy esta mañana me dio un poco de plancha con este tema y, te soy sincera, no creo que esté enviando ningún tipo de señal que diga que estoy pasándolo mal.

—No es enviar señales. Es tu vida, Carlota.

—Mi... ¿Tan difícil es entender que no quiero ni voy a dejar a Hugo con nadie para irme de fiesta?

—¿Por qué tiene que ser para irte de fiesta? Ten vida. Ve al cine con alguien. Tómate un café una tarde. Sal a cenar...

—No creo que lo esté haciendo tan mal. Hugo es un niño feliz.

—¡Dios! Eres tan cabezota como tu hermano. ¡Con Hugo lo estás haciendo de puta madre! Pero ¿y contigo?, ¿cómo lo estás haciendo contigo?

—Yo también soy feliz.

—Y mis cojones veintitrés. Te olvidas de ti. Has hecho de la vida de Hugo tu vida y dejas de ser consciente de que él crecerá y tú habrás perdido los mejores años de tu vida.

—Dos cosas. Uno: Eres una exagerada. Dos: ¡hablas como un camionero!

—Ya... y no te imaginas las broncas que me echa tu hermano. Pero, en serio, todo es compatible. Piénsalo.

—Bueno, os pido un poco de tiempo, ¿vale? De momento, mañana por la tarde vienen mis padres y se llevan a Hugo al pueblo hasta el domingo. Prometo hacer algo interesante.

—Déjame adivinar... ¡diseñar un logo...! No, mejor, ¡cuadrar las facturas para mandárselas a la gestoría! ¡Planazo!

Carlota sonrió.

—Tengo que ir a hacer la compra. Me pasaré con estilo por la zona de herramientas y pondré morritos, ¿te vale?

Miriam rió a carcajadas.

—Me vale siempre y cuando te abras el canalillo en el camino.

—Pues tendré que pintarlo. Sabes que soy edición limitada, ¿verdad? —La abrazó—. Gracias, de las de verdad. Saldré y me tomaré un café en alguna concurrida cafetería y me haré la interesante con un libro en la mano. Es un paso, ¿no?

—¿Por qué no te vas al pueblo con tus padres?

—¿Quieres que tenga vida o quitármela del todo?

—También es verdad.

—Es el cumpleaños del hijo de una de mis primas, y Hugo, según mi madre, no debe faltar. Yo, por suerte, como hace años que soy la oveja descarriada de la familia Vega puedo cambiarlo por limpiar y descansar. Que tampoco viene mal.

—Y salir.

—... y salir.

—¡Y salir!

—Joder, sí. ¡Y salir!

Le acarició el hombro como si fuera un animal de compañía —Buena chica

Carlota cogió un paquete de piñones de la despensa.

—Me dijiste que eras alérgica a los frutos secos, ¿verdad? —dijo al tiempo que los echaba a la ensalada.

—Menos mal que no.

Fue en ese momento entre risas absurdas cuando se hizo realidad la sentencia de su hermano en la mañana: «¿Desde cuándo no tienes una conversación real con un adulto?». Aunque esta había sido totalmente banal, el volver a hablar con Míriam como antaño la hizo ver lo que se había

perdido y lo que posiblemente se estaba perdiendo. Se prometió intentar recuperar esas parcelas de su vida. Invitarlos a cenar más a menudo y no tener que esperar que Guille le dijera «Míriam quiere que vengas a comer a casa...»; Incluir en la vida de Hugo la gente que hace algún tiempo era parte indispensable de suya propia.

Hugo le había enseñado eso, que cuando tienes a alguien a quién querer por encima de todo no se necesita nada más para ser feliz. Pero la dependencia absoluta es insana y, aunque sabe que ese cordón umbilical los mantendrá unidos por siempre, iba a tener que ser capaz en ocasiones de desprenderse y ser consciente de que Hugo, por mucho empeño que ella ponga en lo contrario, crece.

Capítulo 2

Más psicólogo que gigoló

Carlota estaba derrotada. Había sido un día muy estresante en el que no había parado ni un solo minuto.

Hugo tampoco paró quieto en toda la cena y no se quedó dormido hasta poco antes de que Guille y Míriam se fueran. Ellos aprovecharon para irse de fiesta ante un incipiente fin de semana largo y festivo.

No tuvo tiempo para trabajar desde casa y aun así, le pesaban las extremidades como si hubiera pasado mil horas delante del ordenador.

Se sirvió una copa de vino Ribera del Duero que

había sobrado de la cena, cogió el móvil y escribió:

¿Disponible para tu amiga? 0:18



¿Te hace un *Skype*? 0:18



Dos minutos después sonaba una llamada entrante desde Nuevo Méjico en el ordenador. Parecía que la tenía al lado.

Tanto tiempo sin verse y no pasaban los años, al menos no por su amistad.

Sonia y Carlota se conocieron por casualidad antes de que ambas fueran madres, unos diez años atrás, y desde el primer día sabían que serían amigas para siempre.

El amor las alejó. Sonia se pasó años recorriendo

países detrás del hombre de su vida. Y cansada de vivir en aviones, se casó y se fue a vivir a Estados Unidos, donde su chico tenía ya establecida su residencia permanente. Y aunque hubo temporadas que no han sabido mucho la una de la otra, la distancia, esa que dicen que es olvido, con ellas se olvidó de llevarlo a la práctica.

—¡Hola!

—¿Qué pasa, amiguita? —Los saludos ridículos iniciales de la conversación por *Skype* acabaron en risa—. Dame un segundo, me voy a poner los auriculares, que no quiero despertar a Hugo.

—¿Cómo está mi pequeño bombón?

—Hoy ha tenido un día insoportable. Han estado por aquí mi hermano y Míriam cenando y ya sabes, hiperactividad en estado puro. ¿Qué tal por ahí?

—Muy bien. Con un frío de pelotas y viendo renos pasar por la calle. Lo normal, vaya.

—Sí, yo todos los días me encuentro con dos o tres en el metro —Rieron.

—¿Y tú qué tal? Te veo mona. Ahí con tu vinito, maquillada, contenta, exigiendo llamadas a altas horas en España... ¿Tienes algo que contarme?

Carlota sonrió nerviosa.

—¡Bah! Es una gilipollez, pero parezco adolescente. Hoy me ha tirado la caña un chico en la oficina.

—Cuenta, cuenta.

Sonia se acomodó en el sofá mientras Carlota narraba su día con lujo de detalles. Para determinadas cosas no había distancias. Habían llorado como si estuvieran al lado, reído, y, sobre todo, habían sido participes la una de la vida de la otra por mucho que las separan catorce mil

kilómetros de distancia.

Le contó cómo no sabía qué intenciones llevaba Pablo y cómo Guille tuvo que advertirla, de cómo coincidieron en el portal cuando la tarde estaba tan arrugada que hacía el momento idílico y perfecto para un reencuentro casual, de cómo conocía sus canciones favoritas y de cómo usó el título «Érase otra vez» para aparecer en su teléfono y, sobre todo, de cómo no se había fijado en el primer encuentro en lo guapo que era y que pudo comprobar perfectamente en el segundo.

Para desviar un poco el tema también le contó las conversaciones que tuvo con su hermano y con Míriam respecto a la preocupación de estos.

—Lo mismo que este chico aparezca en mi vida es una señal divina...

—O un *puto* a sueldo pagado por tu hermano para que te desfloren otra vez.

Carlota soltó una sonora carcajada que a punto estuvo de despertar a Hugo, obligándola a taparse la boca a mano llena para no hacer tanto ruido y que el vino se le saliera por la nariz.

—¡Me matas, Sonia!

—Y bueno, ¿le vas a responder?

—No sé qué hacer, la verdad. Lo mismo es un pirado.

—Respóndele y nos reímos un rato.

—¿A estas horas?

—Carlota, ¡es viernes! ¿Te piensas que la gente es como tú?

—Joder —Cogió el móvil—. Intentaré ser ingeniosa.

Abrió la lista de contactos y allí estaba «X», su foto de perfil en blanco y negro, su sonrisa y su «Once upon another time». Hasta ese momento no leyó la frase que tenía en su perfil: «No pretendo ser esa persona. Aunque siempre he intentado ayudar a los demás».

«Señal dos», pensó.

—¡Ey! ¿Qué piensas?

—Pues en qué narices ponerle.

—Venga, cualquier chorrada. Si es para echarnos unas risas.

Estaba en línea y eso la ponía muy nerviosa. Sabía que contestaría rápido y no sabía si quería que lo hiciera.

Le escribió:

Le estaba diciendo a Sonia lo que había escrito cuando recibió la respuesta.

No lo hagas. Perderías el juicio

0:25

Sonia la interrumpió.

—Mierda nena, son las cinco aquí. Tengo que recoger a los niños del colegio. ¡Quiero que me cuentes! Todo.

—No te preocupes. Besos muchos, por ahí.

Llevaron el mismo absurdo protocolo de saludo a la despedida de la llamada. Regalando besos a una webcam como si fueran crías pequeñas.

Casi agradeció que Sonia se tuviera que marchar. Le gustaba Pablo y no quería hablar con él con ironía. Quería hablar de verdad, quería conocerlo de verdad, quería saber si hasta lo podría querer de verdad.

Cogió su copa de vino a medias, una manta y se acomodó en el sofá. Los tonos grises oscuros para que no se notara el trasiego infantil de Hugo, su manta, la conversación en el aire y ella hacían de esa noche de viernes la mejor de las fiestas.

Yo he perdido MI juicio dos veces esta mañana,
así que pondría todo mi empeño en que perdieras
el tuyo, fuera cual fuese al que te refieres en tu
pregunta 0:34

¿Te has quedado sin palabras? 0:35

Inténtalo 0:38

¿Acaso hay un plan mejor? 0:43

Respóndeme. 0:46

Quiero saber qué plan es mejor que este. 0:46

¿Y si el chico quiere que esa chica deje de ser desconocida? 0:53

Además de tener la sonrisa más bonita que he visto en mi vida, de escuchar canciones que apenas nadie conoce, de tener un gusto pésimo para las series e impactarme como nunca antes alguien ha hecho... 0:56

Ni mucho menos. ¿Te puedo llamar? 1:00

¿Madrugas? 1:02

Me refería a si te podría llamar algún día, pero tengo un plan mejor: te invito a desayunar, así no odias tú sola el amanecer. 1:05

¡Uf! ¿Sabes? Has pinchado en hueso. 1:07

Soy tozudo y no me gusta retirarme sin luchar. 1:07

Así que, como debes parar a comer y para eso no tienes excusa, mañana te invito a comer y me da

igual lo que contestes ahora o si dices que no. Porque lo voy a ignorar y me voy a ir a dormir yo también. 14:30 horas. Parada de metro de Callao. Tienes una cita. No hay excusa que valga. No faltes. 1:09

Y en tu conciencia quedará la pulmonía que pueda coger esperándote con este maldito frío que hace. Buenas noches, pequeña. 1:15

«Así se hace Carlota, ¡bien cagada!». Se marchó a su habitación maldiciéndose y mareando sus propios pensamientos.

Cuando Hugo se quedó dormido en el sofá, Guille lo acostó en su habitación infantil. Lo arropó como un padre y le dio un beso en la frente. Carlota los pudo ver desde el pasillo y le pareció la imagen

más tierna que les recordaba.

Entraba en la suya en busca del pijama y lo vio de nuevo dormido en su cama. No lo escuchó levantarse y, por ello, no sabía cuánto tiempo podría llevar allí.

Lo miró con la calma sosegada que solo tienen las madres, lo arropó, le dio un delicado beso en la frente igual que el que le diera Guille horas antes y le susurró:

—Colega, esto se tiene que acabar...

Entró en el baño a hurtadillas para no hacer demasiado ruido. Se desmaquilló y se lavó la cara con el detenimiento suficiente como intención de que cada surco de agua que rozara su piel le devolviera la cordura que creía perdida en varios mensajes de texto.

Analizaba mentalmente a Pablo como si conociera

cada uno de sus gestos. Lo imaginaba con actitud risueña tumbado en un sofá cómodo, con pantalón de chándal y camiseta *sport*. No sabía dónde vivía, pero tenía toda la pinta de ser muy ordenado. Le gustaba la gente ordenada.

Quería creer que era tan interesante como aparentaba, aunque lo mismo tras esa elegante fachada se escondía alguien con problemas infantiles o algún trastorno obsesivo compulsivo. Tampoco sabía si quería saber más de él o alejarlo para siempre.

Nunca le gustaron las historias de corazones y sonrisas por *WhatsApp*. Aunque había tenido algún que otro pretendiente con este tipo de operativa siempre había sabido quitárselos de encima como si de una tirita pegada a la piel se tratase. Con un golpe seco que al principio molesta pero luego alivia.

Desplazó a Hugo de su lado de la cama y se introdujo despacio. El lado que ocupaba el

pequeño estaba calentito y la zona de los pies helada. Le costaba dormirse si tenía los pies fríos... Eso y que tenía la mente puesta en un mañana que la ponía más que nerviosa.

A primera hora de la mañana recibió la llamada de su madre. Los despertó a los dos. Hugo estaba casi a los pies de la cama medio destapado. Recogerían al niño a las cuatro de la tarde.

Empezó el día a contrarreloj. Preparando la maleta de Hugo, recogiendo lo que quedaba por medio de la cena, adecentando un poco la casa...

A Hugo lo metió en la bañera con un montón de juguetes aun a sabiendas de que su baño pudiera acabar con más agua que el camarote principal del *Titanic*, pero necesitaba tenerlo ocupado mientras ella adelantaba tareas.

Del trabajo ni se acordaba.

Cuando cogió el teléfono tenía un *WhatsApp* de la

letra X de su agenda.

14:30, no te olvides. 9:35

¿Tantas ganas tienes de verme? 10:18

Ok 10:20

«¡Genial! En vez de quitártelo de encima adelantas el drama. Que mal actúas cuando tienes demasiados frentes abiertos».

Aprovechó el baño de Hugo para darse una ducha rápida con él y así poder tenerlo controlado.

Nunca se le dio bien pedir ayuda. Lo consideraba un síntoma de debilidad, pero en esos momentos le hubiera gustado poder detenerse en arreglarse, en maquillarse con toda la tranquilidad que la ocasión requiere y es que, aunque ya se habían visto, recordaba el dicho que aparecía en la primera página de su libro de inglés de la carrera: «Nunca tendrás una segunda oportunidad para dar una primera impresión». No sabía muy bien si quería o no conocerlo, pero tenía claro que quería que él la recordara. Si se había fijado en ella ya tenía motivos suficientes para intentar dejar huella. La baza de la primera impresión física ya la había superado con creces y Carlota quería que la de compañía fuera si cabe, aun mejor.

Eligió un atuendo cómodo, unos *jeans* oscuros, botines, camisa blanca de gasa con el cuello y los puños de color negro, blazer negro, para el frío de la calle un abrigo de paño oscuro y un bolso de piel negro.

Se secó el pelo dándole volumen con un toque un

tanto informal. Se maquilló bastante más de lo que lo hacía habitualmente, con tonos grises oscuros en los parpados que le aclaraban la piel y los ojos.

—Mamá, ¡qué guapa!

—Tú sí que eres guapo, pequeño.

Corrieron hacia el metro arrastrando la pequeña maleta infantil de Hugo con el destino fijo de la incertidumbre y el futuro incierto del qué pasará. Estaba asombrosamente tranquila. No esperaba nada de aquella cita y, en definitiva, conocía tan poco de Pablo que no le importaba lo más mínimo qué impresión se llevara de ella más allá de lo referente al físico. Superficial, pero al mismo tiempo, realista.

Subió las escaleras del metro intentando no ser una patosa entre maleta, bolso y niño. Hugo jugaba a saltar las barandillas con su muñeco de *Spiderman*.

Fue salir y verlo.

Su perfecto abrigo largo de color gris oscuro, sus perfectos vaqueros también oscuros, sus perfectos zapatos... su perfecto él.

«¡Joder! ¡Reconócelo! ¡Te gusta!».

Es curioso cómo aíslas los sentimientos hacia las personas cuando no tienes ningún interés en cambiar tu vida. También lo es cómo en el momento justo alguien llega y los alborota.

Miró a Hugo y le susurró: —Pórtate bien, ¿vale?

Hugo asintió convencido.

Se acercaron hasta donde estaba Pablo. Estaba de espaldas, por lo que no los vería llegar.

—¡Hola! —fue lo único que acertó a decir cuando llegó a su lado.

Pablo se giró dejando un suave aroma a perfume masculino. Olía bien. No era demasiado intenso.

—Vaya. ¡Has venido! Perdón. ¡Habéis venido!

Le dio dos besos y le pidió a Hugo que hiciera lo mismo.

—¿Eres niñera de fin de semana?

—Soy madre a jornada completa.

—¡Menuda sorpresa! ¿Casada?

Sonreía nerviosa ante el cambio de semblante de Pablo

—No

—¿Divorciada?

—No, y preguntas demasiado.

—¡Pero habrá un padre! ¿No?

—Preguntas demasiado. No hay padre.

Hugo interrumpió la conversación que cada vez la hacía sentir más incómoda.

—Mi papá está en el cielo. Es un superhéroe.

—¡Hugo! —Carlota lo hizo callar solo con la mirada.

Pablo cambió el peso de una pierna a otra para así aliviar tensiones y dudas.

—Lo siento, soy un bocazas. ¿Me darías un segundo? —Se apartó unos metros y sacó el teléfono móvil de su bolsillo. Aunque intentó ser discreto Carlota pudo escuchar perfectamente la conversación: «Buenas tardes, soy Pablo Mateo... Sí... exacto, tenía una reserva para las dos y cuarto. ¿Podría cancelarla?... Sí... disculpe, me ha surgido un imprevisto y no vamos a poder acudir... Gracias. Muy amable».

Cuando volvió a su lado Carlota sonreía irónica.

—Bueno, creo que esto es una despedida. Es evidente que te hemos asustado.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada en especial. Ha sido un placer, Pablo.

—Perdona Carlota, no te lo voy a negar. Me he sorprendido, pero te soy sincero si te digo que me da igual. He cancelado la reserva porque no veo a

este jovencito comiendo comida tailandesa en un local donde no tienen tenedores, y estoy seguro, porque aunque no lo parezca una vez fui pequeño —sonrió con un guiño de ojos—, que prefiere pasta o *nuggets*. Así que si me lo permites, me encantaría ser su amigo.

Carlota enmudeció. Su expresión tornó en la más absoluta de las sorpresas.

Pablo se encargó de traerla de vuelta al mundo

—¿Qué?

—Me acabas de dejar sin palabras. Eres sorprendente.

—Bien. Eso quiere decir que voy por buen camino.

—Bueno, Hugo no se va a quedar toda la tarde con nosotros, de ahí mis prisas. Mis padres vienen a

recogerlo a las cuatro y oye, no es por nada, pero nos estamos helando. ¿Nos vamos?

Eligieron un restaurante italiano en plena Gran Vía, para así facilitar a los padres de Carlota el lugar donde recoger a Hugo.

Cuando llamó a sus padres omitió la existencia de Pablo. Se moría de la vergüenza al saber que se podían enterar de que estaba teniendo una cita a la que, además, se había llevado a su hijo.

Le pidió a Pablo un poco de paciencia respecto a ella y a no hablar de determinadas cosas delante de Hugo, por respeto a él y a sí misma. No tenía mucha idea de cómo iba a afrontar todo aquello, necesitaba respirar, ordenar el manojo de nervios que llevaba dentro y saber qué era lo que realmente quería.

La mesa rectangular de color marrón los dividía en dos partes. Carlota y Hugo a un lado, Pablo al

otro.

—¿Sabes, Hugo? A mí también me encantan los superhéroes.

—A él solo le gustan los que vuelan. Se lleva un poco mal con Batman, por ejemplo —Hugo asentía mientras pinchaba macarrones.

—Cuando seas mayor te encantará Batman.

—No. No vuela —le respondió Hugo.

—Pero tiene un cochazo y muchas armas.

—¡No vuela y tiene capa! —sentenció enfadado.

Carlota sonrió.

—Desde mi ineptitud respecto a superhéroes te diré que creo que tenéis conceptos distintos de lo

que son.

Comieron entre la conversación distendida del de dónde eres, cuánto hace que estás aquí y qué haces en tu trabajo realmente.

Pablo es de Madrid, aunque vive a las afueras en la que fuera casa de sus padres. Su madre falleció hace muchos años. Su padre, en cambio, volvió a rehacer su vida hace unos cinco años.

Carlota, pendiente en todo momento de Hugo, intentaba aparentar que lo escuchaba, pero inevitablemente había cosas que se le escapaban. Escrutaba cada movimiento que hacía, el cómo miraba a su hijo de soslayo y le hacía alguna carantoña.

A diferencia de Carlota, que cada vez vivía más en su soledad, Hugo estaba acostumbrado a estar rodeado de gente. Las veces que como hoy se lo llevaban sus abuelos al pueblo, en el colegio, las

veces que Guille y Míriam se lo llevaban al cine, las actividades extraescolares, el comedor... era un ser diminuto rodeado de adultos.

Estaban terminando sus respectivos platos cuando el móvil de Carlota anunció que sus padres estaban llegando. Había quedado con ellos en la parada de taxi situada en la misma puerta del restaurante.

Estaban sentados cerca de la cristalera, así que para no levantar sospechas innecesarias, salió disparada a la calle con su bolso, maleta e hijo.

—No te muevas, por favor. Necesito un café.

—Tranquila, y corre. No te vayan a pillar conmigo.

Le hizo un gesto de mandarlo a callar y miró hacia Hugo. Pablo sonrió.

El coche oscuro de su padre paró en la parada de taxi y puso los intermitentes. Su madre se bajó del asiento del copiloto. Delgada, elegante y de corto pelo rubio. Besó a su hija y abrazó a Hugo con fuerza. Carlota aprovechó para darle la vuelta al coche y besar a su padre.

—¿Qué tal habéis venido? ¿Mucho tráfico? — preguntó al tiempo que volvía para acoplar a Hugo a su silla infantil.

—Bastante tranquilo la verdad. ¡Qué guapa estás!

—Gracias mamá —sonrió.

—Te miran hasta los chicos del bar.

—¿Qué chicos?

—El de la cristalera. No te quita el ojo de encima.

Miró a Pablo clavándole la mirada.

—¡Mamá, por favor! ¡Deja de cotillear! Estará esperando a alguien.

—Parece que te espera a ti.

—Sí claro, a mí y a Hugo. Anda, tened cuidado con la carretera y llamadme cuando lleguéis.

—Tranquila

—Y abriga a Hugo, que en el pueblo hace mucho frío.

—Carlota, he sido madre dos veces. No me he olvidado de cómo se hace.

La besó en la mejilla y a Hugo le dio un beso en los labios.

—Pórtate bien, colega. Haz caso a los abuelos,

¿vale? Te voy a echar de menos.

—¿Por qué no te vienes, hija?

—Tengo muchísimo trabajo, papá. Debo aprovechar.

—Bueno, si adelantas te coges un tren y te vienes, ¿vale?

—No te prometo nada, mamá. Pasadlo bien.

—Dime la verdad. ¿Tan guapa para salir con Hugo a comer?

—Le prometí a Míriam que saldría a dar una vuelta y que hasta tomaría café en algún lado dedicándome tiempo a mí misma. Así que puedes decirle a tu ejército de cotillas que estoy haciendo los deberes.

—¡Cómo eres! No nos pasamos el día hablando de ti.

Volvió a darle un beso en la mejilla

—Lo sé —sonrió—. Pídele a papá que no corra. Hugo, te quiero pequeño.

—Te quiero, mami.

Esperó a que estuvieran lo suficientemente lejos para volver a entrar al restaurante.

—¡Qué guapa tu madre!

—¡Podrías haber disimulado un poco! Casi me pillan.

—Anda ya. Exagerada.

—Mi madre tiene un radar. Supo que estaba embarazada antes que yo. Aún cree que yo ya lo sabía cuándo ella me lo dijo. Créeme, no exagero.

—Bueno, chica enigmática que trabaja en diseño y es madre a jornada completa. ¿Podemos hablar normal y dejar de lado el lenguaje Morse?

—Sí, pero te voy a pedir un favor, ¿puedo?

—Me da que no me va a gustar lo que me vas a decir.

—Bueno, no lo sé. No es malo, desde luego.

—Dispara.

—Debido a que tenemos una edad respetable, no te voy a decir eso de «como no sé qué intenciones tienes conmigo...» pues...

Pablo cortó a Carlota llevándose la mano a la boca poniendo cara de sorpresa.

—¿Qué intenciones tengo contigo? —se burló.

—¡No seas tonto! Déjame seguir o me pierdo.

—Vale, perdona.

—¿Podemos ser dos personas conociéndose sin más?

—Ser amigos, ¿eso dices?

Le pareció más serio de lo que pretendía al escucharlo de su boca.

—Bueno, pensaba que al ser yo la rubia de los dos era la que operaba mentalmente de forma distinta —sonrió—. ¿Te importaría? Quiero conocerte y que me conozcas. Lo demás vendrá o no.

—Sí, claro. No me importa. No lo entiendo muy bien, pero no me importa.

—Si te lo digo es porque creo que eres un tipo sensato. No has salido corriendo al ver que tenía

un hijo. Que esa, la de venir con Hugo, es para anotármela en la lista de madres ejemplares, volumen uno.

Pablo sonrió

—Mira Pablo, debo ser consecuente con lo que tengo y con lo que es mi vida. Voy a intentar proteger a mi hijo por encima de todo, y que tú llegues a mi vida, no sé si para él es bueno o es malo. Debo ir paso a paso y hacer las cosas bien.

—Pues hagamos las cosas bien. No me voy a marchar de momento. Yo también quiero tomarme un café —le regaló una sonrisa tranquilizadora de foto en blanco y negro y un guiño de ojos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro. Todas las que quieras

—¿Te ha pagado mi hermano?

—¿Cómo?

—Vale. No eres un gigoló.

Pablo soltó una sonora carcajada provocando que muchas cabezas se giraran hacia donde ellos se encontraban.

—Evidentemente no y no. Pero mi cuerpo hecho para el pecado y yo te agradecemos el halago.

—Los méritos no son míos.

—Vaya. Hundes mi ego.

—¡Para nada! Eres un mozo de muy buen ver —le sonrió.

—¿Puedo hacerte yo ahora una pregunta?

—Por favor, no estemos así toda la tarde. Preguntalo que quieras y cuando quieras.

—¿De dónde nace que mi profesión sea la de gigoló? Normalmente van vestidos de bombero o policía, no he visto muchos vestidos de abogado

—¿Ves *gigolós* habitualmente?

—¡Ya me has entendido!

—A ver, te cuento —Se reacomodó en la silla—. Nace de mi mejor amiga. Vive en Estados Unidos y hablaba con ella por *Skype* cuando respondiste a mi *WhatsApp*. Le conté quién eras y dado mi currículum amoroso de un tiempo a esta parte creó su teoría.

—No sé quién me cae mejor si tu amiga o tú.

—¡Oh! Ella está felizmente casada. Lo siento.

—¿Y entro dentro de tu currículum amoroso?

—En ese momento exacto diría que sí. Al menos había aspiraciones para que lo fueras.

—Una lástima salir de él tan pronto.

Tomaron café rodeados de desconocidos y aun siéndolo ellos mismos estaban cómodos y cercanos. Llevaban a cabo eso de solo conocerse con la mejor de las intenciones. Conocerse sin aditivos. Ser ellos. Solamente ellos.

Pasearon por Madrid entre gente y gotitas ocasionales de lluvia. Cerca del restaurante en el que habían comido estaba la oficina de Carlota y muy cerca, también, el bufete de abogados donde trabajaba Pablo.

Le enseñó su oficina entre burlas por si le quedaba alguna duda sobre su oficio e incluso la obligó a subir y ver cómo era el lugar.

Lo imaginaba sentado en su sobria mesa caoba con la chaqueta perfectamente colgada en la percha que descansa de uno de los brazos del perchero y diciéndole cosas incomprensibles a alguien como

ella.

Allí confirmó su teoría. Era ordenado.

Estaban a gusto juntos y la tarde se estaba cerrando. Querían seguir la charla, seguir conociéndose entre las barreras que pone el concepto «solo amigos»

Pablo tenía su coche en el garaje de la oficina, podían ir a cenar a cualquier lugar, pero volvía a diluviar y no iban tan abrigados como para pasar la noche fuera.

Decidió acercarla a su casa y hacer todo lo posible porque se volvieran a ver.

Cuando estaban en la puerta del edificio dispuestos a despedirse el tiempo se hizo eterno. Segundos de silencios infinitos. De miradas que se apartan si coinciden entre delicadas sonrisas y muchísimo miedo.

La lluvia se hizo más intensa.

—No puedo dejar que te vayas con este tiempo. Tienes muchos kilómetros por delante.

—Tranquila. Soy prudente.

—Anda, da la vuelta. Tengo garaje, se entra por atrás.

—¿Tienes garaje y no tienes coche?

—Venía con la casa. Además, espero tener coche algún día. No es prioritario, pero espero tenerlo.

—Podrías alquilarlo.

—Sí, alguna vez lo pensé. Mi hermano viene de vez en cuando a trabajar a casa y aparcar por aquí es una locura. También vienen mis padres... Pero bueno, ¿quieres saber cuántos metros cuadrados tiene, subimos o esperamos a que deje de llover?

—Subimos, mandona.

—En serio, tengo ya las lentillas secas de todo el día.

El piso dónde vivía Carlota era bastante antiguo, pero no hacía mucho que había sido reformado. Quedaba cerca del colegio de Hugo, bien comunicado, céntrico. No era grande pero les sobraba.

Un amplio salón en el que nada más entrar te encuentras una mesa de cristal con un *iMac* y una tableta digitalizadora, muchos papeles y una estantería blanca a la izquierda para separar el resto de esta parte. En la parte central está la cocina con una isla abierta al salón que lo hacía parecer más grande de lo que realmente era, el sofá dando la espalda a la cocina para así poder dividir los espacios, pantalla de plasma pegada a la pared. Muebles blancos y electrodomésticos cromados... Todo daba sensación de minimalismo, no había demasiados cuadros ni fotos. Solo tenía un cuadro enorme blanco con trazos negros a

carbón que podría ser un *Test de Rorschach* más que una obra de arte. En la esquina inferior derecha ponía en letras muy pequeñas «GV».

En el mueble blanco que estaba debajo del televisor había un marco también blanco con una foto de Carlota descalza, de espaldas, mirando al mar y con Hugo en brazos.

Pablo la sostuvo en sus manos, la miró y sentenció:

—¡Qué idílica! ¿Un verano de amor?

—Sí, como la canción. Fue el primer verano de Hugo y la primera vez que él veía el mar. Así que sin duda alguna fue el mejor verano de amor que he tenido nunca. ¿Quieres tomar algo?

Carlota sirvió dos copas de vino, de fondo puso canciones aleatorias, esta vez de la lista «íntimo y personal», donde incluyó la canción a la que Pablo

acababa de hacer referencia.

—Tienes una casa muy bonita. Se parece a ti.

—¿Las casas se parecen a los dueños como los perros?

—Dice mucho de ellos, desde luego.

—Me estoy liando. ¿La casa o el perro?

—La casa.

—¿Y qué dice la mía de mí?

—Lo mismo que dices tú de ti. Todo.

—Sorpréndeme.

—Se nota que aquí vive un crío pequeño y curiosamente no hay nada por medio. Eso quiere decir que eres ordenada y que seguro que Hugo también lo es a su manera. Te gustan los ambientes

sencillos y poco cargados. Dejas a la vista lo que realmente quieres que se vea de ti. Tu foto con Hugo en la que no se te ve la cara porque lo importante no eres ni tú ni el niño, sino la escena que juntos formáis. Tu trabajo es lo primero que te encuentras al entrar. Ese cuadro que no sé qué es, pero me encanta...

No lo dejó continuar.

—¡Madre mía! Abogado, gigoló y psicólogo. Me dejás alucinada.

—Para nada, solo te he dicho lo que pensaba.

—El cuadro lo pintó mi hermano. Dice que es mi época oscura.

—¿Tienes una época oscura? Como Goya.

—Todos tenemos mejores y peores épocas.

—Por cierto, ¿tus ojos no estaban secos?

—Veo bien. No uso lentillas. Solo gafas ocasionales para el ordenador. Era una forma elegante de salir de una situación embarazosa como la de que te llamen mandona.

—Te voy a hacer la pregunta indiscreta de «¿cuántos años tienes?».

—No tengo ningún problema por decir mi edad. Los llevo bien. Veintinueve.

—Yo tengo treinta, y si no fuera porque mis padres me dejaron su casa...

—Bueno, yo hasta el año pasado vivía de alquiler. Tuve suerte.

—¿Tener una casa hoy en día es cuestión de suerte?

—En mi caso sí.

Hace dos años mí hermano Willy y yo ganamos un certamen internacional de jóvenes creativos que nos permitió no comprarnos pero sí meternos cada uno en algo que fuera nuestro. Las dos habitaciones y la bañera son aun del banco.

—¿Y el estudio?

—Alquiler subvencionado. Ser autónomo es una locura, pero aprendes muchísimo de cosas que nunca te hubieras planteado aprender.

—¿Y me cuentas tu época oscura?

—¡Uy! Para eso necesito más vino, algo de cena y haber hablado antes con mi madre. ¿Me das un minuto y hago esto último?

—Por favor, estás en tu casa.

—Gracias. ¡Qué detalle!

Se acercó a la cocina, buscó en la nevera y sacó algunas cosas para picar, queso, paté, también sacó algunos cuchillos, frutos secos, platos, pan y una tabla para cortar.

Miró a Pablo y le dijo: —¿Quieres sentirte útil?

—¡Claro!

—¿Vas cortando queso y así picamos algo?

—Perfecto.

Se alejó con el móvil a su habitación y se sentó a los pies de su cama. Era la primera vez que pasaba tanto tiempo sin preguntar cómo se estaba portando Hugo, pero teniendo en cuenta que estaban en un cumpleaños, lo mismo su madre ni escuchaba el teléfono.

Tardó en contestar pero lo hizo.

—¡Hija!

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal se está portando Hugo?

—Ahí está jugando. Le han pintado la cara de *Spiderman* y está como loco.

—Anda, que mi prima tiene que estar encantada de cómo le estarán dejando la casa.

—Por los hijos se hace todo, ya sabes. Oye Carlota, una preguntita. El chico de la cristalera del restaurante era Pablo, ¿verdad?

—¿Perdona? ¡Dios! ¡Mi hijo es un bocachancla!

—Tu hijo y tu hermano, que entre todos hemos montado un poco la historia.

—¿Queréis buscaros otro tema de conversación que no sea yo, por favor? Parece que trabajáis en Telecinco.

—Bueno y qué, cuéntame.

—No hay nada que contar, mamá. Nos estamos conociendo, como amigos.

—¡Y una mierda!

—¡Mamá!

—Tú sabrás lo que haces, hija... Ten cabeza y piérdela un poco también. A veces, es necesario.

—Mamá, hay determinadas cosas que una hija nunca, y escucha bien lo que te digo, nunca, le deberá contar a una madre. Pero te quiero igualmente aunque intentes sonsacarme historias para el patio de vecinos que tenéis montado en vuestro grupo de *WhatsApp*. ¡Mándame fotos de mi hijo! Hablamos mañana.

—Si no supiera cómo eres diría que ya has hecho algo.

—Hasta mañana, mamá.

Volvió al salón sonriendo y jugando con el móvil entre las manos. Pablo ya tenía montados los platos de lo que iba a ser su cena.

—¿Todo bien? —le preguntó él sonriendo al verla feliz

—Sí, todo bien.

Carlota preparó la mesa que estaba junto a la puerta del antiguo balcón.

Parte del encanto del edificio era ese, lo retro del exterior por lo moderno del interior.

Cena para dos, vino para dos, música para dos... Las gotas de lluvia traían melodías de tintineo a los cristales y parecían hacer palpitar a las farolas.

Se sentaron en lados opuestos como hicieran en la comida. Pero esta vez, y a diferencia, eran

cercanos... cómplices.

—Me gustaría que me contases cosas de ti, Pablo.

—Puedes preguntar lo que quieras. Intentaré contestar todo. Te dejo que me sometas a un tercer grado.

—No quiero hacerte un tercer grado. Quiero conocerte por lo que eres y por lo que cuentas, no por lo que te pregunte.

—Tienes argumentos. Podrías ser abogado.

—¡Uy! No soy yo mucho de leyes.

Estuvieron hablando largo rato de sus vidas. La infancia de cada uno, la diferencia de la vida en el pueblo de ella a la de la ciudad de él. Carlota se había criado en la calle. Los domingos la vestían de festivo y rara era la vez que no llevaba las rodillas ensangrentadas y los leotardos rotos. Para

Pablo los domingos eran distintos. También lo vestían de festivo, pero en cambio eran días de ir a misa y después tomar el aperitivo en familia. El jugar en la calle en Madrid era complicado. Cuando su madre enfermó se mudaron a las afueras para una mayor tranquilidad para ella. No entró en muchos detalles ni Carlota preguntó. Era algo personal e intransferible, como las tarjetas del banco, y por mucho que se empatee solo uno lo siente.

El dolor es una tarjeta de crédito con interés variable.

—Cuál de los dos era el mal estudiante, ¿tu hermano o tú? —preguntó Pablo.

—Los dos éramos bastante buenos, la verdad.

—¿Y cómo es eso que os vinisteis y estudiasteis juntos la carrera?

Carlota sonrió.

—Siempre hemos estudiado juntos. Somos mellizos

—¡Ostras! No se me habría ocurrido.

—Claro, porque no nos parecemos.

—Puede ser, sí. Tampoco conozco a muchos mellizos, la verdad.

Pablo se quedó mirando el cuadro de Guille, el cual ahora le quedaba justo enfrente y a la espalda de Carlota.

—Bueno, señorita Lucientes, has hablado con tu madre, tienes una copa de vino llena y hemos cenado. ¿Puedo saber ya cuál es tu época oscura?

Carlota se llevó la mano a la boca como si fuera a morderse alguna uña, miró de soslayo al balcón, la música suave de fondo y los tonos anaranjados de la lluvia en la noche daban el dramatismo suficiente para contar historias que no le gustaban demasiado recordar.

—Vamos al sofá. Si te voy a contar cosas, necesito alcanzar un paquete de pañuelos de papel, por si acaso, y estar cómoda.

—Me asustas.

—Es una época oscura superada, no tienes de qué preocuparte.

Se sentaron en el sofá con sus respectivas copas de vino en la mano y Carlota sin mirarlo comenzó a hablar. Clavaba la mirada a sus propias manos mientras sujetaba la copa, buscando seguridad y coherencia.

—Lo único que te pido es un poco de paciencia porque creo que es la primera vez que voy a contar esto y mirar atrás no es fácil. Tampoco sé cómo lo voy asumir ni cuánto tiempo me va a llevar ordenar los recuerdos.

—No tienes por qué hacerlo, Carlota. Pensaba que era alguna chorrada de hermanos. No quiero ponerte en ningún tipo de compromiso.

—¡Nada! —Sonrió—. Somos amigos, ¿no? Los amigos se cuentan estas cosas. A ver por dónde empiezo. Cuando mi hermano y yo llegamos a Madrid vivíamos en una residencia cerca de la facultad. Adaptarte a la capital es difícil, sobre todo cuándo vienes de un pueblo pequeño como nosotros. Guille siempre ha sido el extrovertido, nunca ha tenido problemas para relacionarse. Yo iba detrás de él como marcando su sombra. Nada más llegar conoció a Míriam, mi cuñada, y aunque estaban bastante pendientes de mí, yo me empecé a sentir sola y abandonada —sonrió ante su exageración—. A los dos meses ya estaban

viviendo juntos. Me propusieron irme con ellos a un piso de alquiler, pero no quise. No me apetecía estar rodeada del *love is all around* que rezumaba en el ambiente cada vez que estaba con ellos. Además, estaba bastante enfadada, la verdad. Así que me alejé y, por decisión propia, me quedé sola. La soledad te hace pensar demasiado las cosas y tomar decisiones equívocas. Muchas. Me costó tres años y pico llegar a esta conclusión. Empecé a irme con gente que no debía, a ir a más fiestas de las que tocaba, a beber más que lo que mi propio cuerpo aguantaba y me creí enamorar de las dos personas idóneas para ese nuevo nivel de vida —Pablo escuchaba atento. La miraba con ternura y con rostro serio—. Ya sabes que el padre de Hugo está muerto. Tengo un hijo muy bocazas —sonrió—. No recuerdo ni cómo ni cuándo me quedé embarazada. Estaba en último año de carrera con bastantes asignaturas a rastras de años anteriores.

Recuerdo cuando se lo dije y cómo me contestó que no le importaba lo más mínimo. Que no iba a

cambiar su vida por mí ni por mis historias de niña descuidada. ¡Como si quedarme embarazada entrara en mis planes o fuera algo que hiciera yo sola! Ahí me di cuenta que ni me gustaba él y que hacía mucho tiempo que ni me gustaba yo. Me aconsejó encarecidamente abortar y estuve a punto de hacerlo. Es algo que no he logrado perdonarme y, aunque Hugo es lo mejor que tengo en esta vida, es un recuerdo constante de lo que pudo no haber sido —estuvo a punto de romper a llorar. Incluso sacó un pañuelo del paquete, pero se obligó a seguir hablando y bloquear ese momento—. Una tarde me planté en casa de sus padres. Les dije que estaba embarazada y que no tenía pensamiento de abortar. Ellos me contestaron exactamente lo mismo que su hijo, entre otras bonitas cosas que no voy a reproducir, sobre mí y mi vida sexual. Días después se mató en un accidente de coche tras una noche de fiesta. Cosa que me podría haber pasado a mí misma en multitud de ocasiones. Acabé mi carrera con un bombo descomunal y sacándome más asignaturas de las que nunca me habría podido imaginar. En realidad acabé la carrera cuando

Hugo tenía ocho meses y con mucha ayuda por parte de mi hermano. Recuerdo como un mes antes de contar en casa que estaba embarazada mi madre vino a vernos y me dijo: «Tú sigue así, que ya te cambiará la vida con lo que tienes en camino». No se me olvidará nunca su cara, como no olvido sus palabras.

Durante tres años perdí a mi familia y la recuperé sin reproches de ningún tipo. Hay que tener en cuenta que llegué perdida y embarazada y, claro, no les entusiasmaba la idea de que fuera madre soltera y pseudoviuda a los veinticuatro, pero me ayudaron mucho más de lo que ellos imaginan. Me fui a vivir con mi hermano como tenía que haber hecho en su momento, hasta poco antes de nacer Hugo, que busqué un pisito de alquiler para los dos y, bueno, ha habido momentos difíciles como cuando Hugo preguntó por su padre la primera vez. Recuerdo que estaban echando *Superman I* en la tele y como no supe qué contestar se me ocurrió la historia de que era un superhéroe que estaba en el cielo velando por él. Por eso tengo un pequeño

salvavidas que cuida de mí como su padre cuida de él aunque no sepa que su padre nunca quiso cuidarle.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Contar algo así tan rápido puede parecer una nimiedad y siendo sincera no te he contado mucho de mi época oscura. Básicamente porque no recuerdo casi nada.

—Nimiedad es suspender derecho penal y aprobar en la convocatoria de gracia. Tu vida...

No continuó. Dejó las palabras suspendidas y le acarició la mano. Carlota miró al lado contrario del sofá para que Pablo no viera que había comenzado a llorar.

—Con tu permiso me voy a desmaquillar y a ponerme el pijama o algo más cómoda, ¿vale?

Se levantó sonándose la nariz y alejándose de los recuerdos que suspendidos flotaban por su salón.

—Carlota, yo me debería marchar.

—No. Espérate por favor.

Entró en el baño de su habitación, se miró al espejo y lloró. Lloró por Hugo y por ella misma. Lloró por lo privilegiada que era con su familia. Por los difíciles comienzos como emancipada. Lloró por todos en el tiempo que transcurre entre mirarte al espejo, abrir el grifo y lavarte la cara. Porque los recuerdos solo son tiempo pasado.

Se recogió el pelo de forma desaliñada, dejando mechones sueltos que le daban naturalidad. Se puso un pantalón de pijama azul marino con rayitas blancas, una camiseta blanca y una sudadera azul con capucha. Sacó un pijama de chico, una

camiseta y una sudadera gris de la *Oxford University*.

Volvió al salón y se lo entregó a Pablo

—Toma, es de mi hermano. Te debe de quedar bien.

—¡Qué dices! Me voy para casa, de verdad.

—Ni de coña, chaval. No entra en mis planes de sábado noche quedarme preocupada por saber si llegas o no vivo a tu casa con la que está cayendo. Te recuerdo que soy madre y que desde que salgas por esa puerta hasta que llegues a tu casa te voy a ver muerto en cada curva.

—¡Por favor! Qué tremendista.

—Sí, así somos las madres.

Capítulo 3

La prueba del algodón

Sentados en el sofá y con esa confianza pasmosa que tan solo da el interés absoluto entre dos personas siguieron analizando sus vidas sin pudores ni temores porque en definitiva conocerse es eso, ser uno mismo sin remilgos, sin máscaras y sin nada que perder.

Conocerse es llevar el pijama de otro y no importarte, es quitarte el maquillaje y recogerte el pelo de mala manera. Conocerse es compartir una charla distendida en un sofá sin mirar el reloj, es compartir copas de vino entre lágrimas, risas e incluso, sin saberlo, algo de amor.

Conocerse es cuando lo que das es tu mejor y peor

tú.

—Creo que voy a dejar de beber vino o no sé qué será de mí.

—¿En serio?

—¡Ay amigo! hace mucho que no soy ni la mitad de lo que era.

—A mí me gusta cómo eres.

—Porque no me conociste hace cinco años. Es increíble lo que te cambia la vida un hijo. Suena a topicazo, pero es así.

—Es un fenómeno, súper Hugo.

—Cuando fui a dar a luz iba asustadísima. No te imaginas cuánto. No sabía qué iba a ser de mi vida, ni si íbamos a poder montar el estudio, ni nada sobre mi futuro.

Me veía de nuevo en el pueblo, viviendo con mis padres como la oveja descarriada que vuelve a casa avergonzada y con un hijo porque nunca supo bien lo que hacía.

—¿Y cuando nació todo cambió?

—Siendo sincera, nacieron mil temores nuevos que ni sabía que existían.

Compartir la experiencia del parto con mi madre me unió muchísimo a ella y eso que se me está volviendo un poco loca con los años y la tecnología. —Sonrió —Pero cuando me pusieron a mi hijo encima después de un parto muy largo y que Hugo pesó al nacer cuatro kilos y medio, verlo con su pelo sucio, sus manos diminutas, sus enormes ojos abiertos... —A Carlota se le pusieron los ojos vidriosos recordando el momento —Verme reflejada en sus ojos no sólo es el momento más bonito que he tenido en mi vida sino que allí, en esa sala de paritorio y tras todo el esfuerzo que se hace, que te deja abatida y

deshecha, allí, en sus ojos, me vi más bonita que nunca.

Pablo sonrió con ternura. Dejó la copa de vino sobre la pequeña mesa que estaba entre televisor y sofá, se arrojó con la manta y la miró. —Pues creo que ha sido un día perfecto, después de todo.

—Define después de todo.

—Nunca me habría podido imaginar cuando ayer me lancé a pedirte una cita, cosa que aunque lo dudes no hago a menudo, que ésta iba ser así. —Resopló con media sonrisa —Qué curioso es el destino ¿no? Te imaginas las cosas de una manera y después...

—Por eso hay que pensar menos.

—¿Y te lo aplicas?

La pregunta de Pablo, aunque disfrazada de

inocencia, llevaba escondida toda la picaresca del mundo.

Carlota enarcó una ceja, le sonrió, puso la mano sobre su muslo y le contestó —Paso palabra.

Se levantó y caminó hacia el pasillo.

—Es tarde ¿no? Habrá que dormir. A ver qué planeas para mañana. Me he quedado con ganas de probar ese tailandés donde no tienen tenedores.

—Me absorbe, Señorita Vega.

—¿Tiene algún plan mejor el Señor Gigoló?

—Ninguno. Hay crisis en el sector.

Rieron.

—Voy a traerte las sábanas, anda.

El sofá se convirtió en una cama de matrimonio que Carlota preparó con esmero y ayuda.

Se dieron las buenas noches entre miradas inocentes, sonrisas e intenciones truncadas por quién sabe qué.

Antes de meterse en la cama, Carlota miró la hora en el móvil, eran las 04:03 a.m.

Debajo de la hora había cuatro mensajes de *WhatsApp* de Sonia y tres fotos de Hugo que le había mandado su madre.

Abrió primero las imágenes.

Sonrió al ver la primera foto de Hugo con la cara pintada de *Spiderman* y en pose de lanzar su tela de araña. Otra en primer plano, donde sus enormes ojos verdosos parecían sonreír. Se la puso de fondo de pantalla. En la tercera estaba metido en

la bañera con la cara aun pintada.

La foto estaba acompañada por el siguiente mensaje:

Tenemos drama. Dice que la cara no se toca 21:07

Carlota volvió a sonreír.

Su hijo tenía carácter y eso le gustaba aunque a veces la sacara de quicio, pues sabía que nunca se iba a dejar avasallar.

También sabía que le iba a costar dormirse, así que contestó a los mensajes de Sonia en los que le preguntaba

¿Cómo quedó la cosa con el abogado? 23:21

Exijo que me cuentes 23:21

¿Dónde te metes hoy? 23:22

Ante la no respuesta por parte de Carlota cinco minutos después del último mensaje le puso el icono de la caca con ojos.

Buenas tardes en Nuevo Méjico. Algo más de las

ocho. Flipando infinito y medio.

¿¿¿¿PERDONA???? 4:19

Para restar importancia Carlota volvió a usar el comodín de Hugo y le reenvió las tres imágenes que le había enviado su madre.

Sonia le contestó

No, guapa. No me mandes fotos de Hugo. 4:22

Es muy fuerte lo tuyo, guapa. 4:22

No me había dado cuenta. ¡ESTÁ EN TU CASA!
¡Claro que te gusta! Y perdona, pero no te entiendo. Si te gusta ¿qué cojones haces escribiéndome en vez de estar comiéndotelo a bocados? 4:25

No eres la única madre soltera con una vida sexual activa *4:27*

¿Ves? ¡Te lo quieres zumbar! No dices «muy inactiva» sino «todavía es muy inactiva» 4:29

Carlota sonrió como si Sonia la viera.

Le sonrió a una pantalla de móvil con cara de su mejor amiga.

Estuvieron escribiéndose bastante rato. Le contó lo que había sido el día con más detalles de los que creía recordar, las conversaciones con sus padres, lo vivo que era Hugo... en definitiva, se contaron

todo.

Había pasado una hora desde que se fue a su habitación. Soltó el móvil en la mesilla, retiró con cuidado las sábanas y descalza a hurtadillas caminó hasta el salón.

Desde la puerta lo vio dormir.

Respiraba de forma acompasada y sosegada.

«No ha huido» pensó y despacio volvió a su habitación sonriente para también intentar dormir algo.

...

A las nueve de la mañana, Carlota ya estaba despierta. Daba igual la hora a la que se durmiera que su reloj empezaba a funcionar de nuevo bien temprano.

Volvió al salón con el mismo sigilo que hiciera horas antes. Pablo seguía allí. Hasta juraría que en la misma postura.

Cuando se dio la vuelta para volver a su dormitorio Pablo llamó su atención.

—Buenos días.

—Pensaba que dormías. Buenos días.

—Lo hacía, sí. —Se desperezó

—¿Quieres café?

—Sí, por favor. Pero antes, y si me das tu permiso entro primero al baño —dijo al tiempo que se levantaba —y ponte unas zapatillas o te resfriarás.

Carlota sonrió por la similitud del comentario respecto al de Hugo.

—Sí, papá. ¡Qué narices! Tú no llevas zapatillas.

—No tengo zapatillas. Estoy corriendo un riesgo extremo.

—Pues te la das de bruces, amigo. Como habrás podido comprobar, tengo el suelo radiante.

—¡Oh! Toda una *it girl* del hogar.

—¡Si señor! Esa soy yo.

Cuando fue a por las zapatillas llamó para saber el orden del día respecto a Hugo.

Aun dormía.

Se lo llevarían por la tarde después de la siesta.

Volvió al salón y mientras ponía la cafetera, apareció Pablo, quién se acercó a su lado apoyándose en la encimera.

A Carlota se le aceleró el corazón.

—Ahora sí, buenos días.

Lo miró sonriente —¿Ya despierto?

—Sí.

Cogió un par de tazas y apartando la vista de él le dijo —Me alegra que sigas aquí.

—¿Te alegra?

—Me alegra y me gusta que estés aquí. De verdad.

Pablo vaciló un instante y con rostro serio se acercó aún más a Carlota a quién casi se le cae una de las tazas.

—Perdona.

—Nada.

—Necesito que me contestes algo y que me seas

sincera.

Soltó las tazas y con la espalda pegada a la encimera lo miró.

Pablo estaba a escasos centímetros de ella. Lo sentía respirar y eso la ponía muy nerviosa.

Tragó saliva y le contestó con voz entrecortada

—Dispara.

—¿Qué hago aquí?

Carlota se ocultó la cara tras las manos. El ramillete de emociones que formaba su cuerpo se había convertido en una banda de pueblo peregrinando al toque de bombos y platillos.

Pablo volvió a preguntar

—Por favor, dime ¿qué hago aquí?

Carlota apartó sus manos de la cara sonriendo tibiamente, acarició la mejilla de Pablo y sosegadamente le contestó

—Desmontarlo absolutamente todo.

Se acercó a él y con toda esa pasión que de nunca recordaba, lo besó.

Pablo le sujetó las mejillas con ambas manos, le regaló una sonrisa dibujada y le susurró

—¿Estás segura?

—No, pero no me dejes pensarlo.

La abrazó. Su voz continuó siendo un pequeño susurro

—No quiero que hagas nada de lo que vayas a arrepentirte.

Carlota alzó la cabeza para poder mirarlo a los ojos y con su nueva sonrisa permanente sentenció —No voy a hacer nada de lo que me vaya a arrepentir, te lo aseguro.

Le indicó con sus dedos que esperara un segundo, se separó de él y apagó la cafetera ante una incipiente innecesidad de cafeína, apartó las tazas del borde de la encimera y de la mano, le marcó el camino hacia su cama.

La puerta de la habitación de Hugo estaba cerrada y la suya, al fondo del pasillo, emanaba la claridad utópica que trae consigo el pasar de la tormenta.

Sus caras risueñas e irónicas. Sus manos juguetonas y atrevidas. Sus cuerpos... sus cuerpos hacía rato que se habían convertido en algo casi etéreo.

De pie, uno frente al otro al lado de la cama deshecha, entre besos sutiles y caricias que fueron ignoradas durante años, entre el renacer de sensaciones que se creían perdidas para siempre, entre ellos dos, todo.

—Espero que no te importe que no haya hecho la cama. De haber sabido esto habría cambiado al menos las sábanas.

Pablo la besó mientras acariciaba su espalda por debajo de la camiseta —¿Por qué seguimos hablando?

Ironizó

Carlota sintió una descarga de electricidad en la columna vertebral mientras llevaba sus manos al cordón del pantalón del pijama de Pablo —¡Joder! —Jadeó — Se me hace raro desnudar a alguien con la ropa de mi hermano.

—¿Perdón? —Replicó Pablo

—Vale, vale. Ya me callo. —Se mordió el labio inferior y le tiró de la camiseta desde el ombligo haciendo un breve recorrido con el dedo índice sobre su tripa hasta que se deshizo de ella sacándosela por la cabeza. —¿Mejor?

—Muchísimo mejor. ¡Olvidemos a tu hermano!

—¿Qué hermano? —Le guiñó un ojo levantando los brazos para que fuera él quien la despojara de la suya.

Besos calmados entre miradas sinceras. Caricias que llevan su tiempo en las que perder todo el del mundo.

Hicieron el amor sin prisas. Entre risas y preliminares llenos de palabras sencillas. Del hablar por dos, del conocerse por dos, del ser por dos y del ignorar infinito que lleva el olvido, donde sin querer, se esconde el tres.

En el silencio de aquella preciosa mañana, recostada sobre su pecho jugaba a hacer dibujos sin forma por su cuerpo.

—Me haces cosquillas.

Carlota no le contestó.

Siguió su tarea como decoradora invisible de rincones de su cuerpo. Viajando con la yema de los dedos entre el pelo de su pecho; conquistando lunares en los que detenerse como si fueran puntos y aparte.

—Estoy por darte un bolígrafo y ver que me estás haciendo.

Siguió sin contestar.

Con su mano libre Pablo le dio dos golpecitos en la sien

—Toc, Toc ¿Se puede?

Carlota alzó la mirada, le sonrió, puso una mueca graciosa y le contestó —Buenos días.

—Otra vez.

—Es que ahora sí que son buenos de verdad.

—¿En qué pensabas?

—En que me había perdido esto durante mucho tiempo.

—No me conocías.

—No nos conocíamos.

—Pues ¿Sabe, señorita Vega?

—Dígame, señor Mateo.

—Tengo la sensación de conocerla de toda la vida y eso me gusta casi tanto como usted.

Carlota se llevó las manos a los ojos con aire dubitativo

—Quiero seguir viéndote Pablo, pero no tengo ni idea de cómo lo voy a hacer.

—¿Por qué adelantas acontecimientos? Dejemos que las cosas lleguen solas.

—Porque tengo que organizar mis días en torno a un pequeño «todo» que no quiero que sufra.

—No voy a desaparecer.

—Eso espero.

—Creo que te dije que iba a intentar hacerme amigo de Hugo y lo conseguiré. No tiene por qué sufrir.

—No voy a dejar que te hagas amigo de mi hijo en veinticuatro horas, Pablo. Sea lo que sea lo que hayamos empezado hoy no tiene porqué perjudicar a mi hijo respecto a ti.

—¡Qué dura!

—Madre. No lo olvides.

—No me olvido, pero no lo entiendo.

—No voy a crear una figura de padre perfecto de cara a mi hijo en tiempo record. No busco eso y de verdad, no quiero que te lo tomes a mal. —Cambió su posición y se sentó a su lado en la cama — Quiero conocerte a ti, me encantaría que lo que sea

esto funcione, quiero saber quién eres y cómo eres, pero no soy la típica chica que conoce a un chico y todo es fácil.

Mi prioridad tiene casi cuatro años y él siempre ganará cualquier pulso a mi interés personal.

—Bueno y ¿qué plan tienes para nosotros?

Sonrió burlona —El brillante y enigmático... ninguno.

—Aprenderemos juntos.

—Voy a intentar seguir haciendo las cosas bien, Pablo. Quiero que lo sepas ya, por si te apetece huir o algo.

—Creo que me estoy repitiendo. No me voy a ir a ninguna parte.

—Genial. Estaba empezando a preocuparme. Toda esta conversación se había vuelto muy seria. ¿Me besas?

—Claro que sí, pequeña.

Estuvieron en silencio algunos minutos. Disfrutando de los pequeños detalles de cada uno con algún que otro beso descuidado en el camino.

Pablo analizaba su alrededor confirmando su teoría del orden, curiosamente, la misma que ella tenía respecto a él.

La habitación de Carlota era como el resto de su casa. Blanca y espaciosa.

La cama, enorme y sin cabecero. En su lugar había un mueble blanco con ruedas ocultas a la vista que podía ser usado como mesa de trabajo, estantería y como objeto de decoración, pues lo podía mover a su antojo de principio a fin de la cama.

Normalmente y como ahora, hacía las funciones de cabecero. Sobre él, una remesa de libros apilados, una caja de madera con lápices y rotuladores, algunas libretas con bocetos, unas gafas de pasta y

un *Magic Trackpad*. También se podía ver dentro de un «pongo todo» un reloj de pulsera grande de estilo masculino, algunas pulseras y ningún anillo.

La pared de ese lado de la cama contaba un papel pintado casi inapreciable, de color blanco roto con dibujos grises plateados que hacía parecer que la habitación era más grande y en el centro colgado otro enorme cuadro con trazos imposibles en carbón gris. No estaba firmado.

Los almohadones, que habían caído al suelo, eran usados como respaldo en sus noches de insomnio laboral.

Se notaba que Carlota pasaba muchas horas trabajando allí.

La pantalla de televisión era también de color blanco, estaba colgada en la pared de en frente a la cama y además estaba conectada con el ordenador y curiosamente no se veía ni un solo cable.

Un balcón antiguo como el del salón a la izquierda de la cama, armario empotrado, sillón blanco de corte moderno en el lado derecho a los pies de la cama y al lado de este, la puerta de su baño.

No había ropa por medio.

Carlota se percató del análisis de Pablo cuando sin cuidado giraba la cabeza de un lado a otro. Escrutando, analizando... aprendiendo.

Fue entonces cuando Carlota se preocupó de devolverlo al mundo de los vivos —¿Qué? ¿Paso la prueba del algodón? —Le sonrió irónicamente

—Sí y quién no la pasaría sería yo. Debería marcharme, mi cuerpo empieza a pedir a gritos una ducha.

—Seguro que has hecho cosas peores en tu vida que repetir calzoncillos por un día.

—¿Qué me quieres decir?

Le acarició la barbilla con descaro y posando un delicado beso en sus labios le dijo —Que yo también la necesito, que tengo una bañera que nunca uso, que también tengo champú, gel, sales de baño y hasta mascarilla para rizos perfectos.

—Usted lo que quiere es verme desnudo
¡Descarada!

Carlota sonrió con aire inocente y mirando debajo de las sábanas le contestó —¡Para nada! ¿Por quién me toma?

Se levantó de la cama con aire sutil dejando las sábanas en el camino, desnuda y dándole la espalda. Girando la cabeza logró verlo de soslayo, tumbado y analizándola al milímetro —Pero si usted quisiera verme a mí, ya sabe dónde puede encontrarme —Le dijo al tiempo que entraba en el baño.

Estaba abriendo el grifo de la bañera cuando lo vio pasar a toda prisa hacía el salón.

Le asustaba la idea de que pudiera marcharse, pero el no escuchar la puerta la tranquilizaba.

Salió a su habitación para bajar un poco la persiana. Podía escuchar el trasiego a lo lejos.

Intentó agudizar el oído sin resultado alguno.

«¡Qué narices estará haciendo!» Se preguntaba constantemente.

Esperó a que se llenara la bañera sentada en el borde, le echó sales de baño con olor a cerezas e incluso encendió un par de velas. Todo menos salir a buscarlo.

Cuando decidió que ya estaba pasando suficiente frío se preparó para meterse en la bañera.

Si Pablo se iba a marchar, el ridículo ya estaba hecho y siempre sería mejor esperarlo plácidamente en ese paradigma del buen gusto que se había montado para ella sola, que, de pie, desnuda y con toda la cara del perro aquel que en el anuncio de los ochenta fuera echado de casa por sus dueños.

Estaba metiendo un pie en el agua cuando Pablo apareció tras la puerta.

Seguía desnudo, con dos humeantes tazas café en las manos y con una pose bastante ridícula pero irremediabilmente encantadora.

—No es champán, ni un vino tan bueno como el de anoche, pero tomarme un café metido contigo en esta bañera me parece la mejor idea que he tenido en mi vida después de invitarte a salir.

Carlota lo miró absorta

—¿Qué? —Dijo Pablo

—Eres... —Carlota se tomó un segundo eterno en preparar la frase, le sonrió tibiamente y continuó

—Eres increíblemente adorable, Pablo.

...

Cada uno a un lado de la bañera para poder disfrutarse, rozarse descaradamente y mirarse.

Carlota tenía las piernas por encima de las de Pablo cuyos pies descansaban al lado de sus caderas.

Este, dejó con cuidado la taza en el suelo, a un lado de la bañera. Ella hizo lo mismo.

Pablo estrechó sus pies consiguiendo que Carlota se acercara poco a poco a él haciendo que un poco de agua estuviera a punto de salirse por el lateral de la bañera.

Lo miró a los ojos, le dio un beso en la punta nariz y antes de girarse para recostarse en su pecho le dijo con voz inocente

—¡Cuidado capitán, que nos desbordamos!

—Tranquila, grumete. Está todo controlado.

La abrazó desde atrás con fuerza, le apartó los cabellos que le caían sobre los ojos, la besó en el cuello haciendo un delicado surco con la nariz hasta llegar al oído, dónde le susurró —Espero que tu hermano me pague pronto. Estos servicios no estaban incluidos en el contrato.

Carlota soltó una sonora carcajada.

—¿Y qué servicios incluía?

—Unos muy selectos. Masajes en los pies, sexo, ser compañía gastronómica, sexo, besos,

arrumacos y... sexo. Lo normal, vaya.

—Le voy a decir que no te pague porque no los estás cumpliendo. Es más, veo 2 sexos y un masaje de pies que no he recibido. Empiezo a estar muy a disgusto con este servicio.

—Estoy a su entera disposición para pagarle ahora mismo.

Pablo acarició la tripa de Carlota desde el ombligo al pecho, quién aun estando en el agua notaba como se le erizaba todo el vello de su cuerpo.

Con la voz entrecortada le susurró —¿Y si empezamos por el masaje de pies?

—¿Lo dices en serio?

—Evidentemente ¡No!

—Bien, porque cabe resaltar, por si aún le queda alguna duda, que mis servicios son gratuitos e ilimitados.

—¿Por qué seguimos hablando?

—¡Qué rápido aprendes, grumete!

Capítulo 4

El caballero Jedi la deja sin *Wifi*

Era algo más de la una de la tarde cuando juntos de la mano entraron en el ascensor con destino al garaje.

Juntos habían recogido la casa por encima, pues al caer la tarde volvería Hugo con los padres de Carlota y ésta no quería que supieran que no había dormido sola.

Pablo vestido igual que el día anterior. En cambio Carlota, eligió vaqueros estrechos, botas, jersey *oversize* en color oscuro y su elegante abrigo de paño negro. Se había recogido el pelo y maquillado poco.

Estaba preciosa.

Estaban cómodos juntos.

No sentían esa vergüenza ridícula que al principio da el que te vean junto a alguien con quién estás empezando algo, teniendo algo o simplemente viviendo algo.

Ambos contaban con esa seguridad del «hago lo que quiero y sé cómo lo hago».

En el coche camino del restaurante, Carlota le preguntaba cosas sobre su vida, su trabajo y sobre él.

Supo sin preguntar que estuvo muchos años con una chica de la que no dijo su nombre y con la que posiblemente hubiera estado toda la vida si ella no hubiese roto la relación.

Reconoció haberlo pasado mal y con mucho humor le contó cómo intentó vivir nuevas y trepidantes aventuras como soltero de oro, pero que se aburrió

en la primera cita banal. Por lo que dejó de buscar.

La casualidad de un día cualquiera los puso en el mismo camino y Pablo quiso aprovecharla, porque no creía en la casualidad sin riesgo ni en la victoria sin lucha.

El restaurante era acogedor.

Elegante para ser un tailandés y dejando de lado los estereotipos decorativos de los locales de restauración asiáticos.

A Carlota le sorprendió el control de Pablo con los nombres de la carta.

—Dime la verdad —Lo interrumpió —Tu madre era tailandesa.

—No. Pero estuve allí un tiempo cuando acabé derecho con una beca.

—¿Hablas tailandés?

—No. Aprendí algunas palabras y frases, pero poco más. Allí hablábamos siempre inglés y castellano.

—Ahora entiendo porque me querías traer aquí. Querías ganarme por el estómago.

—Era una baza, sí. Pero además es una cultura fascinante y con mucho que contar gastronómicamente más allá de que coman grillos o perros.

—Espero que no hayas pedido ninguna de esas dos cosas y si lo has hecho, usa el recurso de «es pollo» por favor.

Pablo sonrió. —Creo que sanidad no lo tiene permitido en España, pero lo tendré en cuenta.

Uno frente al otro se buscaban las manos entre dos copas de vino extremeño *Habla del Silencio...* Haciendo honor al nombre, hasta en los puntos suspensivos.

—¿Y después de esta comida? —Preguntó Pablo.

—Un café, siempre.

—Me has entendido, joven *padawan*.

—¡Dios! Me he enrollado con un friki.

Pablo puso la cara arrugada y sentenció cortésmente —Me has entendido, princesa.

—¡Adjudicado *padawan*!

—Bueno, dime — Quiso saber Pablo impaciente

—Después del café, príncipe, debería irme a casa a volver a mi cotidiana vida de madre a jornada completa.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

Carlota se encogió de hombros —No lo sé. Iremos

hablando. Iremos viendo.

—¿Esto es un adiós?

—Espero que no, Pablo. Al menos no por mi parte. Pero ya te he dicho que no va a ser fácil. Vayamos poco a poco.

—Me gustas Carlota. Me gustas mucho más de lo que me hubiera podido imaginar en ese primer momento que te vi detrás de tu mesa de oficina gris.

—Te pegaba más ser cantautor que abogado.

Pablo le soltó la mano y miró hacia un lado como si hubiera sido repudiado en su buena intención.

Carlota se apresuró a recuperarla y con cara inocente y decidida le sentenció —¡Eh, muñeco! yo tampoco me voy a ir a ninguna parte. Te has saltado cada valla de seguridad que le había

puesto a mi vida y estoy encantada de que lo hayas hecho.

Ten un poco de paciencia y no queramos adelantar al tiempo ¿vale?

Pablo sonrió aliviado. Carlota prosiguió.

—Me gustas mucho friki-abogado, por si no te habías dado cuenta.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Como lo vuelvas a preguntar no te contesto nada más. Pregunta lo que quieras y cuando quieras, de verdad.

—Vale, disculpa. A ver ¿qué vallas de seguridad he saltado?

—Todas, Pablo. Te has saltado todas. En mi vida ostentas tanto el record olímpico como el del

mundo en salto de vallas.

Pablo esbozó una sonrisa —Y eso que nunca se me dieron bien los deportes de velocidad.

Cuéntame cuales son todas, por favor.

—Empezando por llevarme a Hugo a una primera cita aun a arriesgo de que fueras un asesino en serie. Si no lo eras, pensaba que saldrías corriendo al verlo. Es más, era lo que quería en ese momento. Quedarme sola leyendo un libro de bolsillo que había metido en el bolso antes de salir de casa, sentada en una cafetería del centro e irme después de un café a casa a trabajar. Ese era mi plan real e idóneo de ayer.

—Lo tuyo es la diversión extrema.

—No he estado con nadie en todo este tiempo Pablo y no me avergüenzo de decirlo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué?

—¿Por qué no has estado con nadie?

—No he tenido necesidad. Tenía todo lo que deseaba para ser feliz.

—Y entonces ¿por qué yo?

—Te has tomado muy a pecho lo de hacerme todas las preguntas que quieras ¿eh? —Le reprochó bromista Carlota —Y ¿Por qué no tú? No soy mucho de horóscopos, de destino y de un camino de vida ya escrito para cada uno, pero parece que mi familia y tú os pusisteis de acuerdo en que nos encontráramos.

—No me he puesto de acuerdo con nadie. No soy un tipo impulsivo, así que contigo se ve que hice una excepción.

Carlota acarició su mano con un movimiento delicado del pulgar —Entonces, me alegro que lo hicieras. Dale las gracias de mi parte a tu córtex

cerebral por hacer que me mandaras aquel mensaje.

—Si algún día hablo con él, se lo diré y se las daré también de la mía.

Comieron compartiendo toda la complicidad de la que careció su primera cita.

Siendo ellos. Sin la prepotencia absurda que otorga el actuar como agentes inmobiliarios que con palabrería de manual, venden corazones a precios de saldo, decorados con llamativos carteles de «en alquiler o venta» con los que intentar captar nuevos inquilinos para un hogar desgastado por la experiencia y los años.

...

Pasearon por las calles del centro resguardándose del frío entre abrazos ocasionales, regalándose

besos fugaces en los semáforos y siendo portadores una recién adquirida seguridad de la que sin saber ya eran expertos y fue a partir de ese momento, donde ignorantes, el tiempo los colocó en la categoría de adictos al sí y en la de incapaces al no.

Sentados dentro del coche que estaba mal aparcado en el portal de Carlota y con los intermitentes puestos, se despidieron como dos adolescentes en el florecer de sus hormonas.

Besos largos y apasionados que llevan consigo por qué te tienes que ir y la respuesta del porqué no te puedes quedar.

—Joder Pablo, si todo fuera más fácil





—No te preocupes, que lo entiendo.

—Déjame pensar —Carlota se rascó el mentón dubitativa —No te puedo prometer un amanecer como el de hoy ni tan siquiera una tarde como la de hoy, pero ¿te vienes a comer a casa mañana? Sabes que estará Hugo y que todo será distinto, pero al menos estaremos juntos ¿te parece?

Pablo asintió sonriente —Me parece perfecto, pequeña.

—Bien, pequeño. Me voy. —Lo besó —Me voy —Volvió a repetir y lo volvió a besar —No me

quiero ir. —Volviéndolo a besar.

Pablo acarició con dulzura su mejilla y con un sonoro suspiro Carlota sentenció —Joder, me tengo que ir. Hablamos ¿verdad? —Dijo al tiempo que se bajaba del coche-

—Claro que hablamos.

Asomada por la ventanilla del coche se terminó de despedir. —Bien. Nos vemos mañana entonces.

—Hasta mañana, joven *Padawan*.

Carlota sonrió de forma absurda al tiempo que se daba la vuelta para irse. Pero se arrepintió. — Oye, Pablo.

—Dime

—Gracias por llegar.

A Pablo se le iluminó la cara —A ti por venir.

Carlota rodeó el coche hasta llegar a la ventanilla de Pablo, le sujeto las mejillas con ambas manos y posó en sus labios un delicado, lento y apasionado beso. —De verdad. Gracias.

Pablo asintió convencido.

—Ahora sí, hasta mañana y conduce con cuidado. Avisa cuando llegues. Recuerda, soy madre.

—Tranquila.

Le dijo adiós con la mano conforme entraba por el portal. Pablo arrancó el motor e hizo lo mismo al tiempo que ponía el coche en marcha.

Se despidieron sin querer, se separaron sin querer y volvieron a la realidad sin querer creer que

estaba ahí desde el principio.

Carlota subió las escaleras con prisa. Aunque tenía ascensor no lo solía usar casi nunca. Vivía en el primer piso.

Miró el reloj al tiempo que metía la llave en la cerradura de su casa. Las cinco y veinte de la tarde.

Se desmaquilló, se echó crema hidratante en la cara y se cambió de ropa.

Pantalón de chándal gris claro y camiseta blanca con cuello de pico. Encima una sudadera de cremallera y gorro en color azul marino.

Como acto mecánico comenzó con su propia rutina.

Terminó de recoger la casa con el esmero suficiente para que no se notara el exceso de vida en las horas previas.

Cambió las sábanas y puso una lavadora.

Vació el lavaplatos y se preparó un café.

Llamó a su madre y preguntó a qué hora llegarían.

Echaba de menos a Hugo. Echaba de menos el tenerlo correteando por la casa, hablando por los codos y viendo una y otra vez la misma película de dibujos animados.

Lo echaba de menos, porque horas antes no lo había hecho.

¿Hasta qué punto es normal que una madre se olvide de un hijo?

El manual que traen al nacer dice que es lo primero de absolutamente todo, que no te los quitas de la cabeza ni un solo minuto y que hay como una conexión constante e inalámbrica que te hacen dudar o saber si están bien.

A Carlota y por unas horas, el *wifi* se le

desconectó.

Lo hizo cuando eran algo más de las nueve de la mañana, tras la llamada que le hizo a su madre.

Volvió con toda la potencia del mundo cuando en el pecho de Pablo hacía dibujos imaginarios.

Cuando estaba a punto de entrar en el baño y Pablo aun trasteaba por la cocina, la conectividad se volvió nula y al aparecer este por la puerta del baño, se volvió a desconectar del todo.

La conexión volvió a la normalidad cuando salió de su casa camino a la comida.

Con una taza de café en las manos, se marchó al salón. La dejó a un lado de la mesa, encendió el ordenador y llamó a Sonia.

Le contestó desde el móvil.

—¡Hola amiga! —Saludó Carlota con la mano

—¿Qué temprano me llamas!

—Claro perra, para ti que son las once y media.

—Cierto. ¿Qué? ¡Cuéntame! ¿Qué tal todo? ¿Está por ahí?

El rostro de Carlota tornó a serio —No tengo ni idea de por dónde empezar.

—Por el principio de lo que no me hayas contado.

—No está aquí. Debe de estar a punto de llegar a su casa.

—¿Qué habéis hecho hoy?

Carlota esbozó media sonrisa —Todo.

Sonia puso cara de sorpresa —¿Te han redesflorado!.

Carlota asintió

—¡No me lo creo! Te han vuelto —Sonia hizo una pausa llevándose la mano a la boca. —Te han vuelto a regar el jardín.

La cara de Carlota tornó en una irónica sorpresa —Tía, eres una cerda.

—Ya, sí. Lo soy, pero es cierto y quiero saberlo todo.

Resopló —Mis padres llegarán con Hugo en algo más de media hora, así que si no me da tiempo ahora te llamo luego ¿vale?

—No sé si podré soportarlo.

—Podrás. —El teléfono vibró sobre la mesa anunciando un *WhatsApp* —Dame un momento

Era de Pablo.

He llegado vivo. Gracias por todo tú 18:46

Te escribo luego, pequeña. Voy a ver si hago algo por mi trabajo. 18:50

Apuesto más bien 18:50

Besos muchos por todo tú. 18:51

—Perdona, era él. Que ha llegado vivo a su casa.

—Bueno, venga ¡cuéntame!

Resopló de nuevo —Es... delicado, íntimo, bromista, sutil, lento, romántico, perfecto.

Sabes que en mi experiencia sexual pasada dónde menos lo he hecho ha sido en una cama, en una casa y con delicadeza ¿verdad? Pues con eso creo que te lo digo todo.

—Tomaríais precauciones ¿no?

—¿Por quién me tomas?

—Por alguien que se quedó embarazada a los veinticuatro.

—Y que no recuerda nada de aquello. De esto recuerdo todo y bien clarito. Se me ponen los pelos de punta de pensarlo.

—Vale y ahora cuéntame porqué estás tan seria.

—Sabes que no soy muy volátil en cuanto a sentimientos e inseguridades.

—Sí, lo sé.

—Pues ahora mismo soy la de las dudas infinitas.

Quiero seguir conociendo a Pablo y no sé cómo lo voy a hacer. Otra cosa ¿es normal que me haya olvidado un poco de Hugo en estas horas?

—Maja, si durante un primer polvo te acuerdas de Hugo, huye de esa relación.

Carlota sonrió.

—Eso te pasará —Prosiguió Sonia —cuando llevéis un tiempo juntos y entre en juego la costumbre. Es jodidamente desagradable, pero así somos las madres. Planearás hasta la compra del día siguiente.

Intenta que eso no llegue. Disfruta tú, ahora que puedes.

—Exagerada.

—Un poco, sí. O no. Ya lo comprobarás.

—Tengo miedo por Hugo... y por él... por mí. No he buscado ni busco un padre para el niño. Joder, no he buscado nada, ni siquiera a él.

—A Carlota le gusta Pablo. A Carlota le gusta Pablo. A Carlota le gusta Pablo.

—¡Sonia!

—Vale, perdona. No puedo evitarlo. Tía, ¡Que lo has hecho!

—Es educado. Pregunta todo con mucha delicadeza y tiene un sentido del humor tan absurdo que lo hace encantador. Tiene unas manos preciosas y es más que guapo en las distancias cortas.

—Ya está.

—¿Qué?

—Te has enchochado y contra eso no puedes hacer nada. Bienvenida a la vida de pareja con hijos, amiga.

Sonó el portero automático.

—¡Ya han llegado! Tengo ganas de ver a mi enano. Te quiero, Soni. Seguimos hablando.

Le mandó un beso a la cámara y cortó la llamada.

El café se había quedado frío.

Salió disparada a abrir la puerta de la calle y también abrió la de su casa a la espera de que Hugo apareciera corriendo hacia ella.

En ese momento en el que Hugo aparece tras la puerta del ascensor, con su diminuta estatura, su sonrisa sincera y esas ganas que sólo un niño tiene por la vida, Carlota se sentía feliz por lo que era y lo que había hecho, aunque las formas, en su momento, no fueran las más correctas.

Las caras de sus padres denotaban algo de agotamiento.

Sabía que su madre se pasaba más tiempo pendiente de que Hugo respirase que de dormir ella.

Los abuelos malcrían a los nietos, eso siempre se ha dicho. Pero a su vez, también agudizan los

temores que ellos ignoraron cuando actuaban como padres.

Desde la puerta blanca de su casa, Carlota se agachó para recibir a Hugo con los brazos abiertos.

Lo abrazó, lo elevó en peso, lo besó y le preguntó —¿Qué tal te lo has pasado con los abuelos? Te he echado de menos, ratón.

«Aunque no todo el rato» pensó y sonrió.

Miró a sus padres, se acercó a ellos y los besó en sendas mejillas con Hugo en modo koala abrazado ella.

—Mami, pregúntame cómo me pintaron la cara.

Hugo siempre pedía que le preguntaran lo que quería contar. Era su forma de darle dramatismo infantil a sus pequeñas andanzas.

Carlota lo hizo y recibió con todo lujo de detalles sus aventuras en el pueblo como superhéroe de sus vidas.

Miró a su madre mientras Hugo hablaba y le susurró

—Pareces cansada.

—No he dormido mucho esta noche. He estado pendiente de Hugo. Se me metió en la cabeza que se iba a caer de la cama.

Hizo café para los tres. Los llevó a la pequeña mesa, en una bandeja con pastas y para Hugo cogió un *brick* de zumo de piña.

—¿Has trabajado mucho, hija?—. Preguntó su padre con auténtico interés.

Su padre siempre se preocupaba por los proyectos de sus hijos. Les preguntaba con todas las ganas de conocer y entender, aunque en realidad no entendía apenas nada de las nuevas terminologías informáticas.

A veces su madre les cortaba con algo irrelevante y él se apresuraba a decir con sumo encanto — Pilar, por favor, deja que terminen.

A Carlota le encantaba ver a sus padres juntos. Eran como ese *pack* indivisible de natillas que ves en el supermercado.

—No tanto como hubiera querido, papá. A veces las ideas no salen tan rápido como uno quiere.

Su madre la interrumpió

—Y que has estado entretenida.

Carlota la miró con descaro. Sonrió y le contestó

—Y si, también que ayer me quedé hasta tarde por ahí. Me vino bien, la verdad.

No estuvieron mucho tiempo. A Pilar no le gustaba que su marido condujera de noche y ya se había saltado la regla.

Cuando llegaron a casa de Carlota ya había oscurecido.

Por suerte Carlota no recibió una avalancha de preguntas que no sabía si quería o podía responder. Lo agradeció.

Sabía que Pablo traería cola y más pronto que tarde tendría que enfrentarse a ese tipo de conversación.

Estaba sentada en el sofá con su hijo tumbado a su lado. Le acariciaba las greñas con dulzura mientras en la tele sonaba la estridente voz de Bob Esponja.

No quería engañar a Hugo y aunque seguía sin saber cómo afrontar la situación le dijo

—Le he dicho a Pablo que mañana se venga a comer con nosotros. ¿Quieres?

Hugo se encogió de hombros con indiferencia, pero al rato la miró y le preguntó

—Mami, ¿Pablo es tu novio?

Carlota sonrió —¿Eso te ha dicho la abuela?

Hugo puso una mueca seria a la par que graciosa con la boca y asintió.

—¡Ay pequeño! Tienes a quién salir—. Le dijo al tiempo que le arremolinaba el pelo —Pablo es un amigo de mamá. Lo mismo en unos días si puede que sea novio de mamá o no. De momento Pablo es un amigo de mamá ¿vale?

—¿Cómo yo y Alicia?

—Se dice Alicia y yo. ¿Alicia es tu novia?

Hugo asiente

—Pues entonces no. Pablo y yo, somos como Ana y tú, que sois amigos ¿verdad? Y a lo mejor otro día somos como Alicia y tú.

—O como yo y Alicia antes que éramos sólo amigos.

—Alicia y yo.

—Alicia y yo antes éramos amigos y no era mi novia, mami.

—Pues igual, pequeño. Igual.

Hugo asintió convencido de comprender lo que le había dicho Carlota y se volvió a perder en el universo de la piña en el fondo del mar.

Hola, joven padawan 21:34

¿Cómo sabe tu hijo tanto? 21:34

¿Tiene un peluche espía como los de las niñas americanas? 21:35

¿Tan aburrido me ves como para no darte conversación? 21:36

Espero que no dejes que me aburra de ti 21:40

¿Tan mal ha sonado? 21:41

No era mi intención. Ni tengo intención... de cansarme, vaya 21:42

Mañana haré méritos :P 21:42

O más 21:43

Carlota estuvo trabajando hasta bien tarde. No había cogido el lápiz en todo el fin de semana, pero estaba contenta y eso hacía que las ideas le brotaran con fluidez durante los espacios cortos que la mente le daba para concentrarse.

Siguió escribiéndose mensajes con Pablo. Contándose cualquier cosa absurda que pasara por

sus cabezas.

En realidad, lo que se contaran era totalmente irrelevante con tal de saber que el uno estaba pendiente del otro.

Carlota miró de soslayo hacia el balcón.

Las luces de la noche le daban al ambiente un toque dramático a la casi oscuridad de su salón, el cual solo estaba iluminado por un pequeño foco que tenía colocado encima del ordenador.

No le solía gustar el invierno. Le parecía una época triste en la que la mayoría de la gente vive corriendo entre sus casas y sus trabajos. Siempre con prisas para no pasar mucho tiempo en el frío de la calle, siempre a contrarreloj porque pronto oscurece y si tienes obligaciones, la calle no apetece.

Con la llegada de la primavera el ambiente se transforma.

Duermes menos horas porque llegas más tarde a casa. Aprovechas más la luz del sol y recargas las energías que se quedó para sí el invierno.

Porque las estaciones son cíclicas. El otoño-invierno agota lo que la primavera-verano recarga.

El cambio de estación no solo cambia a Carlota. También cambia a su entorno.

Vuelve a abrir las ventanas y deja que la casa se impregne con gusto del mundano ruido de la calle, vuelve sentarse en el suelo de su terraza con una copa de vino en la mano por el simple gusto de ver a la gente pasar.

También disfruta más de Hugo. De las tardes en el parque que el invierno lleva al abandono masivo, del pasear por el retiro con un café frío para llevar y un helado de fresa y nata con dos bolas para su hijo.

En definitiva, la primavera hace que Carlota

vuelva al vivir de las pequeñas cosas que le regala el día a día y olvida durante seis meses y aunque escéptica en cuanto a lo que un destino le tiene ya escrito, si el tiempo se lo permite, este año la primavera, las horas de luz y la recarga de energía vendrán vestidas de compañía.

Capítulo 5

Estrecha de caderas

Quedó con Pablo en que la avisara cuando estuviera llegando para así estar pendiente y abrirle la puerta del garaje desde la terraza de su habitación.

Ahora le tocaba impresionarlo a ella por el estómago e iba a hacer todo lo posible para conseguirlo.

También sabía que iba a actuar de forma distinta estando Hugo de por medio, pero se obligó a no pensarlo y aplicarse aquello del «todo a su debido momento»

Pablo llegó cuando no eran las dos de la tarde.

Carlota tenía la mesa preparada para tres, la casa desprendía olor a comida recién hecha y ella, estaba preciosa.

Lo esperó con Hugo en la puerta abrazado a su pierna. El corazón le dio un vuelco al verlo entrar por la puerta de la escalera.

Sonrieron al verlo acercarse.

—¡Me recibe toda la familia!

—Y porque no tenemos perro...

Pablo se acercó a ella para besarla pero le giró la cara para que la besara en la mejilla al tiempo que señalaba inocentemente a Hugo.

—Enano ¿Le das un beso a Pablo?

Pablo se agachó para que Hugo le diera un beso en la mejilla y un abrazo.

—¡Qué bien huele! —Continuó al tiempo que entraban.

—Son patatas como las de navidad.

—¡Hugo, eres un chivato!

Pablo sonrió socarronamente, Hugo corrió hacia su habitación riéndose a carcajadas y Carlota miró a Pablo avergonzada

—Es cierto, son patatas como las que hice en navidad. Milhojas de patata, para ser exactos. Tuvo muy buenas críticas y dado que se acerca la de este año y me tocará cambiar de receta he querido volver a aprovecharla. Tenía pensamiento de hacer un asado al horno pero mi madre siempre dice que el asado es aburrido y yo no quiero

aburrirte.

Le dio un beso fugaz aprovechando la ausencia de Hugo.

—Casi me rozas. —Ironizó Pablo.

—Lo siento. Ya sabes... Hugo. —Sus palabras sonaron como un leve susurro.

—No pasa nada. Relájate, anda.

Hugo volvió corriendo con un muñeco *Woody* de *Toy Story* en las manos, inventándose media letra de la canción «Hay un amigo en mí» la cual interpretaba con tanto dramatismo que Carlota no podía evitar mirarlo y sonreír con dulzura.

—Me sacará de pobre. Algún día, seguro. Recogerá un Óscar al mejor actor de reparto y yo

lloraré como *Scarlett O'Hara*.

—Se te cae la baba.

—Soy su *groupie*. Normalmente le hago los coros.

—Espero vivirlo algún día.

—Será mejor que no. Vamos a comer, anda.

Carlota se sentó al lado de Hugo tal y como hiciera en el restaurante dejando a Pablo solo al otro lado de la mesa.

No eran íntimos, ni cercanos, aunque la conversación fuera cordial y distendida.

Tenía muy clara la intención de intentar ocultar cualquier resquicio de relación respecto a la ignorante mirada de su hijo.

No sabía cómo iba a reaccionar Pablo. Pero si había sido capaz de desmontar los cimientos de

relación en su vida, podría comprender que en lo último que pensaba era en hacer llegar ideas erróneas a la cabeza de Hugo. Confundirlo con figuras que no se sabe por cuánto tiempo van a estar o con sucedáneos de padre en forma de «novio de mamá»

Quería querer a Pablo con el mismo deseo que siente cuando están a solas, pero Hugo... Hugo gana cualquier partida por mucho que entre en juego la piel, las ganas e incluso el deseo.

—Esto está delicioso.

—Me gusta mucho cocinar... cuando el tiempo me lo permite.

—En serio, delicioso.

—Gracias.

Carlota sonrió tibiamente clavando sus pupilas en

las de Pablo.

Se preguntó qué habría sido de ella si hubiera conocido a Pablo en la universidad y como sería su vida ahora. No se la imaginaba sin Hugo.

Imaginaba a Pablo siendo un buen padre, jugando al fútbol y riéndose a carcajadas con él. Nunca había visto a Hugo jugar al fútbol. Ni siquiera tenía balón en casa.

Se imaginó yendo a comer los domingos a casa de sus padres escuchando en bucle las canciones de los *cantajuegos* en los cincuenta minutos de camino, odiándolos pero al mismo dejándose la voz en *soy una taza* con el mismo ímpetu que lo hiciera en su primer concierto de *La Unión*.

—Mami, caca.

—Enano, eres genial cargándote momentos perfectos.

Hugo sonrió divertido —Rápido, mami.

—Venga, vamos.

Cuando se levantó camino del baño Pablo llamó su atención.

—Luego quiero que me digas en qué pensabas.

Ella se apresuró a contestar —Creo que no hace falta.

Le sonrió y desapareció por el pasillo con Hugo.

...

No quedaban restos de almuerzo por ningún lado. Sin darse cuenta, sin pedirlo ni planearlo se organizaban tan bien juntos que recogieron la cocina en pocos minutos.

Tomaron café sin prisas entre conversaciones absurdas mientras Hugo veía los dibujos en la tele.

—Creo que hemos aburrido a Hugo. —Sonrió Pablo al ver que se había quedado dormido.

—A estas horas le aburre todo. No perdona la siesta. Pero míralo por el lado bueno, nos devuelve el sofá.

—¿Y a ti?

—Y a mí. Dame un segundo que me lo llevo a la cama.

Quando Carlota volvió de la habitación de Hugo, Pablo la esperaba de pie junto al sofá. Había dejado las tazas de café sobre la mesita baja y sonreía con aire lascivo.

Se acercó a él, cogió el mando de la televisión, le quitó el volumen y lo besó pausadamente.

—Hola, Caballero Jedi.

—Hola, joven padawan. Se acaba de ir tu amiga la estrecha. No sé si la buscabas.

—Mi amiga no es estrecha. Es su hijo quién le cierra las caderas y no te creas que ahora mismo está en jornada de puertas abiertas.

Pablo se tuvo que tapar la boca para no soltar una sonora carcajada.

Se acurrucaron juntos en el sofá, jugando al conocerse a través del tacto. Deteniéndose con esmero en recorrerse cada resquicio de sus propios dedos, de las palmas de las manos, de la intención desmedida que hace electrizante cada caricia.

—Hugo come en el colegio entre semana.

—¿Es esto acaso una proposición indecente?

—Totalmente. Quiero aprobar este curso cueste lo que cueste, caballero.

—No sé si me dejaré.

—Te voy a contar un secreto ¿puedo?

—Claro.

Carlota apoyó la cabeza sobre las piernas de Pablo tumbada en el sofá, se pasó el pulgar por la boca y se mordió el labio inferior —Vale. A ver...

—¿Es malo?

—Espero que no. —Sonrió. —Como ya sabes, no iba a ir a la cita. O al menos, esa era mi principal intención. Quería quedar mal, que me escribieras un mensaje diciendo que no tenía palabra y yo salir del paso de la mejor manera posible pero cerrando la puerta a cualquier tipo de cita futura.

Pablo la miró dubitativo —Bien. Pero, fuiste.

—Fui. Claro que fui. Eso que me llevé de bueno.

Creo que también te dije que no creo en un futuro escrito para cada uno de nosotros, ni en los horóscopos, ni en las estrellas fugaces a las que pedirle deseos, aunque siempre lo haga, si te soy sincera. Pero tú, desordenas mis planes, mi destino y las líneas que no creo que estén escritas.

—Bendito desorden, entonces. Y dime, ¿qué fue lo que te dije para que cambiaras de opinión?

—Fue lo que no dijiste.

—Vuelvo a ser la rubia de los dos. Explícamelo.

—¡Claro! Eres un friki, Pablo.

—¡Vaya! no sé si tomármelo como algo despectivo.

Carlota se reincorporó, le acarició la mejilla con

una sonrisa tranquilizadora y continuó —No, no es un insulto. Todo lo contrario. Mira, para mí, desde hace muchísimo tiempo, *Superman* tiene los abdominales de espuma, las greñas morenas, los ojos claros como yo y casi cuatro años, pero cuando más convencida estaba de mi vida, cuando nada ni nadie la podía cambiar, apareces tú con tu preciosa sonrisa, con tus mensajes en forma de letras de canción y con un perfil en *WhatsApp* que lleva como frase una sentencia de «Superman – Paz en la Tierra» que además de dejarme sin palabras consigue que en mi vida, se desmonte absolutamente todo.

—¿Cómo conoces ese cómic?

—Es un libro ilustrado.

—¡Ahí lo llevas Pablo! Una respuesta más friki que tú, que ya es decir.

—Te cuento otro secreto. Yo también lo soy, un poco... bueno, en realidad lo es mi hermano e

imagino que vivir tanto tiempo siendo la sombra de alguien como él hace que se te pegue algo.

—Me encantas, Carlota. De verdad. No puedo decirte que me haya pasado esto antes porque te mentiría. Eres adictiva. Enganchas. Tienes esa forma de hablar tan dulce y sincera que enamora e incluso hasta asusta. Porque, yo al menos, no estoy acostumbrado a que te digan de verdad todo lo que se siente y padece. La gente marea y da vueltas a la hora de contar sus temores o historias por muy sencillas que sean.

Carlota lo interrumpió —No quiero que pienses que voy contándole mi vida a cualquiera.

—Si me dejas seguir... te iba a decir que es muy curioso, porque eres muy tímida. Al menos de primeras eres muy tímida.

Me encantó ver lo vulnerable que parecías ocultándote en el cuello de tu abrigo en el portal de tu oficina, o como mirabas a Hugo

desconcertada el sábado en Callao. Eres... preciosa y te comportas como si la gente que tienes a tu alrededor fuera mucho mejor que tú. Haces al que está o esté a tu lado mucho mejor.

—¡Vaya!

—¿Qué?

—¿No te estarás enamorando?

Pablo sintió vergüenza ante la pregunta. — Puede...

Carlota se abrazó a él e imitando la voz de Agnes en «Gru, mi villano favorito» sentenció —¡Eres tan blandito que me quiero morir!

Pablo sonrió despreocupado —Ves demasiados dibujos animados.

—Más bien has de decir: solo ves dibujos animados.

Carlota le contó como su madre los cazó en el restaurante, como habían montado toda una historia en torno a ellos y como Hugo preguntó que si eran novios.

También pensó que la vida es curiosa.

Cuando menos preguntas le hacen ella necesita más respuestas.

Pablo, en ese momento, llevaba consigo el número tres. El mismo número que días llevaban viéndose, conociéndose. Dos. Sintiéndose, besándose. Uno. Amándose, aunque no quieran creerlo.

En el sofá, en silencio, Carlota con la cabeza apoyada sobre sus piernas. Pablo comenzó a acariciar el contorno de sus caderas. Introdujo las manos por debajo del *jersey* y camiseta para llegar a su piel.

Suave y delicada.

El corazón se le aceleró cuando notó sus dedos en la tripa, haciendo círculos en torno a su ombligo. Dibujando siluetas imaginarias como ya hiciera ella en su momento.

Con la voz entrecortada y los ojos cerrados, le rogó —No vayas por ahí, muñeco.

Retiró la mano —Lo siento. Es difícil contenerse.

—¡Que me lo digan a mí!

—Mañana.

—Ya lo decía *Paul Newman*, «Siempre nos quedará el mañana»

—Lo decía por nosotros. Estoy segurísimo.

—Sin duda.

Como adolescentes en el florecer de una relación pasaron la tarde, entre caricias muy cuidadas y cada sentido puesto el uno en el otro. Tumbados en un sofá que nunca antes conoció tanto placer. Se buscaban hasta con los pies. Sutiles a la par que vergonzosos.

...

Cuando Hugo se despertó dieron un paseo por el barrio, merendaron tarta de manzana en una pastelería tradicional y disfrutaron sin remilgos de la compañía que mutuamente se daban.

Carlota no había conocido eso.

Salía con sus padres cuando van a pasar el día a Madrid, con su hermano y Míriam, con Sonia cuando viene en sus viajes anuales.

El problema con Sonia es que es tan de la familia y hablan tan a menudo que cuando se ven no tienen

ese sentimiento de «hace un año que no nos vemos y tengo infinitas cosas que contarte».

Con Pablo todo es nuevo. Las conversaciones, el coqueteo entre líneas para que Hugo sea ajeno, las caricias a escondidas, los besos fugaces, la sensación del querer más y no poderlo tener, el saber poco a poco lo que no sabe de él...

Se preguntaba si para él todo estaba siendo como para ella o si por el contrario sólo tenía la ilusión de la novedad.

En definitiva Carlota era totalmente ignorante de que Pablo se había enamorado de ella nada más verla como él lo era de que ella se había enamorado de él cuando llegó a su bañera con dos cafés.

La despedida fue menos atrevida que la del día anterior.

Fue como rozar la cobardía que se esconde en el

universo de todo valiente, porque aun a sabiendas de que el riesgo existe, es el miedo quién cada vez está más presente.

El temor es algo relativo.

Al menos a los ojos de Carlota. Esos que empiezan a ver como se tambalea su rutina favorita ante un nuevo amanecer de colores tan difusos que se convierten en indefinidos. De nuevas vivencias, nuevos caminos, preocupaciones magnificadas, y nuevas caras. De explicaciones innecesarias con confesiones necesarias. El sinsentido que lleva consigo la razón y la sinrazón de llevar todo al mismo nexo de unión. Ella.

El temor es algo relativo.

Es como saber que aun te queda sitio en el corazón y que no te importen lo más mínimo las preocupaciones que nazcan de la razón.

En definitiva para Carlota, abrirse al amor es

abrirse al temor.

A todo: si 20:22

Ya te echo de menos, cuento las horas... 20:24

Tu respuesta es...

Bueno, tú eres... 20:25

Conduzco, pequeña. 20:25

—Buenos días, Willy.

Dejó sobre la mesa de su hermano un café para

llevar y un *donut*.

—Buenos días, Clara. *Donut* ¡Qué lujo!

—Estaban recién hechos y ese es un placer al que no se le puede decir que no.

—A parte de esa sonrisa que asquerosamente te delata y la necesidad de azúcar para recuperar energías ¿Me cuentas qué tal tú fin de semana?

—Dame un minuto que llame a un cliente ¿Vale? Pero déjame tú móvil que al mío no sé qué narices le pasa que no quiere encender.

Guille le pasó el teléfono móvil sin ninguna preocupación.

Carlota abrió el *WhatsApp* de su hermano sin ninguna intención de curiosear, pero sí de saber

—¡Coño, Willy! ¿En serio? ¿Clara tiene novio? ¿Habéis creado un grupo de *WhatsApp* que se llama Clara tiene novio?

Guille rio por bajo.

—No me hace ni pizca de gracia. ¡Joder! y encima no me puedo agregar porque mamá es la administradora.

—Devuélveme mi teléfono, anda.

—Ni de coña, guapo— Siguió mirando en el grupo
—De ti, de Míriam y de mamá, pasa, pero joder, ¡que están papá y Sonia!

—Reconócelo. Mamá es genial.

—Sí. Divertidísima.

Respondió al tiempo que se hacía una foto con

cara de cabreo.

Cambió el icono de Clarita la de *Heidi* por la foto que se acababa de hacer y el nombre del grupo por el de «Clara se ha enterado»

Y acto seguido, abandonó el grupo.

—¡Ostras!

—¿Qué?

Carlota sonrió —Te he sacado del grupo sin querer.

—¿Cómo?

—Da gracias que esté tan contenta hoy y que nada me pueda cambiar mi sentido del humor que sino...

—Chata, no te tengo ningún miedo. ¿Has tenido tiempo para trabajar algo?

—Aunque no te lo creas he sido muy productiva. En el amplio sentido de la palabra.

—Me alegra saberlo. En el amplio sentido de la palabra. ¿Y Hugo?

—Pues... siendo mi mayor quebradero de cabeza ahora mismo. Intentado dejarlo al margen y que no se de mucha cuenta de lo que pasa.

—Tiene cuatro años, Clara. No se va a dar cuenta ni aunque os pille teniendo mambo.

—¡Y dale con el Clara! Ya sé que no se va a enterar de nada, pero no voy a meter a un tío en mi cama con mi hijo durmiendo en la de al lado. Además, ya sabes que se viene casi todas las noches a la mía desde que empezó a andar.

—Ese problema tiene solución y es solo tuyo. Además está claro que ese tío te gusta.

—Por favor, dime que Sonia no se está convirtiendo en una aliada de mamá y os cuenta lo que hablo con ella.

—Tranquila, Sonia ni te traiciona ni habla mucho. El bueno es papá, que habla poco pero cuando lo hace lo borda y lo de que te gusta, se te nota.

—¿Perdona?— Carlota se llevó la mano a los ojos
—No puedo con vosotros. De verdad. Lo de esta familia se le cuenta a alguien y no se lo cree.

Guille miró a su hermana mientras le daba el último bocado a su *Donut*. —No te pega ser tan dramas, *Charlotte*.

—¡Ay! No me llamabas *Charlotte* desde la facultad.

—Un Clara más y me tiras la grapadora, que nos conocemos. Pero en serio... no te pega y es más ¿cómo lo vas a hacer? ¿Vas a estar en clausura

mientras Hugo esté en casa?

—¿Sabes que pasa, Willy? No soy una «dramas» como tú dices, porque yo tengo muy claro todo y más ahora. En realidad, por quién no lo tengo nada claro es por Hugo. No ha tenido una figura masculina más allá de papá y tú en su corta vida. No quiero que esto sea un problema para él y te digo más, si tengo que ser monja de clausura en fin de semana, créeme que lo seré. Puedo ser pareja activa entre semana sin que Hugo se entere.

—Alucino. Carlota, el problema más grande que puede tener Hugo respecto al Pablo este es que no quiera ser el malo cuando juegue con él a los superhéroes.

—Ya Guille, joder. Si sé que es así... pero déjame ir con un poco de cautela. Nos comportamos con Hugo como si fuera un adulto que entiende todo y va de vueltas de la vida. Tengo que ser realista, porque en el fondo esto es tan nuevo para él como para mí.

Guille siempre la hacía pensar, independientemente de que fuera de ese tipo de personas que no da consejos sino que simplemente expresa su opinión.

En el manual de madres perfectas posiblemente no aprobara con nota, pero Hugo era un niño feliz y después de todo no lo había hecho tan mal durante este tiempo.

Recordó como hace no mucho había leído en un recorte de prensa que los cuatro años eran los nuevos trece.

Hugo es el líder de la manada de su casa. Todo gira siempre en torno a él y no por ello, es un niño mimado.

Hugo es el rey y Carlota no pensaba hacerlo abdicar del trono a lo «Juan Carlos», dejando un montón de dudas suspendidas en el aire que el tiempo borre porque con el pasar de ese tiempo a

nadie le importe.

Capítulo 6

La teoría del cobarde

Buenos días, Lady Madrid 09:55

Tú 09:56

¿Cuándo? 09:58

Te recojo. Más bonita que ninguna... 09:59

Luego me lo cobro y te doy yo más que uno. 10:01

Pablo llegó a la oficina de Carlota bastante temprano, no estaba sentada en su mesa. Le preguntó a Guille por ella. Estaba imprimiendo unos vinilos en una habitación al fondo del pasillo, le dijo que pasara y entrara directamente pues seguro que tenía puestos los auriculares y no lo iba a escuchar.

Desde la puerta la vio de espaldas delante de una enorme impresora, tarareando *Thinking about you* de *Norah Jones*.

Tenía el pelo recogido de mala manera con un bolígrafo que conseguía que los rizos rubios cayeran desperdigados por cualquier lado de su cabeza, pantalón vaquero oscuro y ajustado, botines marrones y una camisa de cuadros remangada hasta los codos recogida con unas presillas. En el bolsillo trasero derecho del pantalón tenía el móvil y los auriculares conectados a él.

Sin girarse metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono que acababa de vibrar.

¿Piensas en mí? 13:47

Date la vuelta 13:48

Estaba apoyado en el quicio de la puerta con su impecable traje de chaqueta oscuro, sin corbata y con el primer botón de la camisa desabrochado.

Por un segundo y al verlo tan perfecto, sintió que iba hecha un desastre. Se apresuró a quitarse el bolígrafo para recolocarse el pelo y parecer algo más decente, se quitó los auriculares y los enrolló en el teléfono.

—¡Madre mía! Voy a tener que venir a trabajar de largo para ir acorde con semejante espectáculo.

Se acercó y lo besó con delicadeza. —Pago uno soldado. Llegas pronto. Estás... comestible.

—Hola pequeña. Yo salgo a la una y media. Espero que lo hagas.

—Ni lo dudes, guapo. Ni lo dudes.

Pablo la rodeó por la cintura al tiempo que la besaba —¿Te puedes escapar ya o tienes que esperar a las dos en punto?

—Podemos irnos cuando quieras.

De su mesa cogió la agenda, del perchero su bolso y una chaqueta de cuero marrón. Se colocó por el cuello un pañuelo que sacó del bolso del mismo tono que la camisa y se volvió a recolocar el cabello.

—Willy ¿Tu vienes esta tarde?

—No creo, Clara. Tengo que ir a montar los vinilos.

Carlota le echó una mirada de odio ante su «Clara» delante de Pablo.

—Yo estaré por aquí a las cuatro y media o así, por si necesitas algo. Dile a Míriam que si quiere un café esta tarde y venirse a recoger a Hugo que me ponga un *WhatsApp* ¿Vale? Sale de *judo* a las seis y media.

—Tronco, cuídala. No sabes la suerte que tienes con ella.

—¡Eh! Te estaba hablando yo. —Interrumpió Carlota—. Si quieres amenazarlo y hacer esas cosas que hacen los hermanos en las pelis americanas, espera a que yo no esté delante, anda. Es vergonzoso.

Pablo sonrió

—Puedes estar tranquilo, Guillermo. Oye, y ¿por

qué Clara?

—Que te lo cuente ella... que te lo cuente.

—Te mato, Willy. Pero mira tú por dónde, no ha habido presentación oficial. Empiezo por ti ¿vale? Mira Pablo, él es mi hermano mellizo pequeño, Guillermo. Es el pequeño porque yo nací diecisiete minutos más tarde, así que soy la grande. Odia que lo comparen con otra persona y que le llamen Guillermo, por lo que en el colegio nos obligó a llamarlo Willy o Guille. Pero a mí, Guillermo, me está pareciendo un nombre precioso ¿sabes?

—Malvada.

—Donde las dan las toman, enano—. Se acercó y le dio un beso en la sien. —Te quiero, pero algún día de estos te mato. Nos vemos mañana.

—Legalmente el mayor es el que nace primero
—Dijo Pablo.

—Oye ¡Me cae bien!

Carlota miró a Pablo con cara de sorpresa —Tú quieres comer hoy ¿verdad?

Guille continuó —Aun así, no se sabe quién es el mayor de los dos porque es científicamente imposible saber si el que nace más tarde se empezó a formar primero y ella, como es una cabezota, pues no quiere entrar en razón.

—Como ves, Pablo, lleva muy mal lo de ser el hermano pequeño.

Guille les sonrió y se despidió levantando una mano —Anda iros por ahí y dejadme trabajar.

—Encantado, Guille.

—Vete para casa Willy, que ya es hora y esta tarde tienes bastante lío, ya acabo yo luego.

Carlota lo tenía todo organizado. Había reservado

una mesa en un restaurante *buffet* cerca de su casa para así no tener ni que esperar que le pusieran por delante la comida.

Cuando hizo la reserva, a primera hora de la mañana, sonrió en silencio al verse organizando su vida en torno a un polvo por muy banal que sonase.

Organizar sus horas y las de otra persona para que les diera tiempo a «todo» se había convertido en una necesidad vital desde su lunes festivo por la tarde.

Durante la comida le contó como «Clara» llegó a su vida para quedarse.

Ser rubia y tener un uniforme de colegio con polo celeste ayudaron a hacer más realista la escena.

Por las tardes, si se portaban bien, al salir del colegio su madre los llevaba a merendar a un parque cercano al colegio y como recompensa

tenían la tarde de juegos.

A Guille le encantaba saltar desde los columpios.

Cuando el columpio llegaba a lo más alto, él saltaba y como si fuera un atleta olímpico caía en la arena de pie elevando los brazos.

Repetía su hazaña una y otra vez, sonriente y divertido.

Carlota admiraba muchísimo la flexibilidad y destreza de su hermano y claro, quiso imitarlo.

Le aterraba la situación, pero si él podía ¿por qué ella no? Además parecía bastante divertido.

Cogía impulso y cuando llegaba al punto más alto, se aferraba a su miedo, se arrepentía y el columpio empezaba su leve descenso para comenzar de nuevo por principio. Así una y otra vez.

Una tarde saltó.

Logró vencer a su miedo.

Reía de forma nerviosa cuando se vio elevarse a cámara lenta sabiendo que ese iba a ser el momento.

El momento de saltar.

El momento de ser la *Nadia Comaneci* de Noblejas.

Y lo consiguió.

¡Vaya si lo consiguió!

Consiguió saltar. Consiguió vencer el temor que la hacía tener el culo pegado al sillín del columpio cada vez que iba al parque y quería saltar como su hermano. Consiguió llegar a la arena, consiguió un esguince de grado dos en el tobillo derecho, uno de grado tres en el izquierdo y tres semanas de silla de ruedas para poder asistir al colegio.

Aunque las comparaciones siempre han sido

odiosas, no fue ese el momento en el que Carlota se convirtió en Clara.

Fue el primer día de su vuelta a la escuela. Iba en la silla de ruedas tras unos días de convalecencia por la intervención quirúrgica que le hicieron para reconstruirle el tendón.

Ese día todos los niños le preguntaron por cómo se encontraba y qué le había pasado, pero sin juzgarla porque cuando eres niño da igual cómo te hagas las heridas de guerra, lo grande es tenerlas.

Todos sus compañeros danzaron en torno a ella como si fuera el nuevo juguete de moda y fue en el recreo dónde todos quisieron jugar a Heidi porque de repente, en su colegio, estudiaba Clara.

—A partir de ahora te llamaré Clara.

—Me parece a mí que has olvidado que una vez un joven *Padawan* se pasó al lado oscuro creando más de un quebradero de cabeza a los caballeros

Jedi ¿verdad?

Pablo sonreía con dulzura y Carlota prosiguió — Bien, pues quién avisa... Mira que me convierto en humo negro y no respondo.

—Joven *Padawan*, eso es de *Perdidos*.

—Como dijera el sabio maestro *Yoda* «¡Mejores cosas que luchar debería estar haciendo un Maestro Jedi!»

—He subido de caballero a maestro.

—No entendido tú me has—. Le acarició la mano con dulzura y le sonrió lascivamente tal y como le hiciera él y sentenció —¿Nos vamos?

...

La casa de Carlota resplandecía con una luz

especial. Pablo volvió a pensar que su casa se parecía mucho a ella, pero esta vez, no se lo dijo.

Pudo ver la habitación de Hugo pues esta vez la puerta estaba abierta.

La estantería repleta de muñecos de superhéroe, a un lado, estaban los puños del *Increíble Hulk* y una careta de *Spiderman* y en la pared, un vinilo imitando una ciudad cómic que defender, posiblemente fuera un diseño de Guille o incluso de ella.

En la estantería también había una foto de ellos dos, muy sonrientes, en un marco blanco.

Sobre la cenefa que separa la pared del suelo, al fondo de la habitación, había una pequeña puerta azul de unos diez centímetros con un marco blanco en la que se podía leer: Pérez

Carlota vio como Pablo se paró pero sin entrar.

Le gustó verlo ahí. Analizando el rincón del ser

más importante de su vida. Mirando desde la puerta de la habitación a la otra más pequeña.

Se acercó a él, le puso la mano sobre el hombro y con dulzura le dijo —Es la puerta del ratoncito Pérez. Es un acceso directo para que pueda venir a recoger sus dientes cuando se le empiecen a caer. Se la regalaron Guille y Míriam. Puedes pasar ¿eh? Dentro del armario están los disfraces, pero creo que ninguno te quedará bien.

Pablo se giró, la miró a los ojos y con rostro serio le dijo —No quiero que me contestes a lo que te voy a decir, ni que lo pienses mucho porque sé que te va a sorprender. Te quiero, Carlota. No necesito más días, ni más vidas, ni nada más para decírtelo —. Le sujetó las mejillas con dulzura ante su evidente cara de sorpresa —Eres... delicada, preciosa, chispeante y con un punto friki que me vuelve loco, pero sobre todo eres madre, con todo lo que eso conlleva. Has organizado un día perfecto en torno a mí para que tu hijo no se entere

y...—

—Mira Pablo...

No la dejó contestar

—Carlota, los «te quiero» no se contestan. Se dicen cuando se tienen que decir... Se demuestran a cada minuto y yo estando aquí, ahora mismo y sabiendo lo que estás haciendo por mí, hace que me sienta el tipo más jodidamente afortunado de este planeta.

—También lo hago por mí—. Sonrió —Tengo un punto egoísta que no me soporto.

—Ese puntito egoísta te hace sexy.

—Me acabas de contestar un: no tengo ni idea de qué decirte pero voy a usar la palabra sexy porque encaja bien—. Lo miró burlona —Dame tiempo ¿vale? Me gustas mucho. Me encantas, abogado.

Te veo y me vuelvo loca. Me tocas y ya... pero no puedo lanzarme al vacío sin paracaídas. Lo haría. Pero no puedo.

—No te estoy pidiendo una respuesta, pequeña. No te he hecho ninguna pregunta. Tampoco quiero asustarte.

—No me la estás pidiendo ahora, pero la necesitarás y yo no sé cuándo te la podré dar. Respecto a asustarse, creo que es inevitable.

—Ya vendrá, seguro. Quiero creer que vendrá.

—¿Y si no llega?

—¿Por qué seguimos hablando?

—No. No hagas eso. No uses esa frase para dejar conversaciones a medias y que yo me derrita. Que lo estoy, por si te queda alguna duda.

—En serio Carlota. ¿Quieres que esto se acabe? O ¿se va a acabar en unos días? ¿Somos sexo y ya?

—No, espero no y evidentemente no.

—¡Pues ya está, pequeña! No le des más vueltas ¿vale?

Agachó la cabeza con vergüenza. Pablo le elevó la cara sujetándola de la barbilla —¡Eh! bien ¿no?

Restregó sus manos por los ojos. Quería llorar. Los nervios son traicioneros. —Gracias, Pablo.

—¿Por qué? ¿Por decirte la verdad?

Carlota cogió sus manos y se las besó delicadamente en cada uno de sus dedos. Delgados, cuidados, elegantes, masculinos... —Gracias por absolutamente todo.

Tan solo una caricia de Pablo basta para desmontar las preocupaciones que nacen de palabras bonitas. Hicieron el amor con esa

delicadeza que les acompañaba desde el principio, sin prisas y siendo cómplices de una situación que cada vez encaja más en sus vidas.

Ella no llegaba a entender lo precipitado de su declaración. Lo analizaba en silencio y llegaba a la conclusión de que había sido totalmente innecesario.

Desnuda, en su cama, abrazada a él, recostada sobre su pecho, por primera vez en muchos años, sintió miedo.

Ese miedo ridículo que llevan consigo dos palabras de peso que no deben de ser usadas a la ligera. El miedo descontrolado del poder estar construyendo castillos en el aire que cuando menos te lo esperes se desvanezcan en una tarde de tormenta.

Enamorarse, vale, pero ¿quererse...? ¿Te puede llegar a querer alguien que no te conoce en tus situaciones límite?

—¿En qué piensas?

—En ti. Llevo todo el rato pensando en ti.

—No pretendía asustarte.

—Pues lo has conseguido, la verdad. ¿Eres de esos que regalan los «te quiero» como si fueran las monedas de céntimo que en realidad nadie las quiere?

—No. No soy de esos.

—Pues no lo entiendo, Pablo.

—¿Qué no entiendes? ¿No decírtelo en una cena con velas, en una noche preciosa y planeada para la ocasión?, ¿después de hacer el amor? o ¿tras conocer a tu familia y saber que me encanta?

—No lo sé. Son tres días Pablo. Tres días son lo que llevamos juntos.

—Te voy a contar yo ahora un secreto ¿vale?—
Seguían en la misma posición. Amoldados en sus recovecos, como imanes inseparables, que aunque tensos por la situación, necesitan sentir que siguen unidos—Sólo le digo «te quiero» a mi padre cuando hablo con él. Cosa que no hago a diario, la verdad.

Lo hago desde que murió mi madre porque nunca antes lo había hecho y no sabes cómo me arrepiento de no habérselo dicho a ella más.

La vida te enseña, Carlota. Eso tú lo sabes bien.

Pero claro, ¿en qué momento exacto de una relación te das cuenta que quieres a la otra persona? No creo que en el cerebro o en el corazón tengamos un botón que se active y te diga: es el momento perfecto para decirle que la quieres.

Tenemos una edad. La vida medianamente organizada. Yo al menos, sé lo que quiero y

cuando lo quiero.

Y te quiero a ti. No sé si la jugada me saldrá bien o mal, pero es que eso me da igual ahora mismo. No te conozco enfadada, enferma o preocupada por algo realmente importante, pero ¿sabes? Me da igual, porque lo que sí sé es que quiero vivirlo, quiero sentirlo, quiero estar cerca, quiero que sea a la persona que llames cuando necesites llorar o para contarme cualquier tontería que se te pase por la cabeza, porque yo tengo esa sensación contigo y si eso no es querer a alguien, dime tú entonces ¿qué es?

Tengo la teoría del cobarde también, por si te hace falta.

—¿Cuál es la teoría del cobarde?

—Quieres a una persona desde el mismo momento en el que te planteas un presente continuo a su lado, lo único que no tenemos son las narices de decirlo hasta que el tiempo nos haya hecho

caminar un buen trozo de recorrido.

—Puede ser.

—No me voy a disculpar ni lo voy a retirar, porque no he dicho nada malo. Por otro lado, me estoy empezando a sentir un poco incómodo con tantas justificaciones.

Carlota se reincorporó, se giró y lo miró a los ojos

—¡Eh! Ahora soy yo la que no ha hecho preguntas ni pedido explicaciones. Las agradezco, las comprendo e incluso puede que hasta las comparta, pero debes comprender que a veces la cobardía de tu teoría habita en personas que no miran solo por sí mismas.

Yo hace tiempo que dejé de mirar el reloj de lo correcto e incorrecto para vivir en un constante ensayo y error.

Todo esto para mi es nuevo y cuando digo todo, es absolutamente todo.

No estoy acostumbrada ni a la sinceridad desmesurada ni a la estabilidad emocional.

Si te sirve como respuesta, quiero aprender todo esto a tu lado. Es lo único que puedo ofrecerte por el momento.

Lo puedes llamar cobardía. Yo lo llamaré cautela.

—Sensata respuesta, señorita Vega.

Carlota miró el reloj en el móvil que estaba en el cabecero de la cama

—¿Por qué se acaba tan pronto lo bueno?

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cinco. Hora de volver a la rutina.

—Oye, una duda que tengo. Si a Hugo no le gustan los superhéroes que no vuelan ¿Cómo es que le gusta *Hulk*?

—Si estuviera aquí él te diría: porque mola y ya —. Carlota sonrió —En realidad el problema lo tiene con los que tienen capa. No entiende que si tienen capa no puedan volar porque ¿para qué la quieren entonces?

—*Batman* en realidad es *Ramón García*.

—Sí y da las uvas en la Puerta del Sol. Anda, vamos a ir moviéndonos que yo al menos, tengo que trabajar.

Le dio un beso despreocupado en los labios antes de continuar diciéndole

—Nos entendemos bien. Eso es bonito.

—Espera un momento.

Pablo se dio la vuelta quedando tumbado boca abajo y con la cabeza a los pies de la cama, retiró la sábana y miró los pies de Carlota.

Primero el derecho y luego el izquierdo.

—¿Se puede saber qué haces?

—¡Ostras! Es verdad...

Pablo se quedó mirando el tobillo izquierdo de Carlota fijamente donde había una tenue cicatriz de unos siete centímetros.

—¿Me ves capaz de inventarme semejante historia?

Pablo sonrió —Te creía, tranquila, pero quería comprobarlo. Recuerda, soy abogado. Necesito todas las respuestas para poder juzgar un caso. — Le dio un beso en el tobillo —Tienes los pies

bonitos, a pesar de todo, pandillera con cicatrices.

—¡No soy una pandillera! Al menos no en esa época.

...

Para Carlota volver al trabajo tras su atípica sobremesa fue cuanto menos complicado.

Era inevitable pensar en la conversación con Pablo y sonreír ante su valentía, pero tenía esa sensación de algo defectuoso que rompe todo momento perfecto.

Posiblemente la imperfección fuera ella o viajaba con ella.

Sentía que estaba teniendo dos vidas paralelas, entre amantes y pequeñas infidelidades.

Quedó con Míriam para merendar y recoger a

Hugo. Aunque tenía plena confianza en ella no quiso contarle nada de su nueva vida amorosa por si llegaba a oídos del patio de vecinos que se había montado en torno a ella en el ahora grupo «Clara se ha enterado»

—Bueno y cuéntame ¿Qué tal con tu chico? Anda maja, que te obligamos a salir y la lías.

—¡Vaya! Sonia planteó una teoría que me hizo hasta dudar.

—Ya nos estuvo contando. ¡Qué grande ella! Pero bueno, cuéntame.

—Pues hay poco que contar, ya te habrá dicho Willy.

Le detalló igual que hiciera con Sonia las delicias de Pablo, recreándose en los recuerdos confesables y en los detalles ridículos que no pudieran ser tenidos en cuenta.

—Bueno, bueno, bueno... ¡no sabes cómo me alegro! Cuando te veas capacitada para presentarlo en sociedad, quedamos.

—El problema no es presentarlo en sociedad, es Hugo. Bueno y contando a mi madre, que ella es todo un problema.

—Tu madre es brutal. Y la vuelta a la vida marital ¿qué?

—¡Uy! Cero detalles que luego todo se sabe.

—¿Por qué? Te prometo que no contaré nada en el grupo. ¡Palabra! —Míriam se llevó la mano al pecho adoptando la pose de sinceridad.

—¡No te creo! Imagina por un segundo que te digo que me ha dicho que me quiere ¿serías capaz de callártelo?

Míriam soltó una sonora carcajada —¿Te

imaginas? A lo *Ted Mosby*. Tendría su gracia que para una vez que ligas fuera un prostituto de los te quiero. —Míriam reía socarronamente —Sí, es verdad, tienes razón. De ser así, no me lo podría callar.

—¿Ves? Permíteme entonces que no entre en determinados e íntimos detalles, que bastante tengo con organizar mi vida de amante de lunes a viernes y amante de *WhatsApp* en fin de semana sin volverme loca.

—¡Pero chica! Lánzate a la piscina. Joder ¡que es un tío! no un crucigrama que rellenar entero para saber tu nivel de inteligencia si lo resuelves. ¿Qué trauma le puede causar a Hugo que folles?

—Sutileza es tu nombre.

No lo sé. Pero quiero ir poco a poco. Últimamente solo hablo de esto y eso que Pablo acaba de llegar a mi vida... No me quiero imaginar cuando lleve un mes o más.

—Si te gusta, cuando lleves un mes vas a querer más y vas a estar hasta las mismas narices de organizar encuentros de dos horas en la sobremesa. Eso si él no te ha dejado antes por estar hasta los cojones de tu exceso de responsabilidad.

—Gracias, eres un amor.

—Sabes que tengo razón.

—Y tú también sabes que si me lanzara a la piscina desde el minuto uno, sin flotador ni bikini os estaríais quejando de que hago las cosas sin cabeza y que una vez bla, bla, bla, ya sabes cómo sigue la historia.

—Carlota, tienes casi treinta años y te has echado a la espalda la responsabilidad de una señora de sesenta. ¡Coño! ¡Que mi tía Puri hace más estragos en la vida en una tarde de bingo!

—Mira, que vengan las cosas como quieran venir.

Estoy en modo pasota. Me gusta cómo se va desarrollando todo sin planear nada y encima disfruto, que tampoco me viene mal.

—¿Está bueno?

—Mogollón.

—Zorra.

—¡Eh! Que te llevaste lo mejor de mi casa.

—Ya lo tengo muy visto.

—¡Serás malvada!

Miriam miró a Carlota con ternura—Tu hermano es un básico en mi vida y no puedo vivir sin él. Es mi pantalón vaquero favorito y mi camiseta blanca holgada.

Carlota sonrió orgullosa —Me encantan tus descripciones, Mi. Deberías sacarlas a relucir más a menudo.

Junto a Sonia componía el tándem de mejores amigas y con ellas solo bastaba una palabra para que igual que en la canción... «Si tú me dices ven» Carlota, lo acabe dejando todo.

Miriam era profesora de primaria en un colegio público y aunque no se ve siendo madre a corto plazo, es una apasionada de su trabajo, de la educación y de los niños.

Tiene una memoria prodigiosa y la sonrisa permanente. Una de esas que son tiernas y necesarias cuando las cosas van mal.

Desgraciadamente las sonrisas tristes están infravaloradas.

Cuando hay dolor, cuando nada te lo puede calmar, cuando nuestro propio interior se ve sin defensas que lo hagan sanar, llega una sonrisa sosegada y aunque sea triste, reconforta. Pero el dolor siempre egoísta, con el tiempo, se olvida.

Fue precisamente el tiempo quien le regaló días al calendario.

Días de verse por algo más de dos horas, de comer con prisas, del —Hoy no puedo verte porque tengo un juicio en Valencia—, o el —No puedo hoy pequeño, me han llamado del colegio diciéndome que Hugo tiene fiebre—, días sumados y caminos unidos. La estabilidad de una pareja tan atípica como lo eran ellos mismos.

Pasaron sus primeras navidades separados, sin regalos ni promesas de mentira. De mandarse mensajes despreocupados durante la cena en los que decirse «cuánto me gustaría que estuvieras aquí» y «tranquila, que ya estaré»

Con la llegada del año nuevo, para Carlota todo se hizo más que oficial.

Tras las campanadas, tras su beso primero a Hugo y su enorme abrazo, tras los demás de rigor

acompañados de «te quiero, feliz año» y demás actos protocolarios, no le importó que la vieran alejarse del salón con el móvil en la mano para llamarlo y desearse lo mejor. Realmente quería lo mejor para él y en ese querer de lo mejor, egoístamente, también estaba ella.

Se adelantó y la llamó él con la misma intención.

Cuando volvió al salón de casa de sus padres, con las copas de cava sobre la mesa, todos clavaron su mirada a la de ella.

Sonrió descaradamente y sentenció —No quiero escuchar ni una palabra.

Y siguiendo las instrucciones a rajatabla todos cogieron el teléfono móvil para poder comentar la jugada.

—¡Sois insoportables!

El tiempo también quiso que Pablo pidiera un fin de semana para él. Uno de esos a solas donde juntos ver el amanecer y verse despertar.

Carlota no sólo había superado su primer mes como organizadora de eventos de sobremesa, sino que además, estaba a punto de finalizar el segundo.

Se podía decir que Pablo, había superado el periodo de prueba, por lo que aceptó a dejar a Hugo con sus padres y pasar con él un fin de semana en la que hasta el momento era su desconocida casa en Majadahonda.

En aquel amanecer se consolidaron como pareja, o al menos así lo sintieron.

...

La casa dejaba entrever lo particular y cercano del concepto «casa de padres», algo que solo consigue el hogar familiar. Pero cuando ese hogar solamente

está habitado por una persona lo que además deja tras de sí es un halo de tristeza que a ojos de los demás da pena.

No había fotos por medio y posiblemente, la casa, no había sufrido modificación alguna en años.

Carlota pensó que todo aquello no era más que los restos de un naufragio que la madre de Pablo dejó cuando falleció.

El quitar los restos de vida de en medio mitiga el dolor que lleva impregnado el recuerdo.

Los muebles, de color oscuro y corte moderno le daban a los espacios el aire dramático que ya de por sí tenía la vivienda.

En la mañana del día que amanecieron juntos, abrazados en la que para Carlota era una desconocida cama de metro ochenta, Pablo volvió a sorprenderla.

Estaban recogiendo las cosas del desayuno con

aire distendido, como si lo que le estuviera diciendo fuera una banalidad o algo irrelevante.

—Quiero mudarme a Madrid.

—¿Cómo? —Carlota alzó la cabeza con aire de sorpresa

—Esta vez no tienes motivos para asustarte.

—Pues cuéntame entonces.

Pablo se sentó en el reposabrazos del sofá haciéndole un gesto para que se acercara a su lado, la rodeó por la cintura con seguridad y comenzó su relato —Antes de conocerte ya hablé con mi padre de este tema. Nuestra vida... esta casa...

Vivir aquí es vivir anclado en un pasado al que no nos hemos enfrentado ninguno de los dos. Ni mi padre ni yo.

El lado del armario de mi madre sigue intacto, sus cajones llenos. Siguen estando todas sus cosas.

Hablé con él para decirle que me iba a alquilar algo en Madrid. Un estudio, un apartamento pequeño... Lo que me gasto en gasoil, lo pago en alquiler y me quito de la carretera.

—Tiene su lógica, sí.

—Ahora estás tú en mi vida y la idea se convierte en necesidad.

Carlota le regalo una sonrisa sincera

—Mi padre quiere vender esto y yo lo veo coherente.

Si esto se vende, la mitad es para mí y la otra de mi padre aunque él dice que no quiere nada y yo tampoco es que lo quiera, la verdad, pero la realidad es esta y como él me dice, a mí me viene

bien y no deja de ser ley de vida este tipo de situaciones.

En fin, que me lio ¿me ayudarías a buscar piso?

—Pablo...

No la dejó continuar —No te estoy pidiendo una pensión vitalicia, ni siquiera un hospedaje ocasional... Creo que ya «somos» y por eso y más, egoístamente, quiero estar cerca. Ya lo quería antes, ahora lo quiero más.

Carlota agachó la cabeza y lo miró con ojos sinceros—Vale, novio. Habrá que buscarte un piso en la capital.

Pablo se puso de pie, la atrajo hacia él tirando de una de las presillas del pantalón vaquero que llevaba, le apartó el pelo de la cara colocándoselo detrás de la oreja y la besó justo antes de decir —Muy bien, novia. Me gustan estos nuevos calificativos que estamos usando.

Cuando Pablo no la dejó continuar lo que no llegó a saber es que su reacción era totalmente distinta a la que él esperaba.

No le iba a recriminar el momento, ni la situación, ni si le parecía bien o mal que quisiera mudarse cerca de ella.

Lo que realmente intentaba Carlota era buscar la complicada forma de decirle un «Pablo... creo que te quiero» aun sabiendo lo mal que queda usar el verbo creer acompañando al verbo querer.

Quería decírselo con la misma dulzura que él se lo susurra cuando la mira a los ojos, cuando hacen el amor o como respuesta a cualquier tontería que ella le conteste con total convicción pero con ningún sentido.

Pero Pablo la cortó y eso no entraba en sus planes. Carlota no supo continuar y ante la duda siempre elegía callar.

Capítulo 7

El ladrón de Pescado

¿El catarro al final no te ha dado tregua? 10:26

Habrás ido al médico ¿verdad? Que te conozco,
novia padawan. 10:27

¿Me das media hora? Me reclaman 10:30

Parecía que el vecindario olía cuando estaba enferma. En lo que llevaba de mañana la habían avisado de una reunión de la comunidad la próxima semana, el de mantenimiento para decirle que el ascensor pasará la revisión por la tarde y varios repartidores de publicidad a los que maldecía cada vez que cogía el portero automático.

La quinta vez que sonó en menos de una hora decidió que no se levantaba, que lo hiciera otro. Insistieron hasta que por fin algún vecino les abrió la puerta y Carlota suspiró aliviada.

No habían pasado ni treinta segundos cuando insistentemente sonó el timbre de su casa.

—¡Mierda! Dejadme en paz, por favor. —Susurró.

Se despojó de la manta que la arropaba, se levantó pesadamente del sofá con un rollo de papel higiénico en las manos y con el aplomo que da la fiebre fue a abrir la puerta. Era Pablo quién estaba tras ella.

—Coño, Carlota ¡qué susto me has dado! He tenido que llamar a medio bloque y hacerme pasar por un repartidor para que me abrieran. Pensaba que te había pasado algo.

—Hola pequeño ¿Qué haces aquí?

Pablo se acercó a besarla.

—No, no, que te lo pego.

—Me gusta el riesgo. Vengo a cuidarte, tal y como

hacen los novios responsables.

—¿Y el trabajo?

—Me deben días hasta del año pasado y en mi bufete lo que sobran son abogados.

Carlota puso la cara arrugada —¡Jo! ¡Eres tan mono!

—Que voz tan dulce tienes—. Sonrió —¿Qué haces con un rollo de papel en la mano?

—He agotado mis existencias de *kleenex*.

—¿Me dejas tus llaves?

—¿Dónde vas?

—A guardar el coche en el garaje que lo tengo mal aparcado, a coger ropa de la que llevo en el maletero y así poder quitarme el traje y a por pañuelos de papel o te destrozarás la nariz.

Sin problema, niñata. Te he mandado un par de emails por si tus mocos te dejan. 12:22

Ni se te ocurra aparecer por aquí hasta que no estés bien, que me lo pegas y la cagamos. 12:24

Lo sé ;) Recupérate, anda. Te vemos luego. 12:24

Ya verás Míriam cuando le diga que va a conocer al tan famoso Pablo... 12:25

Métete en la cama que estás empezando a delirar y
¡déjame trabajar! verás cómo se entere mi jefa 12:27

...

Pablo volvió a la media hora con una bolsa de deporte con ropa, un portátil, una tarta de chocolate, media fábrica de *Kleenex* y merluza fresca.

Dejó la bolsa con la ropa y el portátil al lado del ordenador de Carlota, le dio un paquete de veinticuatro paquetitos de pañuelos y la tarta la puso en la nevera.

—¿De dónde has sacado el pescado?

—¿Por qué no te metes en la cama y dejas de husmear? Tienes fiebre, vete a descansar.

—Aviso: soy una paciente horrible. ¿De dónde has sacado el pescado?

—Soy un tipo responsable y con una paciencia infinita. Vete a la cama o te llevaré yo.

—Me quieres decir ¿de dónde has sacado el pescado?

Pablo dejó la bolsa del pescado en el fregadero, se secó las manos, se dio la vuelta y la cogió en peso —¡A la cama!

—¿Se lo has robado a una viejecita?

—Si además de caballero Jedi, abogado, gigoló, psicólogo y novio, soy ladrón de pescado.

Le he preguntado a una señora dónde podía comprarlo.

—Se te ha olvidado que también eres cantautor.

—Cierto. Venga, a dormir.

—...y chacha.

—Y chacha también, si y le voy a hacer a la señora un blanquillo que se va a chupar los dedos.

Pablo arropó con cariño a Carlota como si fuera una cría pequeña. Le dio un beso en la sien — ¡Estás ardiendo! Intenta descansar anda...

—...y médico.

—Pareces que vas pedo, pequeña.

—Son los antibióticos. Cocine bien, *Doctor Macizo*.

—¿A qué hora hay que recoger a Hugo del colegio?

—No te preocupes, va mi hermano e incluso imagino que se lo llevará a su casa a dormir... es el protocolo de enferma.

—Yo me puedo hacer cargo de él.

—Lo sé.

Con los cuidados de Pablo, entre toses, mocos y estornudos, el día se le pasó de un plumazo.

Durmió todo lo que no había hecho en los últimos dos meses, comió un blanquillo de Merluza al estilo «abuela Angelita» y sintió que Pablo estaba loco por ella.

No le había importado besarla, pedirse el día en el trabajo, estar a su lado en la cama hasta que se quedara dormida, trabajar desde el salón para no molestarla, hacerle la comida para enfermos de su abuela con el mismo cariño que se la preparaban a él... No le había importado estar sin que nadie le pidiera estar.

Pablo se acercó a la habitación

—¿Cómo se encuentra la sensual Carmen de

Mairena?

—Mejor.

Le puso la mano en la frente para comprobarle la temperatura

—Sí que estás mejor. No tienes fiebre. Te doy un poco de libertad, venga. Pero poca.

—¡Menos mal! Me estaba haciendo pipí.

Estaban acurrucados en el sofá cuando llegaron Guille, Míriam y Hugo.

Cuando Carlota le presentó a Pablo, Míriam le echó una mirada de aprobación al tiempo que le mandaba un mensaje:

Tiene un empujón 18:35

Carlota soltó una sonora carcajada que acabó en un ataque de tos.

—Macho, algo de ti le ha dicho.

Miriam lanzó una mirada de odio a Guille y cuando Carlota logró controlar su brote con apenas un hilo de voz dijo entre risas

—No diré nada a no ser en presencia de un abogado.

Pablo la miró y sonrió

—¡Mierda! ¿Dónde están los financieros cuando hacen falta?

Carlota preparó con Míriam la bolsa de Hugo. Aunque la verdad es que la preparó Míriam sola mientras Carlota agonizaba dramáticamente tumbada en la cama de Hugo.

Hablaron de Pablo entre dientes para que no se enterara.

Míriam alababa el detalle de venir a cuidarla sin que ella se lo pidiera, lo pendiente que estaba de todo y como se apartó a un segundo plano cuando llegaron ellos como si estuviera ocupando su espacio.

—Se le nota que es buen tío, es muy lindo.

—Te pega tan poco usar la expresión «lindo» que hasta pensaría que te estás ablandando.

—Me voy a llevar a tu hijo a mi casa. Tengo que empezar a comportarme como una señorita educada, con riqueza de léxico, que enseña primaria y que lo hace bien. Tengo que usar

palabras correctas y no decir cosas del tipo «eres una pedazo de zorra por estar enferma y quedarte con él»

—Yo habría hecho lo mismo si el enfermo fuera él.

—¡Mis cojones!... perdón. ¿Y Hugo?

—Yo habría puesto la intención de hacer lo mismo por él si lograba colocar a Hugo. O llevármelo... ¡Ay! No sé. Déjame, no estoy para pensar mucho.

—Aprovecha lo que tienes, anda.

—No sé si se quedará...

—Tú tienes una tara o algo, ¿verdad? Como le insinúes lo más mínimo que se vaya, te dejo de hablar.

—Mi, estoy encantada. Febril pero encantada.

—Febril. Dijo Sor Inés en su convento.

—Bonita, hoy se me monta un hombre encima y vomito. Soy contagiosa. Además soy como el monstruo ese de *blandiblu* que le aprietan la tripa y le salen los mocos por la nariz.

Estoy rellena como los bollitos de crema.

—¡Por Dios, Carlota! No volveré a comer bollitos de crema en mi vida. ¡Qué asco!

—Tú empezaste.

...

Se despidieron en la puerta como si Pablo estuviera allí, en sus vidas, desde siempre. Cercanos, fáciles, cómodos...

Hugo se acercó y le preguntó —¿Vas a cuidar tú hoy de mi mamá?

—¿Quieres tú que la cuide?

Hugo asintió con convicción y miró a Carlota —
Mami, ¿Pablo también es un superhéroe?

—¿Qué crees tú, pitufo?

—Espera

Hugo entró corriendo de nuevo en la casa y desapareció por el pasillo.

Cuando volvió traía en las manos el mismo muñeco de *Spiderman* que llevaba el día que se conocieron. Se lo dio a Pablo —Él te enseña.

—Gracias. Es un buen profe.

—Cuida a mamá que está malita. Yo no puedo porque soy pequeño y me pongo malito también.

—Tranquilo, yo soy grande. Estoy vacunado.

—¿Vacunado?

Carlota los interrumpió —Que no se pone malito porque el médico le ha dado *apiretal* para mayores. Venga enano, que te están esperando los tíos.

—¿Te quedas esta noche? —Le preguntó Guille a Pablo, quién miró a Carlota de soslayo

—Si me dejan...

—¡Claro que te deja! —sentenció Míriam con una mueca graciosa.

—¡No hay más que hablar! Se queda, me cuida y *Spiderman* le enseña. Pesados.

Tal y como se despidieron Pablo colocó su mano en la frente de Carlota.

—Vuelves a tener fiebre. Se acabó el alta voluntaria. ¡A la cama!

—Eres una pesadilla, de verdad. ¿No me puedo quedar viendo la tele?

—Tienes tele en tu habitación. Vemos una peli si quieres juntos, pero tú, metida en la cama.

—Al final te contagias.

—¿Quieres que me vaya?

—No... joder ¡No! ¿Te he dado esa sensación?

—No lo sé

—Ya te dije que soy una paciente horrible.

—Y yo que estoy vacunado.

—Como los señores mayores.

—¿Perdona?

—Nadie se vacuna a no ser que haya un brote de *gripe A* y el estado nos acojone para que les sea

rentable.

—¡Venga a la cama! Estás delirando

Tumbados uno al lado del otro. Ella dentro de la cama y él encima del edredón

—Deberías intentar descansar, pequeña.

—Estoy bien. Tengo frío pero estoy bien... además me queda una hora para el antibiótico. Si me despierto en medio del sueño me costará dormirme de nuevo. ¿Jugamos?

Pablo la miró con asombro —¿Estás para jugar?

—¡No seas tonto! No hablo de eso.

—¿Entonces?

—¡Yo que sé! Jugar a las preguntas absurdas, por ejemplo. A ver, dime una canción que le pondrías

a este momento

Pablo se arrascó el mentón dubitativo —Uhm, tal vez, *Little Lou, Ugly Jack, Prophet John*

Carlota sonrió —¿Eso es porque no he querido jugar?

—Tal vez.

—Me encanta esa canción.

—En realidad es porque quiero quedarme hasta que el lechero empiece a trabajar... o más. ¿Qué canción pondrías tú?

—*Despertarme Contigo* por si te queda alguna duda.

—Lo de que tienes el calor que yo necesito va por la fiebre ¿verdad?

—¡Tonto! Pregunta tú

—No se me dan bien estos juegos. Se me da mejor responder que preguntar.

—Vale, pues sigo. Una peli para este momento.

—*Noviembre Dulce.*

—¡No, que esa peli acaba mal!

—¿Entonces?

—*El Padrino.*

—Despertarme contigo y el padrino, me está entrado complejo de cabeza de caballo...

Carlota sonrió—Dime la frase perfecta.

Pablo la miró a los ojos —Ya la sabes.

Carlota asintió. —No sé si será la fiebre o que estoy delirando y que tengo ahora mismo una pelota en pecho que hasta pueden ser mocos. No me extrañaría, vaya.

—¡Qué romántico!

—Lo sé, además vuelvo a hacerme pipí. Esto de que me hagas beber el *Niágara* no lo llevo del todo bien.

Se levantó camino del baño pero antes de entrar se agachó al lado de Pablo, lo miró a los ojos, posó un delicado beso en sus labios y le susurró —Te quiero, abogado. Enferma, demacrada, drogada y mocosa.

No he sabido decírtelo antes y merecías que te lo hubiera dicho hace mucho. Perdóname por eso.

Me hago pipí, de verdad. Ahora vuelvo.

—Pipí, mocos y te quiero. Sí que tendría que haber sido cantautor para poder ponerle letra a esa canción.

Las carcajadas que sonaban desde el baño volvieron a acabar en un ataque de tos.

—No te mueras ahora que me quieres, por favor.

—Puedes estar tranquilo. —Respondió al tiempo en que volvía a meterse en la cama.

—Es injusto, Carlota.

La cara de Carlota tornó a seria. Tenía las mejillas sonrojadas por la fiebre y la tez pálida

—¿El qué es injusto? —Se reajustó el edredón que la tapaba hasta el cuello— Tengo muchísimo frío.

—No poder celebrarlo como se merece.

—¡Ay ingenuo! No te preocupes, que esta me la guardo y, ya te digo yo, que me la cobro.

Creo que me duermo.

—No te preocupes. Ya te tomas el antibiótico cuando te despiertes... No pasa nada por eso. Yo

no me muevo de aquí.

...

¿Estás enferma? Me he enterado por el grupo de tu madre. 23:38

También me he enterado que tienes niñera. 23:46

¡No me has entendido! 23:47

Miriam nos ha dicho que es muy, muy, muy guapo.
Con tres muy. 23:48

Jajajajaja. Es tan grande ella. ¿Me lo presentas?

23:49

Pobrecito... con lo buena enferma que eres. Creo que ya debes de estar preparada para mandarme una foto. 23:52

Carlota le hizo una foto mientras dormía en la que apenas se le veía la cara, pues la tenía levemente girada hacia el lado contrario de ella.

La calidad de tu imagen no deja dudas. Puede ser tanto Brad Pitt como el feo de los Calatrava. . 23:53

¡Joder una que se le vea! 23:53

Buscó en su teléfono entre las fotos que se hicieron el fin de semana juntos en Majadahonda.

En la carpeta había muchas fotos de otros días. Se detuvo en unas que hizo una tarde en el parque.

Pablo siempre en esa especie de segundo plano

que Míriam le comentó en la tarde y del que ella había sido ignorante.

La imagen de él mirando a Hugo inspiraba ternura.

Le gustaba tanto verlo ahí, impávido, pendiente de su hijo... Le gustaba tanto porque para asustadiza ya estaba ella.

Eligió un *selfie* de ellos dos, sonrientes con una arboleda detrás que daba al ambiente un toque delicado. Pablo sujetaba el teléfono con ambas manos y los brazos estirados, Carlota quedaba dentro de ellos. Sus cabezas rozándose y el viento arremolinando sus cabellos.

Recordó el momento exacto cuando se la hicieron como si estuviera allí. Sonrió en silencio, lo miró de soslayo y agradeció a la vida tenerlo.

Joder maja, sois asquerosamente guapos los dos.
¡Qué perra es la genética! 0:07

Se te ve feliz. Mucho. 0:08

¿Y? 0:08

Miedo ¿Por qué? 0:10

¡Bendito sea Dios! 0:11

¡Eres humana! 0:12

¿Qué? Hasta tú misma lo habrás pensado alguna vez. ¿A cuántos tíos has querido de verdad en tu vida? 0:14

Tu hijo, tu padre y tu hermano no juegan 0:15

Estuvo mucho tiempo escribiéndose con Sonia. Le contó sus nuevos temores que aunque ridículos se habían alojado en su cabeza con una convicción fehaciente. También le dijo que Pablo ya tenía

medio hecha la mudanza a su nuevo piso, que estaba muy cerca del suyo, que aún no había logrado vender la casa de sus padres y que le había dado una copia de las llaves. Ella a cambio le dio un mando para el garaje.

Tenía miedo de ver su vida hecha jirones por una mala decisión o por mera satisfacción personal. Disfrutaba del momento si, pero, ¿a qué precio?

No le gustaba meditar demasiado las cosas irrelevantes o ridículas. Sabía lo que era importante en su vida y quería aprovecharlo.

Pablo era importante. De lo más importante. Pablo era el AA1 de su teléfono y se sorprendía al ver cómo había cambiado la historia.

...

Una tarde arrugada de finales de noviembre, saliendo juntos de la oficina de Carlota, una chica

alta, delgada, muy guapa y sobre patines llamó la atención de Pablo.

—¡Hasta luego, moreno!

Hizo un movimiento circular con los patines para poder girarse, dar la vuelta y despedirse con la mano.

Pablo contestó con tono bajo y bastante serio

—Hasta luego, Vir... ginia.

Carlota soltó su mano de la de él para aferrarse a su brazo como quién intenta buscar abrigo para resguardarse del frío.

—¿Quién era la Barbie Patinadora?

—Era.

—¡Vaya! ¿Me tengo que preocupar?

Pablo soltó se soltó del brazo de Carlota, se giró y la miró a los ojos

—¡Para nada! Puedes estar muy tranquila. Pero, me ha sorprendido verla. No sé qué hace de nuevo aquí. No es fácil volver a ver a quién has...

—Dilo, no pasa nada. A quién has querido. No es malo eso. Forma parte de tu vida ¿verdad? Forma parte de tu vida cuando yo no estaba en ella. Eso no es malo.

—Es la primera vez que la veo desde entonces. Ha sido un momento raro. Perdona mi reacción.

—Sé que no debería preguntar esto, pero ¿Te dejó ella?

—Tanto se nota.

—No.

—¿Entonces?

—No sé... eres tan bueno que no te veo dejando a alguien.

—Soy un blando.

—¡Ya! Lloras con *El diario de Noa*

—No tanto, pero sí que me emociona escuchar a *María Callas* cantando *La Mamma Morta* casi tanto como a *Tom Hanks* en *Philadelphia*—. Pablo le regaló un despreocupado beso en la sien. — Gracias por la comprensión, pequeña.

—¿Qué te parece si te empiezas a quedar los fines de semana en casa?

—¿En serio?

—Necesitas que alguien te proteja de esta ciudad y más ahora, sabiendo que eres blandito. No se lo diré a Hugo. Te tiene estima.

Capítulo 8

Dos adultos, una pareja, una madre sola y un niño

—Pequeñito, ¿Te acuerdas cuando me preguntaste si Pablo y yo éramos novios?

Hugo asintió con convicción jugando con la cuchara de los cereales.

—Deja de jugar que te vas a manchar, Hugo. Pues Pablo y yo somos novios ¿vale?

—Yo y Alicia no somos novios.

—Alicia y yo. ¿Os habéis enfadado?

—No me he enfadado. No somos novios.

Carlota sonrió con ternura —¡Ah! Vale. Y ahora ¿quién te gusta del cole?

—Nadie

—No me lo creo. ¿Te gusta Ana?

—No

—¡Te gusta Ana!

—¡Que no, mamá!

—¿Es tu novia ahora?

Hugo arrugó su cara con enfado—¡Que no! ¡Que no me voy a casar nunca, ni voy a tener novia, ni nada!

—Bueno, pero no te enfades. Y ¿quieres que mamá tenga novio?

Hugo hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Pero Pablo te gusta.

Hugo asiente —Y *Spiderman*.

—*Spiderman* es que nos gusta a todos ¿verdad? Mira peque, Pablo se va a quedar con nosotros aquí en casa el fin de semana ¿quieres? Me ha dicho que te trae una cosita.

—¿Qué cosita, mami?

—Pues no lo sé, enano. Cuando venga lo sabremos.

que se llama Sara? ¿Quieres escucharla?

Buenos días, bombón 09:52

¿Cómo va a ser eso? ¡Si somos colegas! 09:52

¡Uhhh! ¡Buenos días, pequeña! 09:55

Ya estaba solucionado antes incluso de ser problema. 09:55

Que ya le llevaba algo a Hugo... 09:58

Y a la madre que lo parió. 09:58

—Mami, ¿Pablo duerme en mi habitación?

—No. Pablo duerme conmigo. Cuando los mayores son novios, duermen juntos ¿sabes?

—¿Cómo el tato Güi y la tía Mi?

—Eso es. Exactamente igual.

Hugo continuó desayunando pensativo. Carlota no sabía muy bien si era porque Pablo iba a dormir con ella, porque no iba a dormir con él o porque era él quién no iba a poder dormir con ella.

No le preguntó.

Es curioso el peso que puede tener la respuesta de un niño de cuatro años.

Carlota es de las que piensan que las respuestas a las preguntas complicadas al final son más sencillas de lo que uno se cree.

Puso una lista de canciones de las que le gustaban a Hugo y con él, mientras hacía las tareas del hogar, cantó como si se jugara la permanencia en la academia, entre risas, coreografías ridículas, limpieza general y amor del de verdad.

Pablo llegó a media mañana.

Traía una planta con cinco varetas cargadas de orquídeas blancas. A Carlota no le gustaba que le

regalaran flores, pero en cambio, de siempre, había tenido particular predilección por las plantas de orquídeas.

No tenía ni idea de cómo se había enterado.

A Hugo le trajo el casco y el escudo del Capitán América.

Parecía un rey mago cargado de regalos.

Besó a Pablo con dulzura. Fue un beso rápido, aunque delicado.

Por primera vez no le importó que Hugo los viera. Se iba a quedar todo el fin de semana con todas sus horas, minutos y segundos.

Carlota cogió las preciosas orquídeas al tiempo que Hugo se colocaba el escudo y el casco. Puso la planta en la mesa cerca de puerta del balcón

—No tenías que haberte molestado.

—Son bonitas... como tú

—¡No!— Refunfuñó —No hagas eso, por favor.

—¿El qué?

—Ser tierno y encima con flores de por medio.
¡No! Pasteleo no.

—¿Qué tiene de malo ser pastel de vez en cuando?

Se acercó y le dio un beso en la mejilla

—Que no me gustan los dulces— le regaló una sonrisa y un guiño de ojos —Pero en cambio, me encanta el capitán América.

—¿En serio?

—Es mi superhéroe favorito—. Se acercó a él y le susurró al oído —Me pone.

—¡Cómo estamos hoy!

—Podías haberle traído a cualquier otro... yo no tengo la culpa.

Pablo sonrió, se acercó y le susurró al oído

—¿Has matado a tu amiga la estrecha?

—No. Pero la voy a dejar un ratito fuera de juego a ver cómo evoluciona la cosa.

—Me parece bien.

Carlota se dejaba llevar por el momento y la situación.

Seguía teniendo esa necesidad imperiosa de controlar la estabilidad emocional de Hugo. Es más, era completamente consciente de que esa sensación nunca la iba a abandonar.

Pablo llegó a su vida montado en un precioso caballo blanco y vestido con las galas de príncipe azul pero a su vez y sin él saberlo, portaba el absoluto temor que da el no saber si la rana también estuvo presente antes de que empezara el cuento.

Decidió dejarse llevar porque la vida es un continuo aprender, un continuo equivocarse y sobre todo una continua lucha entre valientes.

Carlota no es cobarde. Lo dejó claro con el paso de los años y eso que durante un tiempo lo fue.

Lo fue inconscientemente durante tres años.

Y gracias a esa valentía le nacía el tener claro que si ella le restaba importancia a todo lo que componía su relación con Pablo, Hugo tampoco se la daría.

Eran dos adultos, una pareja, una madre sola y un niño e intentar controlar a tanta gente le daba dolor

de cabeza.

Decidió dejarse llevar, sí. Dejarse llevar era mejor opción.

...

Pasaron el día fuera con la condición de que el domingo la dejara trabajar aunque fuera un rato. Tenía muchas cosas pendientes y no podía perder otro fin de semana.

Hacía mucho que estaba dejando de lado su agenda, y aunque Willy no se lo reprochaba, sabía que tenía que acomodar su vida a su tiempo.

Carlota siempre supo aplacar los nervios y fue capaz de controlar las situaciones límite con sensatez, pero esa primera noche con Pablo y Hugo bajo el mismo techo, vivió un holocausto emocional.

Hizo el amor como si fuera una adolescente que se salta las normas en casa de sus padres.

Pasando el tiempo pendiente de que por la puerta de su habitación no apareciera alguien a quien le iba a ser muy difícil explicar lo que estaba sucediendo.

Hugo cada noche acababa en su cama y lo más probable es que esa hiciera lo mismo.

Bien es cierto que antes de dormirse le prometió que no se iba a mover de su habitación y Carlota, con una naturalidad casi ridícula, lo convenció de que los tres iban a estar muy apretujados en la misma cama.

Y aun así y después de todo, por la mañana, se preocupó.

Cuando amaneció abrazada a Pablo y sin noticias de Hugo, lo echó de menos.

Echó de menos tenerlo hecho un gurrño entre sus

sabanas, tener sus pequeñas piernas sobre la tripa y despertarlo entre juegos absurdos.

Echó de menos ver sus mofletes sonrosados, las greñas cayéndole en la cara y esa asombrosa sensación de paz que tienen los críos cuando duermen.

Se levantó con cuidado de no despertar a Pablo y descalza caminó hacia la habitación de Hugo.

Estaba sentado en la cama, con un muñeco entre las manos y el rostro serio.

Carlota entró, levanto la persiana y con su sonrisa de madre orgullosa le dijo

—Buenos días, pitufo.

Se acercó a él y al tiempo que le arremolinaba el pelo le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué tal has dormido?

—Me he hecho pipí.

—¡No, Hugo! ¿Por qué no fuiste a buscarme?

Hugo respondió entre lágrimas

—Me dijiste que tenía que quedarme aquí.

Carlota se agachó frente a él y le limpió las lágrimas

—No llores enano, no pasa nada. Pero intenta no volver a hacerlo ¿vale?

Mira, puedes ir a buscarme siempre que quieras. Solo, que tienes que empezar a dormir en tu camita y no venirme a mía. Los niños grandes duermen solos.

—Yo soy pequeño.

—Pero vas creciendo.

—Mami...

—Dime.

—¿Pablo va a ser mi papá?

Carlota enmudeció. Tardó unos segundos en restregarse los ojos en busca de cordura

—Ven, vamos a bañarte y te cuento ¿vale?

Intentó ordenar las palabras en su cabeza mientras cogía ropa limpia del armario, con Hugo de la mano y camino del baño.

Lo sentó sobre el retrete, puso a llenar la bañera y aprovechó para quitar la ropa de la cama.

Con un montón de juguetes Hugo volvió a preguntar

—Mami, no me has dicho nada ¿Pablo va a ser mi papá?

Deseó que se le hubiera olvidado y que hubiera sido un acto inocente y momentáneo. Pero era más que evidente que hasta su noche de escapes tenía que ver con esa pregunta.

—No, pequeño. Pablo no va a ser tu papá. Tu papá está en el cielo y siempre va a estar allí ¿sabes?

—Pero Pablo y tú sois como otros papás.

—Sí, pero también somos como el tío Willy y la tía Mi ¿verdad? Y ellos no son papás.

Hugo asintió

—Mira pequeño, es complicado de entender. Yo soy tu mamá y lo seré siempre. Tu papá está en el cielo y Pablo te va a querer mucho, de eso estoy segura. No tienes que preocuparte. ¿Te vas a hacer más pipí en la cama?

—Se me ha escapado, mamá.

—Antes de que se te escape ven a verme ¿vale? Así lo solucionamos.

Hugo asintió —Vale

—Te quiero muchísimo, pequeño.

—Hasta el infinito y más allá...

—O más.

Cuando Carlota desvió la vista, Pablo estaba apoyado en el quicio de la puerta del baño de

Hugo, lo miró de soslayo y con una casi invisible sonrisa, lo saludó

—Buenos días

—Buenos días, a los dos ¿Ha pasado algo?

—Nada, no te preocupes. —Respondió Carlota

—Me he hecho pipí. —Sentenció Hugo.

—Se ha hecho pipí. —Confirmó Carlota.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No, gracias.

Pablo asintió serio.

Carlota estaba de rodillas en el suelo junto a la bañera y enjabonando a Hugo. Tenía demasiada actividad en la cabeza como para encima agregarle

más, así que se apresuró a decir —Bueno sí. ¿Nos haces el desayuno? Hugo y yo queremos cereales con la leche templada, tostada y un zumo y para ti, lo que quieras. Tienes buffet libre.

Pablo sonrió tibiamente, se acercó a ella la besó sutilmente en los labios y le dijo —Buenos días.

Carlota le susurró —Poco a poco ¿vale?

Pablo continuó —Poco a poco—. Al tiempo que se marchaba a la cocina.

Desayunaron prácticamente en silencio. Carlota muy cerca de Hugo, pendiente de él, devolviéndole de nuevo el papel de protagonista absoluto. Pablo en un incómodo papel secundario y ella con un sentimiento de antagonista que la hace vestirse con los harapos de la mala de este cuento.

Hugo se quedó embobado en el sofá con unos dibujos que desconocían hasta el momento.

Carlota miró a Pablo y con esa sensación extraña que habitaba dentro de ella desde primera hora de la mañana, le preguntó —¿Te importa si me pongo a trabajar un rato?

—No. Ve, tranquila.

—Me da que no voy a trabajar mucho, pero necesito un poco de tiempo para mí, sola, con mi sobrecarga de pensamientos... Un ratito ¿vale?

—No pasa nada, pequeña. Me siento a ver dibujos con mi amigo Hugo.

Carlota se llevó las manos a los ojos. Le iba a estallar la cabeza.

—Gracias.

Encendió el ordenador y abrió *Skype*. Buscó a

Sonia en la lista de contactos y le escribió un mensaje.

Hola bonita, no te llamo porque está Pablo a mi lado. Bueno, en realidad está con Hugo en el sofá viendo los dibujos animados.

Me estoy volviendo loca, Soni.

Hugo se ha hecho pis en la cama esta mañana, se ha puesto a llorar cuando le he hablado (te prometo que ni le he reñido) y me ha preguntado si Pablo va a ser su padre.

He tenido con mi hijo esta mañana una conversación rarísima que ha partido mi alma en dos.

Evidentemente no te escribo para preguntarte si estoy haciendo las cosas bien o no.

Denomínalo desahogo ¿vale?

Pero... si me quieres dar tu opinión la espero
impaciente.

¿Hablamos a la noche?

¡Muack!

Abrió sus programas de diseño y estuvo
garabateando bastante rato, con la mente perdida
entre trabajo y vida.

Miró hacia el sofá donde Hugo y Pablo
comentaban con energía lo que sucedía en la tele.

Le gustó lo que vio.

Independientemente de todo, le gustó.

—¡Pablo!

Este se giró y la miró.

Carlota le hizo un gesto para que fuera a su lado.

Cuando Pablo llegó, giró la silla y lo abrazó. Estuvo así unos segundos, con la cara apoyada en su barriga y rodeándolo a la altura de la cintura.

—¿Qué te pasa?

—Nada, que en ocasiones pienso demasiado.

Pablo miró de refilón la pantalla del ordenador

—¡No sabía que dibujaras tan bien! Pensé que lo que hacíais era sólo arte abstracto de épocas oscuras.

—Es trabajo, no es dibujo—. Le dio un beso en la tripa sobre la ropa —Gracias por tu paciencia, Pablo.

—¿Por qué necesitabas aislarte?

—¿Escuchaste mi conversación con Hugo en el baño?

—No. Acababa de llegar. Dame un segundo—. Pablo se alejó, cogió una silla y se sentó a su lado.

—Así mejor, empiezo a estar mayor. No escuché nada.

—Me preguntó si ibas a ser su padre.

Hablaban casi en susurros para que Hugo no los escuchara.

Pablo se cruzó de brazos —No es algo que me haya planteado

—¡Eh! Ni te lo plantees. Te estoy diciendo lo que me preguntó. No pidiendo nada.

—Pero... podría serlo, Carlota, a la larga podría

serlo.

Carlota volvió a llevarse las manos a los ojos —
No Pablo. Esto no funciona así ¿vale?

—Venga, a ver con qué me sorprendes ahora.

—Hugo tiene un padre, muerto, pero lo tiene y un tío, mi hermano, que como dice el dicho es un padre disfrazado de amigo y un abuelo, que es el padre que le consiente todo.

—No me estoy enterando de nada.

—Hay demasiados padres para un solo niño. No tengo ni idea de si estoy haciendo las cosas de la mejor forma para él, pero tengo claro algo, Hugo tiene que crecer sabiendo quién es y quienes le rodean. Y tú, por muy mal que suene, tienes que tener claro que no eres ni su padre ni su amigo.

Pablo se inclinó hacia delante con cara de cabreo

—¡Qué bien! ¿Y quién narices soy, Carlota? Porque no sé qué cojones hacer para que no te sienta todo mal respecto a él. No soy nada porque no dejas ni que me acerque. Tienes levantado un muro infranqueable a su alrededor.

—No te enfades, pequeño. Es lo último que quiero.

—Pues dime entonces.

—Te pedí paciencia.

—Y la tengo... Intento demostrártelo cada día, pero me dices cosas que no ayudan a mantenerla.

Carlota respiró profundamente —A ver, creo que lo que digo no sale tal y como lo pienso.

Pablo, debes de ser mi novio y ya. Quién quiere a su madre y quién posiblemente también lo querrá a él... No puedes ser un amigo porque debes de ser un adulto. Debes de ser el que le diga cuando están las cosas mal hechas sin echarle broncas porque

no te toca hacer eso. No sé. Debes de ser tú conmigo. No tú, con él y conmigo.

—¿Y tú?

—Yo si no me vuelvo loca intentaré acostumbrarme. Él me irá enseñando el camino, como esta mañana de sábanas mojadas, llantos y preguntas.

No viajo sola. Lo sabes desde el primer día, te quiero y te agradezco infinito que no me lo tengas en cuenta, pero debemos de ser conscientes de que esta solo será la primera de muchas preguntas y no sé si las que vengan podrán tener respuestas.

—¿He hecho algo mal? ¿Le he echado broncas innecesarias o me he metido en tus tareas de madre perfecta?

—No has hecho nada mal y no soy la madre perfecta.

—No me das la opción de equivocarme. Es difícil

aprender a andar si no te dejan pisar el suelo, Carlota.

Un psicólogo infantil estaría encantado de lo bien que llevas la teoría... Pero para aplicar la teoría debe de haber práctica, sino, no sirve de nada.

Carlota acarició la cara de Pablo con las dos manos. Dejó caer las palabras despacio y con todo su sentido.

—Lo siento, de verdad. Sé que soy sobreprotectora, pero no quiero que sufra. Si se la tiene que pegar alguien, quiero ser yo—. Tomó sus manos y se las besó —No quiero que te agobies, por favor, y si algo no te gusta, como ahora, dímelo. Lo último que quiero es que te alejes de mí.

—Vivo mi propio *Dr. Jekyll y Mr. Hide*. Cuando estamos solos eres una persona completamente distinta a cuando está Hugo. Me desconciertas y es

algo inevitable.

—Una vez más, poco a poco.

—Ya, Carlota. Poco a poco. Pero poco a poco también pasa el tiempo y el único que se conforma con todo soy yo. Lo demás no cambia.

—Al final te has enfadado.

—No me he enfadado, Carlota. De verdad que no, pero empiezo a aburrirme de esconderme detrás de la cortina.

Es curioso porque estoy aquí contigo y me siento tremendamente lejos de ti.

—¡Vaya! Estoy teniendo un gran día de sentencias por parte de los hombres de mi vida.

—Yo he borrado un par de ellas de mi cabeza que me ha dicho la mujer de la mía.

Carlota apoyaba la cabeza pesadamente sobre su brazo apoyado en la mesa, Pablo estaba inclinado hacia ella para hablarse de cerca, casi en silencio, palabras sinceras.

Hugo se acercó a ellos reclamando atención.

—Mami ¿Puedo vestirme de *Spiderman*?

—Espera un momento Hugo —Miró a Pablo a los ojos y con dulzura le dijo —Vamos a hacer las cosas bien, pequeño. Ya lo veras.

¡Oye Hugo! Le enseñas a Pablo tu habitación y todos tus disfraces... creo que no le has enseñado ninguno.

Pablo le regaló una sonrisa tranquilizadora.

—Es lo que te puedo ofrecer de momento. ¿Te importa jugar con él mientras yo acabo? Son diez

minutos a lo sumo.

—¿Puedo besar a la heroína del cuento delante del pequeño hombre araña?

—No puedes... debes.

Pablo la besó y Hugo, pendiente de ellos en todo momento, sentenció —¡Mami!

Carlota lo miró de soslayo y bromeó —¿Estás celoso, enano? ¡Ven que para ti también tengo!

Se levantó y salió a correr detrás de Hugo.

Capítulo 9

La guerra fría

El día pasó en una constante de extraños con normalidad fingida, de compartir situaciones cotidianas a las que mirar de reojo, por si acaso.

Esa noche Carlota y Pablo fingieron cansancio para irse a dormir pronto y no tener ni siquiera que hablar.

Fue la primera vez que no hicieron el amor pasando la noche juntos y la primera también, que las pequeñas mentiras de la rutina, invadieron su cama.

Ninguno de los dos dormía, pero lo simulaban.

Estaban unidos, abrazados, enredados por las piernas y entre medio de ellos, irónicamente, había un abismo.

La sobrecarga de pensamientos elocuentes en sus cabezas por separado y la sobrecarga de pensamientos dispares si los unes, hacen que entre ellos se cree un espejismo etéreo sin forma y totalmente volátil.

Hugo llamó a Carlota a las tres de la madrugada.

Sus pequeños pasos se acercaron a la habitación pesadamente tal y como si se tratara de un señor mayor.

—¡Mierda!

Pablo se restregó los ojos como si lo hubieran despertado de un largo y placentero sueño

—¿Qué pasa?

Hugo apareció tras la puerta con los pelos alborotados, abrazado a una gasa como *Charlie Brown* y soltando entre dientes un «¿me puedo quedar?» del que no esperó una respuesta.

Tampoco la hubo.

Se subió entre medio de ambos al mismo tiempo que Pablo salía de la cama.

—¿Dónde vas?

Le señaló la puerta de la habitación y Carlota sintió como si esa puerta los fuera a separar para siempre.

—Dame dos minutos ¿vale? Dos—. Le rogó ella.

—Voy a echarme un vaso de leche.

Pablo estaba apoyado en la encimera y con sus manos envolvía el vaso como si se tratara de un preciado tesoro que proteger.

Divagando entre pensamientos, serio y cabizbajo.

Colocándolos en la estantería del desorden repleta de retazos de un día complicado

Carlota llegó a los minutos, se había puesto un jersey ancho sobre la camiseta del pijama. Se apoyó a su lado y le dio un empujoncito con el hombro para llamar su atención.

—¿Por qué te has ido?

Pablo dejó el vaso en la encimera y se pasó el pulgar derecho por el ojo izquierdo para quitarse una mota inexistente.

—No querías que estuviera.

—¿Cómo?

—Cuando ha llegado Hugo, no querías que yo estuviera allí.

—Pablo...

—¿Querías?

Carlota lo miró, pero no le contestó.

—¿Ves?

—No nos hagamos esto, por favor.

—¿El qué?

—Esto. Hacernos daño gratuitamente. No es sano, pequeño.

—¡Tú no has visto tu cara!

—No te voy a mentir, Pablo. Temía este momento. ¡Lo temía! Pero sabía que iba a llegar.

La preocupación es algo inevitable y lo más probable es que a mi hijo, toda esta preocupación mía, no le importe lo más mínimo, pero para mí... — Carlota acarició la mejilla de Pablo — Me acostumbraré y se acostumbrará. Pero también te tienes que acostumbrar tú.

Está en su cama.

No me ha parecido sensato dejarlo en la nuestra, ni que durmiera con nosotros.

Lo he llevado a su cama, me he quedado un ratito con él y se ha dormido. Si aguanta toda la noche y no tenemos ningún altercado, mañana, le compraré algo como premio.

Y sí, no quería que Hugo llegara, pero tampoco

quería que tú te fueras.

Pablo continuaba en silencio. Mirando la punta de los dedos de sus pies descalzos.

—No quiero que te vayas, pequeño.

—Ahora mismo me siento el tipo más egoísta del mundo, Carlota. Parece que no veo lo que haces por mí o que no lo valoro, pero, estar en mi pellejo tampoco es fácil. No sé qué narices hacer para que todo salga bien.

Intento pensar con frialdad... dejarte tu espacio... darte tú tiempo... Pero me saturó y tengo la sensación de estar en el lugar equivocado o que soy la persona equivocada. No sé qué esperas de mí.

—Te vas a ir ¿verdad?

—¿Quieres que me vaya?

Carlota lo abrazó, hundió la cara en su pecho y lo respiró profundamente. Sintió las lágrimas haciendo eslabon por sus mejillas. —No.

Pablo la sujetó por las mejillas y con los pulgares se las limpió —No llores, pequeña.

Se tapó la cara a manos llenas colocándolas encima de las de él. Tras pocos segundos las apartó y lo miró a los ojos de forma sosegada.

—Te entiendo. Te entiendo perfectamente, Pablo.

Hace mucho tiempo que yo habría salido corriendo sin mirar atrás. No tengo experiencia en relaciones pero tengo bien claro lo que quiero y entre otras cosas, quiero que me entiendas.

Es cierto que soy dos personas distintas. La que

está contigo y la madre de Hugo. Estoy deseando que esas dos personas sean una misma. Te lo prometo.

¡Llámalo miedo! Me cuesta mucho soltarle la mano y cederle parcelas a otra persona. Aunque esa persona sea a la que más quiera después de a él.

—¿Sabes que creo, Carlota? Que no te quieres dar cuenta que la única que ve un problema en nuestra relación respecto a Hugo eres tú y mientras no actúes con normalidad, esa inseguridad, irá creciendo, pasará el tiempo y te hará más daño.

Tienes que aprender a vivir por ti.

—Nos vamos a ir a dormir ¿vale? Pero quiero que sepas que antes de conocerte sentía mi vida completa. No necesitaba nada más para ser feliz y ahora, cada segundo que te alejas, te abstraes y te vuelves una sombra que danza a mí alrededor sin musitar palabra siento un maldito vacío dentro que me come y me mata a partes iguales.

Puedo ser la peor novia del mundo.

Puedo medir la baldosa, hacer un estudio sobre material que la compone, analizar el peso que soporta y dibujar un plano a escala antes de poner un pie encima para estar segura de que no me voy a caer.

Puedo volverte loco con mis inseguridades... pero no quiero que vuelvas irte de mi cama si pongo la peor cara del mundo al ver a mi hijo aparecer por la puerta.

Quiero que me lo digas, quiero incluso que te cabrees y me lo tengas en cuenta. Te quiero Pablo y te quiero siempre cerca.

—Es increíble

—¿Qué es increíble?

—Eres la mejor persona que alguien puede tener a su lado y a la vez la que la hace sentir la peor estando al suyo.

Carlota se alejó en silencio, cabizbaja y con los brazos cruzados.

Pablo se acercó corriendo a su lado, la sujetó del brazo y le susurró —¡Mierda! Carlota, no, joder. No he querido decirlo así.

—Pero lo has dicho. Estamos empatados. Ahora soy yo la que ha sentido lo mismo que has descrito. Vamos a dormir. Si quieres, claro.

Pablo se quedó unos segundos en la cocina analizando la situación. Volvía a no saber qué hacer, si correr a su cama o marcharse hasta que las aguas se calmasen.

El día, a veces, regala la sensatez que le falta a la noche, pero para que suceda hay que dejar que esta pase.

Decidió volver pero sin correr y lo hizo con

muchísimos temores incipientes palpitando en su sien en forma de prematuro dolor de cabeza. Carlota no estaba.

Desde la puerta de la habitación de Hugo la vio en posición fetal, acostada sobre las sábanas y abrazada a su hijo.

Le pareció la imagen de amor más sincero que había visto en su vida.

Se acercó, se agachó a su lado, colocó la mano sobre su espalda y en la oscuridad de aquel cuarto le susurró —Lo siento. Vente a la cama, por favor.

—Ahora voy...

—Te espero.

—Vamos a despertar a Hugo. Ahora voy.

Pablo perdió la batalla esa noche. La de la

cordura, la de la conciencia y la del amor.

Lo derrotó un niño que ni siquiera sabía que estaba en guerra.

Pablo perdió y lo hizo siendo un cobarde, sacando la bandera blanca y quedándose solo en medio del holocausto que deja tras de sí la guerra fría.

Cuando Carlota y Pablo empezaron su relación lo hicieron a dos, por mucho que quisieran creer lo contrario. Fueron ella y él, sin nadie más.

Bien es cierto que la presencia de Hugo deambulaba como un pequeño espectro que aparece en pensamientos y que tal y como momentáneamente llegaba a sus cabezas se marchaba sin dejar respuesta.

No habían tenido presentaciones oficiales familiares o comidas en las que sentarse en una misma mesa con suegros, primos o tíos lejanos. Ni tan siquiera habían coincidido en algún

cumpleaños que llevara consigo la obligación del conocerse y si tenían que ser sinceros, hasta lo agradecieron.

Finalmente, Carlota también volvió a su particular frente. El de ese mundo que empezaba a nacer entre Pablo y ella.

Era consciente de lo sabia que puede llegar a ser la naturaleza y como tras el caos más absoluto es capaz de llevarlo todo al orden más extremo.

Se acostó a su lado, boca arriba y aunque quería mirarlo no podía.

—No me gustan las discusiones, Pablo. Sobre todo las que no llevan a nada. Tampoco me gusta que me psicoanalicen y esto es una contradicción, porque es una de las cosas que más me gustaron de ti cuando te conocí. Pero esta vez te equivocas de lleno.

—No quería hacerlo.

—Mi hijo no es ningún problema para mí. Quiero que eso te quede claro. Es lo mejor que tengo en la vida.

—No...

—Déjame terminar, por favor—. Carlota hablaba entre susurros con una tranquilidad que parecía planeada. No era el caso. —No considero que entre nosotros haya algún problema respecto a Hugo. Mi único problema llegaría en el momento que él empezara a sufrir por esto y creo que estoy poniendo todo mi empeño en que no sea así.

Cometo errores, Pablo ¡Claro que los cometo! Pero no he dejado de decirte ni un minuto lo que siento por ti, lo que quiero luchar por ti y lo que estoy cambiando de mi vida por ti... lo que no sé, ahora, es si tú estás recibiendo lo mismo.

—Deberíamos hablar mañana de todo esto. Es muy tarde.

—Tampoco te veía como un cobarde que huye de las palabras usando evasivas.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres de nosotros, Pablo? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que seas tú y ya está. Quiero que descanses y sobre todo, que dejes de hacerte daño con pensamientos que no nos están llevando a ninguna parte. No sé cómo hemos llegado a rozar este límite del absurdo a estas horas.

Posiblemente no debía de haberme ido de la cama... sí, posiblemente. Pero lo he hecho, y contra eso ya no puedo hacer nada.

También he pensado la gilipollez de irme. Es más, he estado a punto de hacerlo.

Pero me merece la pena todo esto, porque estáis vosotros. Tú luchas. Yo lucho. Esto es así.

Pero por favor, no pienses tanto en la teoría de lo correcto e incorrecto, porque nadie es perfecto.

Tenemos que equivocarnos, sacudirnos las rodillas y seguir andando. Yo quiero seguir andando, pero no como hoy. Eso también lo sé.

A ti no te gusta que te psicoanalicen, a mí no me gusta la desconfianza cuando yo tengo la mía depositada en ti al cien por cien.

Yo cedo. Tú cedes. ¿Vale?

Y ahora, por favor, vamos a dormir o seguiremos llevando esto al peor de los desvaríos.

—Vale...

—Te quiero pequeña. Os quiero, de verdad.

—Lo sabemos. Achúchame y nos dormimos, anda.

Por primera vez en horas lograron dejar la mente

en blanco y tener la sensación de paz que deja tras de sí la complicación aparentemente resuelta.

Se obligaron a no pensar cómo se obligaron a no dejar de sentir.

El despertador sonó cuando prácticamente estaban conciliando el primer sueño. No estaban cansados, tal vez por aquello de que es mucho peor el cansancio mental que el físico.

Carlota besó a Pablo en la sien, enredada entre las sábanas y sus piernas.

—Buenos días, novio *Jedi*. Creo que hemos superado nuestra primera crisis.

—Buenos días, novia *Padawan*. Espero que sí. No quiero tener que suspenderte.

—Lo siento, Pablo. Lo siento mucho—. Carlota arrugó su cara imitando a Hugo cuando dice que se

pone triste —Creo que he llegado a comprender el término «la noche me confunde». Nos confunde.

—No siempre vamos a estar bien.

—No me gusta irme dormir enfadada y menos contigo. Tendremos que ponerle solución a eso.

—Me parece genial ¿Ahora?

Carlota le dio un pequeño codazo—¡No me refiero a eso! Y ¡joder! Ahora no podemos.

—Es verdad, joder ahora no podemos.

—¿Qué hace aquí *el club de la comedia* y que ha hecho con mi novio? ¡Vamos a levantarnos, anda!

...

Se comportaban como una familia al uso, de esas que rodeados de costumbre hacían las cosas de

forma mecánica y ordenada. Con una salvedad, no eran una familia al uso.

Pablo se marchó antes que Carlota y Hugo. Tenía que pasar por su casa a recoger cosas del trabajo, posiblemente no se vieran ese día. Dependía de cómo fuera transcurriendo la jornada.

Hasta Guille tenía trabajo fuera de la oficina esa mañana, así que Carlota y sus pocas ganas, llegaron a la oficina con un café doble y muchas tareas por hacer.

Encendió el ordenador, vio por encima varios correos de clientes y uno de Sonia.

-----Mensaje original-----

De: Sonia B.

[mailto:sonibraess@ieoenergy.com]

]

Enviado el: domingo, 08 de febrero de 2015 19:51

Para: cvega@vegadosdesign.es

Asunto: ¡Ni se te ocurra decirle nada!

¡Car!

No tenía ni idea de que hubiera un Chat en *Skype*.

¿Por qué no me mandaste un WhatsApp o un mail?

Lo he visto por casualidad al llamar a mi madre esta tarde. Ví que tenía unos números parpadeando arriba.

No quiero darte consejos porque no soy una experta en estas situaciones, pero me da que Pablo podría no entenderte si le cuentas esto. ¿Por qué no dejas pasar el tiempo un poco y ves cómo evoluciona Hugo?

Y tú, que te conozco, no te agobies porque todo esto es normal.

Los niños preguntan mucho.

Lo preguntan todo. Ya verás cuando lleguen a los ocho como el mío y empiece a tocarse su cosita 'porque *It's funny, mum!*

Hablamos luego ¿vale?

Te mando un mail porque así te obligo a que me contestes aquí. Ya sabes que desde la oficina no puedo ni Skype ni WhatsApp.

xoxo

S.B.

-----Mensaje original-----

De: Carlota Vega

[mailto:cvega@vegadosdesign.es

]

Enviado el: lunes, 09 de febrero de 2015 09:43

Para: sonibraess@ieoenergy.com

Asunto: Tarde...

¡Buenos días, Soni!

Somos tan de contarnos todo que evidentemente se lo dije y tuvimos un día complicado, una noche difícil y una madrugada muy problemática pero con soluciones, creo. Y no, no pienses mal.

Me asusta tanto ceder con Hugo y que empiece a ver en él una figura paternal o algo parecido... que ya ni lo pienso.

Anoche «Georgina on my mind» (que por cierto

suenan ahora mismo de fondo) se hizo realidad conmigo.

Si te digo que tengo miedo a perderlo cuando me mosqueo... creo que ya te lo digo todo.

Le voy a dar un voto de confianza.

Debo hacerlo.

Si me la pego, pues ya veré como me levanto y aprendo.

Te voy contando con tiempo ¿vale?

Love you, american woman.

Trabajó entre canciones, impresiones, diseños y clientes varios.

Guille iba y venía sin parar demasiado por la oficina.

El poco tiempo que estuvo fue el suficiente como para ver que había dormido poco. Ni por asomo se podría imaginar los motivos que Carlota calló por vergüenza, maternidad y lealtad de pareja.

A media mañana fue ella quien salió a visitar a un par de clientes. Le pesaba la cabeza tres toneladas por culpa del cansancio, así que aprovechó la salida para entrar en una cafetería y pedir una dosis extra de cafeína.

Guille se solía burlar de ella diciéndole *Tú eres la auténtica Miss Cafeína y no la banda de Alberto Jiménez.*

Removía el café escuchando las palabras de su hermano en su cabeza como si lo tuviera al lado hasta que una chica llamó su atención.

—¡Uy! ¿Tú no eres...? Perdona, no sé tu nombre. Eres la novia de Pablo ¿verdad?

Morena, alta, delgada, con una melena larguísima bien colocada hacía un lado de sus hombros, elegante y muy bien maquillada.

—Sí, ¿nos conocemos?

¡Claro que se conocían! También estaba claro que sabía quién era pero prefirió hacerse la interesante y fingir que no se había dado cuenta.

—Soy Virginia. La... —Dejó suspendida las palabras en el aire

—¿Ex de Pablo?

—También, pero iba a decir la *Barbie* patinadora.

Carlota pensó sin realizar algún gesto que la delatara «¡Qué cabrón! ¡Se lo ha contado!»

Pero Virginia continuó —Lo siento, tengo un oído espectacular. El otro día no nos presentó, cosa normal, creo..., pero soy incapaz de ver a alguien a quién conozco y no saludar.

De no haberlo hecho me habrías pillado mirándote como si no hubiera mañana y sin duda eso es muchísimo peor.

Carlota sonrió, se levantó, le dio dos besos y le dijo —Soy

Carlota, encantada y puedes saludar siempre que quieras. Si no lo hago yo, no me lo tengas en cuenta, soy un maldito desastre. ¿Quieres un café?

—¿No te importa?

—Para nada.

—No es muy normal lo de tomar café entre novia actual y antigua novia.

—Bueno, yo no me considero muy normal que digamos, ni soy celosa y también soy consciente de que Pablo tuvo vida antes de que yo llegara a ella... mientras no entres en detalles lujuriosos, eres bienvenida.

—¡Menos mal! Tengo amnesia respecto a esos temas.

Acepto ese café. Además, odio desayunar sola.

Estuvieron charlando de sus trabajos y de sus vidas como si Pablo no hubiera formado ni formara parte de ellas.

Era ese tipo de conversación cordial que mantienes con alguien que no conoces de nada, en la que cuentas tu vida como estuvieras leyendo tu currículum en voz alta.

Carlota por primera vez evitó contar que tenía un hijo.

Le gustaba la sinceridad e ir a tumba abierta, no tenía nada que ocultar ni explicaciones que dar, pero ¿quería que Virginia supiera absolutamente todo de ella en un café circunstancial?

En el fondo y aunque nunca lo llegue a reconocer, le fastidiaba saber que la mujer que tenía delante sabía más de su pareja que ella misma.

Se despidieron en la puerta con dos besos y un hasta pronto.

Virginia dijo algo más

—No lo dejes escapar. Es lo mejor que a una mujer le puede pasar en la vida.

—¡Vaya! Y entonces ¿por qué lo dejaste tú escapar?

—Para que le llegara alguien como tú.

—¿Cómo?

—No te asustes, anda. Alguien que lo quisiera de verdad. Me ha encantado charlar contigo.

Levantó su mano izquierda a modo de despido y se alejó con prisas calle abajo.

—Adiós—. Musitó Carlota entre dientes al tiempo que pensó «¡Vaya momento raro!»

Le fue imposible quitarse de la cabeza la imagen de Pablo enfadado con ella, la cara de Hugo preocupado y la imagen translucida de ella misma intentando ordenar todo sin éxito.

Comió sola. Algo que hacía tiempo le parecía normal y ahora le causaba una enorme tristeza.

No había recibido ni una llamada de Pablo en todo el día. Ni siquiera un WhatsApp. Ella tampoco lo

llamó ni le escribió.

Hablar con Guille la habría ayudado, pero no fue capaz.

Estaba llegando al colegio para recoger a Hugo cuando volvió a sentir el miedo de la soledad. Esa que llega disfrazada de amiga para robarte uno de los bienes más preciados tu vida.

Sintió la punzada del sentir a Pablo a kilómetros de ella, del cansancio y de la derrota.

Porque en soledad, se piensa demasiado. Se piensa, hasta lo que nada importa.

Abrazó a su hijo con fuerza.

—¡Mami, que me espachurras! —Refunfuñó Hugo

Carlota sonrió ante la respuesta de su hijo

—¿Que te espachurro? ¿De dónde te sacas estas palabras, enano? ¿Sabes? Te voy a llevar a un sitio que no conoces.

—¿Tienen chuches?

—No lo sé... Pero si te portas bien, te compro
¿Vale?

...

Cuando Pablo abrió la puerta de su casa los vio a los dos, sonrientes y abrigados.

El calor de la calefacción se fusionó momentáneamente con el frío del exterior.

Tenía el pantalón del pijama puesto, descalzo y una camiseta gris.

—¡Qué sorpresa! —Expresó con una sonrisa dibujada en la cara pero con tono serio a la vez.

—Estaba preocupada, no me has llamado en todo el día.

—Ni tú a mí. He tenido muchísimo trabajo.

—Te vas a resfriar—. Dijo Hugo mirando hacia los pies de Pablo.

—Se preocupa por ti. Nos preocupamos por ti.

—Anda, pasad pareja.

Carlota se acercó y le dio un delicado beso en los labios y le susurró —Estoy acojonada ¿vale? Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza, pero que te quede claro que no pienso dejar que te muevas de mi lado, cabezón.

Pablo no contestó. Miró a Hugo y le dijo —¿Sabes que tengo una cosa para ti?

Carlota lo interrumpió con rostro serio

—Pablo...

—Tranquila, no tienes de qué preocuparte.

—No me refiero a Hugo.

—Ni yo. ¿Te vienes con nosotros? Voy a ponerme las zapatillas y darle su regalo a Hugo.

En habitación de invitados, con una pequeña cama de noventa y algunos muñecos que Carlota no había visto antes, en el armario, estaba colgado el disfraz del Capitán América, con sus perfectos abdominales de espuma y su estrella en el pecho.

—Mami ¿me lo puedo poner?

Carlota asintió —¡Qué suerte tienes!

—Se lo tengo guardado desde hace mucho, para cuando vinierais.

—He desayunado con Virginia. Tú... Virginia.

—¿Cómo?

—Coincidimos en una cafetería por casualidad.

—¿Te vas a hacer amiga de mi exnovia?

—No. No creo. Ha sido algo circunstancial y raro. Me la encontré por casualidad. No me ha dicho nada de ti, ni yo tampoco a ella, la verdad.

—¿La reconociste?

—Se acercó ella a mí.

—Vamos al salón ¿Quieres beber algo?

—Algo calentito. Un té o algo así.

No tiene pinta de la típica ex cabrona.

—¡Mamá! Eso es una palabrota.

—Si hijo, perdona. Eso no se dice ¿vale? y ¿Cómo es que estás en casa tan temprano, Pablo?

Pablo estaba metiendo dos tazas de agua en el microondas

—No he trabajado esta tarde. Mañana tengo de nuevo juicio en Valencia, con muchas historias que preparar.

Sino llego a estar en casa ¿qué?

—Te habríamos esperado o te habríamos llamado, o habríamos entrado. Te recuerdo que tengo llaves... Bueno ¡Yo qué sé! ¡Estabas en casa!

—No lo es.

—¿El qué?

—La típica ex... aunque yo no haya vuelto a hablar con ella. No lo es.

Hugo se fue corriendo al salón de Pablo y encendió la tele como si estuviera en su casa.

—¡Hugo! ¡Pide permiso antes!

—Déjalo... estáis en vuestra casa.

—¿Sigues enfadado?

—No

—Entonces ¿qué te pasa?

—Estoy preocupado por el trabajo, nada más. Tengo un juicio complicado.

—¿Quieres hablar?

Pablo se acercó a la mesa y se sentó, retiró una silla para que Carlota hiciera lo mismo.

—No. Prefiero tomarme una infusión, aquí tranquilo, contigo, antes de seguir viendo papeles horrorosos.

—Bien, no te entretendremos mucho entonces.

Hugo entró corriendo de nuevo en la cocina

—Pablo ¿Me puedo llevar el disfraz a mi casa?

—Claro, es tuyo, colega.

Carlota sonrió y lo miró a los ojos y sin realizar ningún sonido le dijo con los labios —Gracias.

Pablo le guiño un ojo con media sonrisa—¿Tienes con quién dejar a Hugo el próximo fin de semana?

—Se lo pueden quedar mis padres. No quiero

abusar de mi hermano ¿Por?

—Mis amigos quieren conocerte. Han organizado una cena. ¿Te apetece?

Carlota asintió sincera —¡Vale! Y si... ¿recogemos a Hugo el domingo en casa de mis padres, comemos con ellos y nos quitamos también esa presentación oficial de en medio?

—¿En serio?

—Totalmente. Tienen ganas de conocer al responsable de que sonría tontamente en la mesa cuando nadie habla y otras chorradas que no hice de adolescente.

—Pues no me veía yo como un *latin lover*, fijate.

—Eres más como un *okupa* emocional. Mi *okupa* emocional.

—Grandes privilegios que tienen algunos.

Capítulo 10

Bajo el ala de mamá pato

Y lo que preferiría yo estar en ella ahora mismo.

O en la mía... 23:59

Aquí sigo, sí. 0:01

Eso haré, porque no doy más de mí. 0:03

Perdona mi apatía de hoy. 0:04

Prometo llamarte en mis días malos, o medio malos. 0:05

Cada minuto... 0:05

Te quiero, novia. Descansa mucho y bien. 0:08

Y perdona por lo que nunca te tuve que decir y te dije. 0:09

Hablar más y preocuparnos menos. 0:11

Es verdad. No te gustan. 0:13

Carlota organizó sus días en torno a esa cena con los amigos de Pablo, calculando los tiempos para que sus padres pudieran recoger a Hugo y las presentaciones oficiales del domingo.

No entraba en los planes, pero convenció a Guille y Míriam para que también fueran, así Pablo no estaría tan incómodo. Con ellos ya había confianza, incluso, cenaban juntos alguna noche de trabajo en casa de Carlota.

Quedó con sus padres para el viernes, irían a comer y así también podrían pasar algo de tiempo juntos.

Se llevarían a Hugo y así Carlota tendría el sábado libre para mimarse un poco, ir a la peluquería e incluso, ir de tiendas sin prisas.

La tarde del jueves Pablo llegó a casa de Carlota con la insistencia de ir a dar un paseo los tres. Estaba lloviznando y por ello la idea del paseo a

Carlota le pareció bastante ridícula.

—¡Confía en mí! Tiene su lógica.

Carlota accedió a regañadientes. Había conseguido por fin un día en el que no se llevaba trabajo a casa.

Prefería sofá, encefalograma plano y caricias maritales que por lo que podía ver, no iba a tener. Prefería eso, a pasear con un paraguas y un hijo al que le encanta saltar en los charcos por mucho que fuera resguardada abrazada a Pablo. Prefería cualquier cosa antes que volver a vestirse y salir a la calle.

Pero accedió y Pablo acabó llamando al ascensor al tiempo que Carlota cerraba la puerta de su casa.

—¿Garaje?

—Sí. Vamos al coche un momento, si no te importa.

En el asiento trasero del coche de Pablo había perfectamente montada una sillita infantil del grupo II.

Carlota se llevó las manos a la boca

—¿Le has comprado una silla a Hugo?

—Tuve un poco de problema con eso del grupo al que pertenecía... No estoy muy puesto en estos temas. Le hice una consulta a mi amigo *Google* y ya soy todo un experto en sillas de coche. La cual vamos a estrenar camino del cine.

Tengo entradas para un peliculón de coches voladores.

—Yo prefería una de *Barbie*—. Carlota puso cara de decepción —Gracias. Tienes detalles

asombrosos. No hacía falta, pero que sepas que me encanta.

—Y el domingo, ¿Cómo nos íbamos a volver?

—Hugo se podía volver con mi hermano o se la hubiera pedido a mi padre... Había soluciones.

—Esta nos hace más libres.

Carlota se acercó a Pablo dando ese paso que se estaba obligando a dar y dejando suspendido en la punta de su nariz un cálido beso

—Esta es absolutamente perfecta, pero vas a tener que recompensar el que me trague una peli de coches voladores, aviso.

Esa noche Pablo se quedó a dormir sin ser fin de semana.

Ya empezaba a tener ropa suya en el armario de Carlota, un neceser en su baño y Hugo se estaba acostumbrando a tenerlo cerca. Porque detrás de toda complicación están los resquicios de lo sencillo.

El viernes, Pablo dejó a Hugo en el colegio y a Carlota en su trabajo. Un recorrido impensable si miraban unos días atrás.

Ese amanecer llegaba como preludio de un fin de semana para dos. Todo ello gracias a un destino marcado y a un puñado de amigos que colocaron la obligación del verse delante de sus narices.

Con la llegada de sus padres Carlota pudo cocinar con la tranquilidad de tener a Hugo controlado por sus padres.

Compró queso y embutido ya cortado para el aperitivo. Sin duda, uno de los momentos favoritos del día a día de su padre.

Tras el almuerzo, Hugo huyó hacia su imperdonable siesta y Alberto, padre de Carlota, descansaba los ojos viendo los documentales de *la 2*.

Carlota y Pilar aprovecharon la hiperactividad que se respiraba en la casa para irse relajadamente de tiendas y sobremesa. Madre e hija. Solas.

Con un café por delante, en una pequeña cafetería de la Calle Fuencarral, hablaron como no lograban recordar haberlo hecho.

—Mamá, me gustaría preguntarte algunas cosas.

—Las que quieras, hija.

—Pero ¿te puedo pedir un favor?

—¡Claro!

—Que no salga de aquí. Intenta guardártelo y que

no vaya al grupito de WhatsApp, por favor. No he logrado hablarlo ni con Guille. Solo con Sonia y un poco por encima...

—Tranquila. Sin problema.

—Te lo pido totalmente en serio.

—¿Por quién me tomas?

Carlota la miró a los ojos con desconfianza—
Mamá...

—Te lo prometo ¿Te vale?

—Eso espero.

Cuando Carlota empezó a hablar de Pablo y Hugo, la invadió un profundo sentimiento de vergüenza.

¡Estaba contándole intimidades a su madre!

Lo cierto es que necesitaba saber su opinión.

Por una vez no le valían las respuestas de Sonia a miles de kilómetros de distancia, ni las de Míriam, siempre cargadas de coherencia, ni las de su hermano siendo quién mejor la conoce...

Necesitaba saber qué pensaba quién al final, pese a todo, iba a estar para ella.

Durante muchos años Carlota se sintió como el patito feo del cuento.

Más por actitud que por apariencia.

Aun hoy, hay días que se siente irremediabilmente de esa forma.

Se había acostumbrado a vivir así, a tomar decisiones de forma unilateral y sin réplica. Incluso se había convertido en una persona solitaria y lo más curioso, es que le gustaba serlo.

Con la llegada de Pablo todo cambió.

Lo que antes era una seguridad absoluta se había

vuelto una completa inseguridad.

Le habló a su madre de los temores que tenía respecto a su relación, de Hugo y sus preguntas de niño grande, del dolor...

Ese dolor que siempre va a estar ahí.

Fue la propia vida quién decidió que era el mejor compañero de viaje que puede tener una relación de amor.

Porque el amor duele, casi tanto, como duele dejar de tenerlo.

Cuando Pilar le devolvía respuestas sinceras, Carlota veía en sus ojos la serenidad que ella misma intentó mostrarle a Hugo la mañana de «pipís y papás»

No quería preocuparla, pero sabía que en el fondo lo estaba y que como madre, callaría, se lo guardaría y la ayudaría si hiciera falta.

También sabía que había detalles que estaba deseando contar en su grupo de *WhatsApp* y puede que hasta lo hiciera, pero no se lo tendría en cuenta.

Carlota tiene mucho de patito feo y en su cuento, el verdadero arropo se encuentra debajo del ala de mamá pato.

—Te gustará Pablo y a papá también, estoy segura de eso.

—Te hace feliz ¿verdad? Pues entonces ya me gusta.

Carlota sonrió despreocupada —Mucho. Es increíble lo que le cambia la vida de una persona de la noche a la mañana...

—Por Hugo no te preocupes, Carlota. Ni por las preguntas que te haga. Los niños se adaptan a su entorno e incluso son más sociables de lo que somos los adultos.

Eres una madre estupenda y lo estás haciendo bien, aunque a veces dudes. Eso también es inevitable.

—Gracias mamá. No sabes lo que me gusta este momento nuestro... los echaba de menos.

—Ahora que lo vas a hacer oficial podréis venir más a vernos.

—Tampoco te flipes. No vamos a estar en el pueblo cada fin de semana como la *Kelly Family*.

—¿Qué tal sus padres?

—Su madre falleció. Era muy guapa y elegante por lo que he podido ver en fotos. A su padre no lo conozco aun... Pronto, imagino. Se volvió a casar y no se ven mucho. Hablan por teléfono, eso sí.

—¡Qué pena!

—Hay personas que no saben estar solas. Pablo prefiere que esté acompañado a llorando por las esquinas cada noche. No lo pasaron bien...

—¿Enfermedad?

—Si... No te creas que yo he preguntado mucho al respecto, sólo sé que fue una larga enfermedad y que él la echa muchísimo de menos aunque no me lo diga.

Tiene una foto de ella en su cartera.

—¿Sabes que no me lo puedo creer?

—¿El qué?

—Que estés enamorada... No he visto en ti esa ilusión ni cuando...

Carlota no la dejó continuar —No lo nombres, por favor.

Últimamente estoy más enfadada de lo normal con él.

—Carlota ¡Que ya pasaste página! Superaste todo...

—Ya... pero no ha sido fácil—. Se llevó las manos a los ojos —No sé si es que no lo perdono o no me perdono aun. Tengo mis días y últimamente me planteo mucho cómo hubiera sido mi vida si Pablo hubiese llegado antes.

—¿Y Hugo?

—Hugo es intocable. Tenía que estar desde que está.

Es inevitable mamá... me gustaría que tuviera un padre y una vida normal, responderle a todas las preguntas que me hace sin que le queden dudas y no tener que inventarme historias de superhéroes que engrandecen a personas que al final, no significaron nada.

Me enfado porque llevo cuatro años engrandeciendo su figura. Magnificando y creando una buena historia de alguien que no fue bueno.

Llegará el día que le tenga que contar a Hugo la

verdad y no sé si me creerá o lo entenderá.

Pilar miraba a Carlota escuchando cada palabra que le decía.

En la mesa, posó sus manos sobre las de ella.

—Carlota...

—Me sigo haciendo muchas preguntas, mamá y no sé hasta qué punto es eso normal.

—Con el paso del tiempo, hija, las hojas del pasado cada vez quedan más lejos e incluso irán perdiendo sentido, aunque ahora no lo creas.

Tienes que seguir aprendiendo cada día de lo que tienes. ¿Crees que nosotros no teníamos preguntas sin respuesta?

Cuando creímos que te perdíamos, yo no paré de hacerme preguntas.

A Carlota se le humedecieron los ojos. Sintió vergüenza y dolor

—Eso tampoco he logrado perdonármelo.

—No seas tonta ¿Eh? Estamos muy orgullosos de ti. ¡Mírate!

Tanto tu hermano como tú habéis conseguido tener la vida resuelta y lo habéis conseguido sin nuestra ayuda.

—Nos ayudáis mucho, mamá. Más de lo que imaginas y a Guille le doy mucho la lata. Soy una egoísta con mucha suerte.

—No eres egoísta, hija. Tu vida no ha sido fácil. Los jóvenes cometen locuras y errores. Realmente, no creo que cometieras demasiados errores, solo estuviste un tiempo perdida, pero lograste reencontrarte.

—Pegándomela con la realidad...

—Hay que caerse para levantarse, hija.

—¡Os quiero tanto, mamá! Perdóname por no decíroslo nunca.

—Y yo a vosotros, mi niña.

—Creo que he llenado el cupo de confesiones por un tiempo ¿Nos vamos a casa? Quiero pasar un ratito con mi enano antes de que os vayáis.

—Las confesiones son necesarias y yo estaré aquí siempre que necesites descargarlas.

—Lo sé. Cuando no te comportas como una psicópata de las tecnologías eres un amor—. Bromeó Carlota con un guiño de ojos.

¿Necesita la señorita servicio de compañía? 18:47

Hoy cocino yo. Ya deberías estar aquí. 18:47

¡Pero si ya me has visto desnudo! 18:49

Suelta el móvil y mueve el culo hacia mi casa ¡ya!

18:51

No voy a contestarte hasta que aparezcas. Au
revoir, mon coeur 18:53

¿Cómo? 18:53

Y si te castigo y te quedas ahí 18:54

Pablo preparó la tarde-noche de viernes en torno a ellos dos.

Película sin prisas y sin pausas infantiles de por medio, descanso placentero, conversaciones circunstanciales y una elaborada cena que dejó a Carlota boquiabierta.

La casa de Pablo era sencilla.

Estaba decorada con gusto por parte de su propietario, aunque se notaba que no era su casa. Le faltaba esa esencia personal que hace cada rincón suyo.

El sábado Carlota se marchó temprano. Tenía cita en la peluquería además de una seria intención de impresionar a Pablo más allá de la que de ella se llevaran sus amigos.

Quería arreglarse, estar perfecta para él y que tuviera la misma sensación que tuvo ella al verlo por primera vez en su oficina con su precioso traje de chaqueta oscuro.

Quedó en recogerla a las ocho de la tarde en la puerta de su casa.

Pablo llevaba un traje de chaqueta negro con camisa blanca sin corbata. La chaqueta estaba perfectamente colocada en el asiento trasero de su coche.

En cambio Carlota, el día anterior con su madre, se había comprado un vestido negro, a media pierna, vaporoso, con un poco de vuelo en la falda y mucho estilo.

Llevaba el pelo recogido y aprovechó el tiempo libre que le quedaba para que también la maquillaran.

Estaba preciosa.

Zapato de tacón negro, cartera a juego, un abrigo claro con cuello chimenea... A Pablo le dio un vuelco el corazón al verla salir por el portal.

Salió del coche para abrirle la puerta del copiloto.

—Madre mía.

Carlota se acercó y le dio un sutil beso en los labios —¿Qué? ¡Qué guapo estás!

—No sé qué decir, Carlota. Eres preciosa normalmente pero hoy... ¿Dónde te habías escondido todo este tiempo?

—Detrás de cuatro años de hiperactividad y ninguna necesidad de enseñarlo.

Antes de que entrara en el coche Pablo cogió su teléfono móvil y como dos adolescentes se hicieron una foto.

—Voy a soñar con este momento el resto de mi vida, que lo sepas.

—Eres un exagerado adorable. Hoy vamos a juego ya que normalmente, el espectáculo, lo eres tú.

—¡Qué equivocada estás!

—Es verdad, estamos a un paso de ser la portada de una revista.

—Eso es porque no nos conocen.

—¿Dónde vamos a cenar?

—A casa de mi amigo Marcos, el mejor anfitrión del mundo.

—¿Casado?

—No exactamente. Te caerá bien.

Marcos vivía a las afueras. En un edificio dónde la mayoría de las plantas estaban ocupadas por oficinas.

Una puerta de metal rojo oscuro descascarillado daba paso a uno de los hogares más bonitos que Carlota pudiera recordar.

Se encontraba en la planta baja del edificio. Tenía el suelo y la pared industrial. Parecía una casa de catálogo con un sofá enorme de piel rojo de corte retro en medio de la estancia, todas las habitaciones eran enormes y un increíble buen gusto que se notaba en cada espacio.

La mesa era de madera rústica y en ella se podrían sentar perfectamente dieciséis comensales.

Estaba perfectamente vestida para ocho. Los ocho que iban a cenar esa noche.

La vajilla y la cristalería tenían una particularidad, ningún plato o vaso eran iguales.

Marcos, arquitecto de profesión, los compraba en sus viajes. Era imposible visitar una ciudad y que algún plato o vaso no volviera con él en su maleta.

De los amigos de Pablo sólo había una pareja, casada que además tenía una hija de año y medio. Los otros cuatros eran dos chicos solteros y dos chicas solteras, los cuales, tranquilamente podrían haber tenido algo entre ellos alguna vez.

Carlota se los imaginaba como en un capítulo de *Ally McBeal*, en el cual, al finalizar la cena, una ocasional pareja se iba a estudiar un mismo caso alrededor de un jugoso «postre».

Sonrió en silencio y se obligó a borrar la imagen de la cabeza cuando recordó que Pablo, durante un tiempo, también acudía solo a ese tipo de «juicios».

Estaban sentados cuatro a un lado y cuatro a otro. Nadie presidía la mesa y aunque el protocolo dicta que Carlota y Pablo deberían estar uno en frente del otro, estaban sentados juntos.

Entre vinos y aperitivos Claudia, una delgadísima chica de enormes ojos azules y larguísimo pelo negro, rompía el hielo y el debate de preguntas juiciosas.

—Carlota ¿Tienes un hijo? Creo recordar que Pablo nos comentó algo.

Pablo miró con rostro serio a Claudia y Carlota respondió con dulzura —Si, tengo un hijo que cumple cuatro años el mes que viene.

—¡Qué dices! Pero si eres jovencísima.

—Mi madre me tuvo a mí con veintitrés. Yo me quedé embarazada a los veinticuatro. No creo que haya nada raro en eso.

Marta y Sebas, los casados del grupo intervinieron en la conversación.

—El problema es que cada vez estamos teniendo a nuestros hijos con mayor edad. Pero por regla general, lo normal, es tenerlos jóvenes que es cuando más ágiles estamos y más aguantamos. Nosotros ya perdemos rápido la paciencia y eso que estamos encantados con la niña.

—¿Y el padre? —prosiguió Claudia

—No hay padre.

Respondió Carlota seria pero educadamente.

—¿No hay padre? Te inseminaste a los veinticuatro, ¿o qué?

Pablo cortó la conversación en seco —Clau, ya vale.

Carlota puso su mano sobre la de Pablo y le susurró —Tranquilo, no pasa nada. —Miró a Claudia y aun a sabiendas que lo que iba a hacer estaba muy feo no lo dudó ni un segundo, sonrió tibiamente y le contestó —Murió. ¿Siguiente pregunta?

No hubo siguiente pregunta. En su lugar Marcos tomó la palabra.

—¡Ea, Claudia! Siempre eres igual...

—Pero yo... ¿qué he hecho ahora? ¡Joder! Estaba interesándome por ella.

Carlos siguió —Dos preguntas y acojonas al mundo. Que eres muy cotilla, tronca. Haces a la gente sentirse incómoda.

Carlota los interrumpió —De verdad, no pasa nada.

Marcos se puso en pie y levantó la copa de vino —Pues dado que me lo has preguntado mil veces, querida Claudia, que siempre te he respondido que no porque no me daba la gana de decirte que sí y dado también que tu respuesta siempre ha sido «¡Uy, pues ten cuidado que la gente habla demasiado...!» —Imitó su tono de voz —Voy a aprovechar este momento de preguntas y respuestas para anunciar que: Carlos y yo estamos juntos desde hace un par de años. De hecho, llevamos ya viviendo juntos un par de semanas y ¿qué más? ¡Ah! Si, que la única que hablas eres tú, pero que te queremos así, cotilla y todo. Te lo cuento hoy, para que dejes de lapidar a la gente y porque eras la única que no lo sabía y ya, nos estabas dando un poco de pena.

También hay que brindar porque Pablo es feliz junto a una espectacular madre sola que no se ha ido corriendo al escucharte.

Eres una prueba difícil de superar ¿sabes? Pero encima no es la única que ha superado, porque

además de la prueba de la amiga cotilla, también está la de los amigos maricones y la de la muda — dijo señalando a Isabel quién tenía su blanca tez roja como un tomate por la vergüenza — Y sobre todo, vamos a brindar porque este año te eches novio, Claudia. Se va a cagar la perra cuando llegue esa cena presentación. Ve mentalizándote, guapa. ¡Bienvenida a la familia, Carlota!

Claudia reía a carcajadas. Era una cotilla, sí. Pero también era buena persona, muy amiga de los seis y una gran contadora de historias.

—¡Qué cabrones! ¿Lo sabíais todos?

Los seis asintieron al unísono con una enorme sonrisa en sus caras, menos Carlota, quién sonrió y le contestó bajito — Si te sirve de consuelo, yo me acabo de enterar ahora mismo.

Fue una gran noche.

El equipo que formaban era maravilloso. Había complicidad, afecto, cariño y para Carlota, la aceptación como si hubiera estado ahí desde el principio de los tiempos.

No pudo evitar pensar en si Virginia estuvo tan integrada con ellos, o incluso, si aún seguían manteniendo contacto.

Recordó a Pablo diciendo que no la había vuelto a ver, así que dudó un instante y decidió desviar sus pensamientos de vuelta al salón.

Bebieron, cantaron, jugaron, rieron... tanto que desde esa noche, el «Dramas y comedias» de *Fangoria* ganó sentido en sus vidas.

Carlota estaba eufórica y Pablo, feliz.

De vuelta a casa, esta, no paraba de hablar de lo bien que se lo había pasado, de las risas, de las conversaciones... del ser ella como pocas veces

había sido ella.

—¡Estás pletórica!

—¿Sabes? Es que esto... yo no lo he vivido nunca. No he sido de grandes reuniones, ni de momentazos de sobremesa. No he jugado al *Party* entre copas ni me he reído tanto con unos desconocidos como esta noche. Ha sido increíble, de verdad.

—¿Qué hiciste toda tu adolescencia?

—A ver si... Antes de la facultad salía y durante. Pero no tiene nada que ver. No he hecho vida de «amistad adulta» ni tan siquiera con Sonia.

—¿No?

Carlota negó con la cabeza

—Cuando viene de Nuevo Méjico quedamos alguna tarde con los niños a merendar. También intentamos tener al menos una noche de chicas dónde solemos irnos a comer *sushi* y a tomarnos alguna copa en algún bar de antaño, pero sin excesos. Más conversación profunda y cena tranquila.

Pablo conducía con cuidado de vuelta a casa, no había bebido más que una copa de vino durante la cena. Era consciente de que además de dormir poco, en la mañana, le tocaría de nuevo pasar un tiempo al volante.

—Gracias novio. Me encantan mis nuevos amigos.

—Tú sí que nos encantas.

Carlota acarició la cara de pablo con su mano izquierda

—Voy un poco achispadilla. Espero que sepas aprovechar esta situación.

—Contaba con ello, pequeña.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando llegaron a casa. En el ascensor que iba de vuelta del garaje Carlota se fue quitando una a una las horquillas que recogía su cabello. Mechones de pelo fueron cayendo despacio sobre sus hombros. Delicados, rebeldes, perfectos.

Pablo apartó un mechón de su cara y lo ocultó tras su oreja, respirando agitadamente.

—Madre mía, Carlota.

—¿Qué?

—Que lleguemos ya, que me estás matando.

Carlota sonrió, se acercó y lo besó suavemente.

—Hola caballero... qué gusto verlo de nuevo.

El ascensor abrió sus puertas. Carlota le dio a Pablo las llaves para que fuera abriendo al tiempo que ella se iba descalzando pegando pequeños saltitos para no caerse.

Con los zapatos de tacón en la mano corrieron al interior de la casa. A oscuras, risueños, entregados...

En el pasillo que lleva a la habitación de Carlota, ella sensual y divertida, Pablo comenzó a tararear con un horrible tono:

—Podré cantar, una dulce canción, a la luz de la luna y acariciar y besar a mi amor, como no lo hice nunca.

—No es que pueda, pequeño. Es que es. Esta es mi gran noche. ¡Nuestra gran noche!

Pablo le retiró el cabello hacia un lado de sus hombros y con cuidado comenzó a bajar la cremallera del vestido dedicándole toda la delicadeza del mundo al tiempo que acariciaba su espalda.

Carlota sintió como nacía en su nuca una descarga de electricidad que la hizo estremecerse.

—Esta va a ser una gran noche, rubia. Pero nuestra gran noche... Esa, aún está por llegar.

Capítulo 11

Comidas para triunfar

El despertador iba aumentando su sonido conforme pasaban los segundos. Carlota estiró el brazo y lo apagó al tiempo que escondía su cara debajo de la almohada realizando un mohín incómodo, Pablo sonrió y la levantó para poder mirarla a los ojos.

Tenía una mano sobre la cara y un ojo cerrado. Su único ojo abierto, desenfocado, vidrioso y con un verde realmente intenso era impactante.

—¿Resaca?

—¡Ay!

—Me tomaré eso como un sí.

Abrió los ojos de par en par como para recargar energías con la claridad que entraba en la habitación.

—¡Madre mía! Tengo una taladradora en la cabeza. Tienes que decirles a tus amigos que los han estafado, que el Rioja era *Don Simón*.

Pablo rió a carcajadas

—Pequeña, nada que no solucione un contundente desayuno Mateo y un ibuprofeno. Ya sabes el dicho: «Para noches de desenfreno, mañanitas de ibuprofeno»

Carlota sonrió llevándose la mano a los ojos

—Perderías mucho si te cambiara el título de doctor macizo por el de doctor Mateo. Lo sabes ¿verdad?

—Yo tengo mejor pelo que el doctor Mateo.

—Y te faltan canas interesantes para ser un auténtico doctor macizo.

Le dio un delicado beso en la sien.

—Dame unos años... Anda, date una ducha y yo preparo el desayuno. El doctor Mateo macizo está curiosamente hoy de guardia.

Carlota miró a Pablo salir de la cama como un resorte, con sus calzoncillos bóxer negro y su fibroso cuerpo. Levantó la persiana y abrió las ventanas. Carlota volvió a ocultar la cara bajo la almohada realizando un sonido de desaprobación.

—¡Venga, pandillera! A levantarse.

—Joder, Pablo ¡Cuánta actividad!

—No querrás que tu madre, esa señora que todo lo descubre con solo mirarte, te vea con resaca. Creerá que te he emborrachado para aprovecharme de ti.

—Ha sido así y lo sabes...

Le señaló como en esas fotos de *Julio Iglesias* que durante un tiempo rodaron por los teléfonos y redes sociales de medio mundo.

—En mi defensa diré que tenía tu total consentimiento y mi coche y la sillita de tu hijo son testigos que incluso imploraste que así fuera de camino a esta casa.

—¡Maldito abogado!

Sentenció al tiempo que salía de la cama.

—Solo justifico mis actos. Tengo que aparentar ser un chico decente delante de mis suegros.

Carlota se puso una camiseta amplia para ocultar el frío incipiente de su desnudez, se acercó a Pablo y lo besó.

—Tienes que tener cuidado. No olvides que vivo en un primero y si te ven a ti en calzoncillos puede estar hasta bien. Mis vecinas incluso lo agradecerán, pero mi topless, ese, está bastante más cotizado—. Sonrió ante la inactividad madrileña del domingo por la mañana. —Tienes suerte de que todo mi barrio, e incluso mis vecinas, estén a esta hora en misa.

Pablo soltó una sonora carcajada

—Te has levantado muy risueña ¿no?

—Ayer para mí fue un día fantástico. Espero que para ti hoy también lo sea.

—Estoy seguro que lo será.

—Mi resaca y yo nos vamos a la ducha.

—Me parece correcto.

Carlota preparó la ropa que se iba a poner antes de entrar en el baño y Pablo se marchó a la cocina en calzoncillos y con el teléfono en la mano.

Vestido ajustado, medias tupidas y botines tobilleros, ropa interior de encaje y un pequeño bolso *clutch* con el cierre plateado. Todo en color negro

Cuando lo tenía todo organizado cogió el teléfono y escribió

...

En el coche camino de Noblejas, Carlota miraba al infinito de la carretera, tenía el brazo apoyado en la ventanilla y la cabeza levemente recostada sobre el cristal.

Pablo la miraba de reojo.

Estaba preciosa.

Se había dejado el pelo suelto y abullonado.

—Estás más callada de lo normal. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—No. Estoy mucho mejor, la verdad. El desayuno Mateo tendría que estar patentado como un

imprescindible de la post-resaca.

—¿Entonces?

—Escuchaba la canción... Me encanta.

Tintes retro pop inundaba el ambiente con «Los días raros»

—Canciones tristes con trasfondos felices. ¿Tienes el día raro?

—No exactamente.

—Soy todo oídos—. Pablo bajó el volumen de la radio —Tenemos casi una hora de camino.

Carlota le pasó la mano por el pelo y le acarició la mejilla

—Digamos que estoy... un poquito acojonada.

Pablo sonrió con dulzura —¿Por qué? No tienes motivos.

—¡Ya sabes porqué! Tengo veintinueve años, un hijo de casi cuatro y nunca, escucha bien, nunca, he presentado un novio en sociedad. Espero también que mi madre no haya avisado a mi tía sino podremos vivir nuestro particular *Bienvenido Mister Marshall*.

Pablo reía tras el volante.

—Tienes una familia muy divertida y eso que aún no la conozco.

—Espero que engorde tu ego que hasta el momento seas el único, abogado.

—Mi ego engordó el día en que te conocí y accediste a estar conmigo... espero que esto

engorde un poco el tuyo y tranquila pequeña, usaré cuchillo y tenedor para comer y si tuviera mocos no usaré la manga de la camisa.

Carlota le dio un codazo —¡No tiene gracia!

—¡Sí que la tiene!

—Para nada... Si no llevara uno de mis vestidos favoritos te diría que pararas en la cuneta para obligarme a vomitar.

—¡Eres una exagerada! Además, técnicamente tu madre ya me conoce y no creo que tengan que darte el visto bueno para que puedas salir con alguien a estas alturas.

—Desgraciadamente para mí si es importante y sé que os vais a caer bien pero... es inevitable. ¿Qué quieres que te diga? Además ellos tienen mi escudo de defensa.

—¿Tu escudo de defensa?

—Si llegáramos con Hugo no nos echarían tanta cuenta.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

Aparcaron al lado del coche de Guille.

El exterior de la casa estaba pintado en tonos crema y tenía dos plantas.

Llamaron al portero automático que estaba junto a la puerta de hierro forjado gris y la entrada al garaje.

La puerta se abrió a los pocos segundos dando paso al patio recibidor que rodeaba la casa, lleno de juguetes de Hugo por todas partes, una mesa de exterior con seis sillas, un par de butacones e incluso una barbacoa.

Era más grande de lo que parecía desde fuera.

—Cuando hace sol, le montan a Hugo una piscina. Es privilegiado—. Le dijo Carlota al ver a Pablo analizando el entorno.

—Es precioso esto.

—Mi madre tiene buen gusto.

La puerta de la casa se abrió y Hugo corrió hacia Carlota como si hiciera siglos que no la viera.

Lo alzó en brazos quedando apoyado a un lado de su cadera al tiempo que se lo comía a besos.

—¡Ay mi pitufo! ¿Te has portado bien? ¿Has dado mucha lata a los abuelos? Dale un beso a Pablo, anda.

Inclinó a Hugo para que pudiera darle un beso en la mejilla de Pablo.

Detrás de Hugo aparecieron los padres de Carlota bien vestidos para la ocasión, Guille y Miriam.

Estuvieron unos minutos en el exterior. El tiempo acompañaba a pesar del frío y Hugo quería enseñarle todos y cada uno de sus juguetes a Pablo.

—Vamos para adentro Hugo, que hace frío. Ya le enseñas luego a Pablo todos tus juguetes—. Dijo Carlota al tiempo que entraban en la casa.

Alberto le preguntaba a Pablo por su trabajo con absoluto interés, sentados en el sofá del salón junto a Guille mientras las chicas preparaban el aperitivo en la cocina.

Estaba todo tremendamente recogido y la mesa preparada como si fuera un día para festejar.

En definitiva lo era.

Iban a festejar el día en que la familia seguía unida y que un nuevo miembro llegaba posiblemente para quedarse.

En el camino Pablo insistió parar a comprar dulces para el café, además, también llevaba un par de botellas de vino en el maletero que previamente había comprado por su cuenta.

—Es mucho más guapo sin cristalera de por medio, hija.

—¡Mamá! —Carlota bajó el tono de su voz —Si te escucha me muero de la vergüenza... Espero que te comportes, de verdad.

—Pues reza porque no venga tu tía. Se ha enterado que tienes novio.

—¡Genial! se habrá enterado porque tú se lo has dicho.

—Se me escapó sin querer el otro día que veníais.

¡Ay hija! Es que estamos muy contentos por ti.

Miriam reía con una copa de vino en la mano.

—Pilar, por favor ¿La tía María? ¿La misma que se pensaba que Carlota era una lesbiana inseminada al enfrentarse a la maternidad en solitario?

—Mi hermana siempre ha sido muy progre.

—Y tú, que eres muy lenguas, mamá.

En la mesa había multitud de canapés, conchas finas al ajillo y ensalada al estilo griego.

Como plato principal había preparado una paella de arroz con bogavante, la cual reposaba bajo una enorme tapadera.

Guille estaba impactado al ver tanta comida sobre

la mesa.

—Mamá, tremendo almuerzo que te has marcado.

—Ya sabes que me encantan estos eventos. Busqué en *google*: «comidas para triunfar», omití las páginas porno que salieron y ¡mira! con un poco de improvisación por mi parte no ha quedado nada mal.

Carlota miró a Pablo, que estaba sentado a su izquierda ocultando sus ganas de soltar una gran carcajada.

—Mi madre era una persona normal hasta que Internet llegó a su vida. Aún estamos asimilando que la hemos perdido para siempre y eso que pensábamos que nada iba a ser peor que la etapa de las cadenas en *WhatsApp*.

—Lo que le pasa, hijo, es que le fastidia que use el

móvil mejor que ella.

—Hasta Hugo usa el móvil mejor que yo, mamá—. Carlota volvió a mirar a Pablo posando su mano sobre su muslo —Además de ser una loca tecnológica es la reina de los eventos. Le encanta montar la mesa cada vez que tiene oportunidad.

Pablo sonreía con dulzura.

—Está todo delicioso, Doña Pilar.

—¡Retira eso o abandonas mi mesa ahora mismo!

—Es la forma sutil que tiene mi mujer de pedirte que la tutees—. Contestó Alberto divertido presidiendo la mesa —Y ahí donde la ves, está loca por hacerte el tercer grado, como decís vosotros los abogados, pero se contiene porque Carlota seguro que la ha amenazado con antelación.

—Eres todo amor, Burt. Prefiero hacérselo después a Carlota, la verdad.

—Ahora ya sabes por qué nunca le he presentado a nadie a mis padres.

—Pues deberías haberlo hecho, porque son la mar de divertidos. Pero bueno, me alegro de ser el elegido. Y Pilar, ni que decir tiene que puedes preguntar lo que quieras.

—¡La cagaste! —Sentenciaron al unísono Guille, Carlota y Míriam.

Comieron entre risas como cualquier familia al uso. Hugo sentado al lado derecho de Carlota comiendo como si fuera un adulto más y sin parar de hablar ni un segundo.

Pablo le regalaba caricias descuidadas a Carlota por debajo de la mesa, relajados e íntimos. Un yo te toco el muslo con naturalidad, un yo te respondo acariciándote la mano.

Tras recoger entre todos la mesa, Pilar preparaba café mientras los chicos tomaban una copa ante una incipiente decisión unilateral masculina de que las chicas conducirían de vuelta a casa.

—Mami, ¿puedo ver los dibujos en la habitación del tato Güi?

—Pregúntale a él.

—Claro que sí, colega.

Carlota miró a Pablo —¿Subes y te enseño el resto de la casa?

Empezaron por la habitación de Guille. Era la típica habitación de chico, sin muchos adornos ni florituras.

Dejaron a Hugo en la cama con un canal de dibujos animados de esos que tienen emisión infantil veinticuatro horas al día los trescientos

sesenta y cinco días del año, para seguir recorriendo habitaciones y aseos.

Acabaron en la habitación de Carlota.

Era grande y bastante luminosa.

Al lado de la cama, cerca de una pequeña terraza, sobre un pie descansaba una guitarra acústica de color madera con acabado mate.

En una estantería llena de libros había una foto de Carlota, bastante embarazada, tumbada de lado, con un libro en el suelo, posiblemente dormida y abrazada a su tripa, en blanco y negro.

Pablo la cogió en sus manos y la observó con detenimiento.

—¡Qué bonita!

—Es mi foto favorita. Me la hizo Guille poco antes de que naciera Hugo. Estaba leyendo en el

patio y me quedé dormida así...

—¿Por qué no la tienes en tu casa? Es preciosa.

—La tengo, pero guardada a buen recaudo. No tengo muy buenos recuerdos de esa época, a pesar de todo lo feliz que me hace Hugo. Fue difícil y sigue siendo difícil de recordar.

—¿Sabes? Creo que deberías enseñarla. Deberías enseñar todos los recuerdos que quisieras.

Al final, no son más que eso... decisiones e historias que nos hacen ser lo que hoy somos.

Se sentaron uno al lado del otro en la cama de Carlota, mirando a un escritorio blanco en cuya pared había colgado un corcho lleno de recuerdos de infancia, una foto en blanco y negro de *Kurt Cobain*, entradas de algunos conciertos, fotos de gente que Pablo no conocía...

—No sabía que tocaras la guitarra.

—Hace tantos años que no le pongo un dedo encima que dudo mucho que siga sabiendo tocarla.

—Eres toda una desconocida, Carlota.

—¡Para nada! A ver ¿Qué quieres saber? Porque, yo tampoco conozco nada de tu adolescencia. Estamos empatados en eso.

—¿Qué tocabas? Por ejemplo...

—Empecé con mi época de cantautor. Aunque nunca fui autora y siempre quise tocar *Peces de Ciudad* de Sabina y nunca aprendí del todo. Después tuve una época en la que quería ser la versión femenina de Robe de Extremo. Me imaginaba recorriéndome los bares de Madrid tocando en acústico *La Vereda de la Puerta de Atrás* por muy raro que sonase al escuchar en una chica pedir que la entierren con la picha por fuera para que se la coma un ratón.

Pablo sonrió tibiamente.

—Yo tengo una época de silencio. A lo mejor esa es mi época oscura, como la tuya.

—¿Qué es una época de silencio?

—Dejé de escuchar música y de ver la tele cuándo murió mi madre... dejé hasta de leer. Viví en una inopia de más de un año de dolor indescriptible dónde lo único que me animaba era jugar al fútbol.

—Un futbolista y una cantante pop ¡Estábamos predestinados!

Me hubiera encantado conocerte antes de nuestras respectivas épocas oscuras.

—Y a mí...

—Espero que mi madre no te asuste. Es la tía más

divertida de este mundo siempre y cuando no sea de ti de quién hable.

—Me encanta tu madre. Me encanta tu familia, de verdad.

—Pues ¡bienvenido a ella!

—¿De verdad es una adicta a internet?

—¡Ay! No sabes cuánto.— Carlota hizo un mohín divertido —Nos obligó a hacernos un perfil en *Facebook* para que le pudiéramos mandar vidas para el *Candy Crush*.

Mi padre se hizo su perfil por obligación, algo que nos sigue sorprendiendo mucho porque es totalmente anti redes sociales. Así que si buscas y agregas a mi madre en *Facebook* verás que Pilar Rodríguez está casada con *Burt Spencer*.

—¡Por eso tu madre lo llamó Burt! Me declaro aquí y ahora enamorado de ella y fan absoluto de tu padre.

—Tu copa ya debe de ser agua. ¿Bajamos?

—¡Claro!

—Quiero que me sigas contando cosas de tu adolescencia ¿eh?

—Y yo que me cantes algo, Victoria.

—¿Sabes de dónde viene el dicho «No cantes Victoria», verdad? Pues eso... Nunca me gustaron las *Spice*, lo siento. Siempre he tenido buen gusto.

—Me has entendido.

—Algún día—. Carlota acarició la mejilla de Pablo, le pasó el pulgar por la barbilla, le sonrió con dulzura y lo besó pausadamente. —Y ahora, vámonos para abajo o la mente retorcida de mi madre pensará lo que no es.

Fue un buen día.

Los nervios de Carlota por enfrentarse a lo desconocido, desaparecieron tras las primeras risas.

Volvieron a Madrid antes de que anocheciera y de camino a su casa, Carlota, echó un vistazo a su teléfono el cual había tenido abandonado durante todo el día.

Yo una vez tuve una amiga que se llamaba como tú... 17:32

Me caías mejor cuando eras soltera. 17:32

Me he enterado por el grupo que ha habido presentación oficial, espero que me cuentes todo.
17:34

Besos desde aquí. 17:34

Respondió a Sonia disculpándose por su abandono y regalándole largos mensajes. Le contó el precioso detalle que tuvo Pablo en forma de sillita de bebé y sus dos últimos días de nuevos amigos y familia.

Al finalizar el día, en su casa, recostada sobre el hombro de Pablo en el sofá y el resto de su mundo durmiendo al principio del pasillo, Carlota era incapaz de dejar de sonreír.

—Estás contenta. Me gusta.

—Estoy feliz. Mucho, además.

—Me encantaría llevarte a un sitio mañana, si puede ser.

—¿A medio día?

—Sí. Si quieres, claro.

—¿Dónde me vas a llevar? No me irás a presentar

a tu padre en modo exprés ¿no?

—No... Eso también lo haremos pronto. Esto prefiero que lo veas por ti misma, si me lo permites.

Carlota lo miró de soslayo —¡Qué enigmático!

—¿Vemos una peli?

—¡Vale!

...

Carlota supo las intenciones de Pablo tal y como aparcó el coche.

Lucía el sol en Madrid y el verde entorno del cementerio de la Almudena otorgaba la paz necesaria que sólo ese rincón es capaz de ofrecer.

Cuando se apearon del vehículo, Carlota le apretó la mano con fuerza al tiempo que enfilaban el

camino de cipreses.

—No sabes cómo valoro esto que vas a hacer.

—Yo también quería hacer por ti algo que nunca antes había hecho. No sólo te lo debo, sino que quiero hacerlo.

Sé que no es el sitio más bonito del mundo, pero desgraciadamente, en él está una de las personas más importantes del mío y es lo más cerca que me siento de ella desde hace algunos años.

Pablo ocultaba la vista detrás de unas gafas de sol. Con su traje chaqueta laboral y su rostro serio. Carlota podía ver como tenía los ojos vidriosos y eso, le partía el alma.

Le soltó la mano y lo atrajo con fuerza por la cintura.

—Venga ¿Eh? Es un gesto precioso.

—Estoy bien...

—No tienes que hacerte el fuerte conmigo, cariño.
¿Vienes a menudo?

—Antes venía más. Debe de estar enfadada conmigo por eso.

—No lo está, seguro.

Las flores que estaban en la tumba no estaban demasiado secas. Pablo las quitó con cuidado para colocarle las nuevas que habían comprado en la puerta.

—Mi padre ha debido de venir... Lo hace poco y a escondidas. Cree que a su mujer no le gustaría saber que viene.

—No tiene por qué molestarle.

—Eso le digo yo... pero tampoco le discuto. No debe de ser fácil para él echarla de menos estando con otra persona. La vida sigue y sigue para todos.

Carlota se besó la mano y la pasó por el frío mármol —Encantada... Carmen.

Quiso decir algo más, pero le pareció una frivolidad y prefirió callar.

Pablo se quedó un rato en silencio, mirando al frente con rostro serio.

A los pocos minutos se giró y miró a Carlota —
¿Te importa si nos vamos?

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila.

Quando llegaron al coche y antes de montarse, Carlota sacó un sobrecito marrón de su bolso — Toma, esto es para ti. Llevo muchos días queriendo dártelo pero no encontraba el momento.

Pablo lo abrió curioso.

Era un llavero de plata con la balanza de la dama de la justicia y en él, las llaves de su casa.

La miró a los ojos y sonrió. —Gracias.

Carlota le devolvió una sonrisa tímida al tiempo que se apresuró a decir —Sé que voy muchos pasos por detrás de ti y que todo lo que hago ya lo has hecho tú antes pero... ¡ya está! Ya nos tienes del todo en tú vida. Para lo que quieras y cuando quieras.

Pablo continuaba serio. Con el semblante

escondido en unos pensamientos que para Carlota eran totalmente desconocidos.

No le dijo nada más referente a lo que acababa de suceder. Se guardó sus nuevas llaves en el bolsillo y para sorpresa de Carlota le dijo —¿Te importa si nos vamos de aquí, por favor?

—¿Estás bien?

—Perdóname. No me gusta mucho este sitio. Sé que es contradictorio... Necesito venir de vez en cuando, quería venir contigo y de repente, no quiero estar aquí.

Se acercó a él y lo abrazó —De verdad, ha sido precioso. Ojalá y yo tuviera la fortaleza de enseñarte esas parcelas de mi vida con el mismo amor que tú lo has hecho.

Vámonos, te invito a comer a algún sitio rico.

—Gracias, pequeña. Me pongo algo gilipollas de vez en cuando. Me has dado las llaves de tu casa y

no te he dicho nada. Lo siento.

—No pasa nada. Soy muy inoportuna y solo quería traerte de vuelta al mundo real.

—¿Cómo se llamaba el padre de Hugo?

Carlota se llevó la mano a los ojos en el asiento del copiloto al tiempo que Pablo arrancaba el motor.

—¿Te importa si no te contesto?

—¿Por qué no quieres hablar de él o de esa época?

—Porque me es mucho más fácil actuar como si Hugo no tuviera un padre de verdad. En definitiva nunca lo tuvo, no se comportó como tal. No lo quiso.

Ni siquiera su familia ha querido saber nada de él.

Casi cinco años desde mi embarazo son muchos años.

—Entonces ¿por qué te comportas con Hugo como si su padre fuera un superhéroe? Tú eres la súper mujer de esta historia. La madre coraje, la que todo lo puede...

—Dime que no estás haciendo esto para desviar la atención de tu propia tristeza.

—Sí y no.

Quería preguntártelo desde ayer. Saber si era alguno de los chicos que sale en las fotos del corcho de tu habitación... Mi propio temor ridículo de ahora me da la fuerza suficiente para preguntártelo.

Carlota ocultó la cara tras las manos.

—Me fastidia decirte que no sé si algún día podré contestar a todo esto. Te conté lo que tenías que

saber de él y de mí. Te lo conté y me sorprendí, porque no era algo que hubiera hecho antes.

—Carlota, me da miedo no saber lo que ocultas.

—No oculto nada, Pablo. Oculto dolor. Mucho dolor.

No me gusta dar pena y mucho menos que la sientan por mi hijo.

Pablo miraba al frente, a la carretera, sin decir nada. Carlota empezó a expulsar palabras sin dominio.

—Me enfrenté a un abismo sola.

No pedí ayuda porque nada ni nadie me aliviaba y aunque tenía a mi familia a mi lado, estaba completamente sola.

Sentía que estaba sola y créeme, era horrible.

Perdona si no quiero recordarlo.

—Vale, no he dicho nada.

—Pablo, por favor, no te enfades. Aquí dónde me ves estoy dando pasos de gigante.

—Y yo te lo agradezco. Me lo recuerdas a cada rato... La pobre Carlota mira lo que hace por Pablo y él no se lo valora lo suficiente.

—Yo no he dicho eso. Ni es mi intención dar esa impresión.

—Ya...

—Bien.

—Bien ¿qué?

—Hemos vuelto a llegar a un momento incómodo para los dos y no sé por qué, pero creo que nos va a perseguir mucho tiempo.

—Olvídalo anda. No te he dicho nada.

—Ni lo voy a olvidar yo, ni lo vas a olvidar tú. Además creo que has sido egoísta.

—¿Yo el egoísta?

—Sí. Te has cargado un momento precioso.

—¿Sabes, Carlota? Desgraciadamente la vida no son finales felices. Es complicada, dolorosa y una maldita cuesta arriba. Es una continua lucha, es pelea y cuando se llega a la meta, muchas veces, no es lo que se espera.

—No sé dónde quieres llegar.

Pablo no respondió.

—¿Te importa si me voy dando un paseo?

—Querías comer ¿no?

—Ya no tengo hambre y de repente tampoco quiero estar aquí. Hay demasiada gente en este coche.

Entre tus fantasmas y los míos somos familia numerosa.

Además creo que quieres estar solo.

Será lo mejor, si, y... ya sabes dónde encontrarme.

Carlota se bajó del coche aprovechando un semáforo en rojo.

Antes de cerrar la puerta le susurró.

—Si quieres verme, después del trabajo estaré en casa.

—¿Te subes al coche, por favor?

—Me vendrá bien andar... a los dos nos vendrá bien no estar juntos ahora mismo. Espero verte

luego.

Se alejó calle abajo cabizbaja y a paso ligero.

Los pensamientos viajaban en su cabeza a una gran velocidad.

No llegaba a comprender qué había pasado y cómo toda la perfección de los últimos días se había visto alterada en el pasar de un par de minutos.

Era consciente de que había cosas en las que era incapaz de entrar y mucho menos por obligación.

Abrir la caja de Pandora ¿sería capaz de eso?

La suerte la acompañó regalándole una jornada laboral complicada, de esas que esconden el tiempo libre con recelo como si fuera un premio al alcance de unos cuantos.

Cuando llegó a casa con Hugo y miró el teléfono se dio cuenta que apenas había dicho una palabra

en toda la tarde.

Tu hermano me ha dicho que no estás bien ¿qué te pasa? 19:20

No le apetecía mucho contar sus problemas, y más, cuando desconocía los motivos reales que lo habían provocado pero, una opinión externa no le vendría mal.

Llamó a Míriam.

—Hola tía Mi.

—¿Qué te pasa?

—Dile al imbécil de mi hermano que vale preguntar.

—¡Ya sabes cómo es! Es un acojonado.

—Y tú un poco cotilla.

—También, pero además de eso, me preocupo por ti. Nos preocupamos por ti.

—No sé qué ha pasado la verdad. Estábamos bien.

Me ha llevado al cementerio a «conocer» a su madre. Algo que para él se ve que era importante y al salir...

—¡Qué tierno!

—Sí. Tierno hasta que ha evaporado y se ha convertido en la edición ambigua de él mismo.

—No te estoy entendiendo.

—Pues a ver... se puso triste, me pidió que nos

fuéramos, yo creo que lo entendí y reaccioné bien.

Antes de montarnos en el coche le di las llaves de mi casa, no me dice nada más que gracias y en el coche me pregunta cómo se llama el padre de... —
Dejó las palabras suspendidas para que Hugo, sentado a su lado en el sofá, no se enterara de nada —Ya sabes.

—¡Amiga! El tema.

Ahora dime que no le contestaste.

—No le contesté. Yo no le pregunto a él por Virginia.

—Pero tú la conoces. La has visto y sabes cómo es aunque fuera vestida de patinadora.

—La he visto también en condiciones normales. Me tomé un café con ella hace poco.

—¿Perdona?

—Si hija, sí. Me la encontré en una cafetería, me reconoció, se acercó y encima... es maja.

—Al menos dime que es un coño de fea.

—¡Míriam!

—Perdón... fea como un pie.

—Es mona. Pero no te estoy llamando para hablar de ella.

Me he bajado del coche, Míriam.

Lo he dejado con sus movidas en un semáforo y me he venido andando.

No sé si he hecho bien.

—Y ¿qué le has dicho?

—Que esperaba verlo más tarde y que nos vendría bien estar separados un rato.

—¿Por qué no le cuentas todo lo que llevas dentro?

—Porque hay cosas que no sabéis ni vosotros.

—Vamos a ver, Carlota ¿tú realmente piensas que todos tenemos que saber lo mismo de ti? O ¿saberlo absolutamente todo? Hay parcelas de tu vida que sólo compartirás con quién te dé la real gana.

—¿Y si no quiero compartirlas con nadie?

—Te tocará hacerle entender que esas partes están borradas.

—La cosa es que no lo están.

Oye, no le cuentes nada a Guille, ¿vale? No me gustaría que le empezara a caer mal.

—Tranquila. Además, esto es normal ¿eh? Las discusiones tras la euforia nos hace humanos. Si todo fuera perfecto sería un soberano coñazo.

—Gracias, tía Mí. Me voy a poner en encefalograma plano un rato viendo la tele con Hugo. Aunque está jugando con el iPad, así que lo mismo hasta me deja ver una peli. Te mandamos un besazo.

—Descansa anda.

Aprovechó que Hugo estaba tranquilo y comenzó a ver *Begin Again* pero la paró a la media hora para preparar el baño y la cena.

—Mami ¿Estás triste?

—Un poco, ratón.

—No me gusta que estés triste.

—Si me das un beso se me quita.

Cuando Hugo se durmió supo que ella tardaría en hacerlo. Que le iba a ser casi imposible conciliar el sueño.

Cogió el álbum de fotos de color negro del mueble del salón dónde estaban sus dañinos recuerdos y con la película de fondo, en el sofá de su casa, pasó la noche con sus fantasmas.

Lloró al escuchar *Lost Stars* como si *Adam Levine* se la dedicara a ella: «La juventud desperdiciada por los jóvenes...», «No permitas que nuestros mejores recuerdos te traigan el dolor», «¿somos estrellas perdidas intentado iluminar la realidad?»...

Frases que sonaban en la aguda voz del cantante y que ella, abrazada al libro de su pasado vivía en un presente aparentemente truncado.

Casi en un susurro dijo —Lo siento. No creo que alguna vez te perdone.

Serían las once y media de la noche cuando escuchó la puerta.

Había guardado el álbum pero sobre la mesa había dejado la foto en blanco y negro que Pablo vio en casa de sus padres.

Tenía la televisión apagada.

La apagó cuando terminó la película sin saber cuánto tiempo hacía de eso.

Pablo se acercó a ella sigiloso forzando una leve sonrisa.

—Pensaba que te iba a encontrar en la cama.

—No me podía dormir.

—Lo siento. Lo siento de verdad.

Se sentó a su lado.

—Intento ser un tipo sensato, coherente... pero a veces, me siguen invadiendo las dudas, las preguntas y el por qué narices las cosas son tan difíciles de asimilar por mucho tiempo que pase.

—Creo que sé cómo te sientes.

Pablo cogió la foto de la mesa.

—¿Y esto?

—Quiero que te la quedes.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque solo tú puedes convertir esa imagen en algo bonito.

No puedo cambiar mi pasado, pero si puedo elegir mi presente.

Pablo escrutaba la imagen como si fuera la primera vez que la viera

—Es preciosa.

—Se llamaba Dani.

Daniel.

No me gustaría hablar de él, ni de nada que tenga que ver con él, ni de esa época.

¿Recuerdas cuando te dije que no te preocuparas, que era una época oscura superada? Pues te mentí. No está superada. Me creé una coraza ante una historia que contar que aunque cierta, no está completa. Así mi familia no se preocuparía tanto por mí y yo... ¡yo ya tenía motivos para seguir!

—Carlota ¿qué te hizo? ¿Qué te hicieron?

—No lo sé y no me preguntes más, por favor. —Su voz sonó a dolor y súplica. —Se pasó el dorso de su mano por la cara —Te voy a contar algo nuevo.

Ese cuadro que pintó mi hermano y que tanto te gustó...

—Tú época oscura.

Asintió

—Mi época oscura... Estábamos en el estudio, él pintó ese cuadro y yo pinté el que está en mi habitación.

El de mi habitación se llama «Caos» y es curioso como los dos pintáramos sobre lo mismo sin ponernos de acuerdo.

Tanto como que él me dijera: «Este cuadro representa tu época oscura» y lo que yo pinté no deja de ser el caos que aún vive dentro de mí en mi época actual.

Te cuento todo esto porque creo que necesitas saberlo y porque quiero que después de esta noche

no haya más preguntas, porque aunque no me obligas a nada yo me siento en la obligación de contártelo y esa obligación no me gusta.

También quiero que te quedes tranquilo, porque desde que llegaste, ese caos se ha calmado... hasta hoy.

Lo de hoy no me ha gustado y sigo creyendo que has sido egoísta.

—Sólo quiero saber de ti.

—Sabes más que nadie de mí.

Yo no te pregunto tanto de tu pasado.

—Podrías hacerlo si quisieras.

— Solamente te he pedido no invadir una parcela de mi vida y en ocasiones parece que solo te interesa entrar en esa.

Tú eres más reservado que yo. Apenas sentencias

con un par de frases y yo tengo la necesidad de explicarlo absolutamente todo.

Cuando me cuestionas me hieres porque yo voy contigo a tumba abierta.

—Carlota, durante gran parte de mi vida he caminado por el paseo de los tristes.

He ido corriendo en sentido contrario a la felicidad porque con la enfermedad de mi madre no se me permitía ser feliz.

Quería escuchar música como hacían los chicos de mi edad. Salir de fiesta. Trasnchar. Irme a dormir a casa de algún compañero del instituto.

No entendía las broncas de mi padre si ponía un simple CD un sábado por la mañana, ni yo me hacía entender al decir que quería salir y que eso no significaba no desear la mejoría en casa... o que no quisiera a mi madre.

Crecí con una falta brutal de oxígeno hasta entré en

la carrera.

Allí respiré por fin.

Conocí a Virginia y con el tiempo otro tipo de dolor.

Pero daba iba igual, respiraba. Me sentía pleno.

Pero después de todo, si echo la vida atrás, mi adolescencia se fue con mi madre y eso tampoco es fácil de recordar.

Eso me ha pasado hoy. He recordado y me he quedado sin oxígeno porque contigo he hecho algo que no había hecho antes.

También quiero que sepas que no te voy a preguntar, ni a obligar a contarme nada que no quieras. Intentaré ser más empático con ese tema para saber callar.

—Gracias.

—Lo que has hecho hoy en el coche ha sido increíble. Te has ido y no estabas enfadada.

—Me he ido porque no entendía absolutamente nada y si me llego a quedar sí que habría acabado en enfado.

Aun así, me has regalado una tarde complicada.

—Lo siento —. Pablo sostenía la foto de Carlota en las manos la cual le mostró con ternura —La pondré en casa, si me dejas.

—Es tuya. Puedes hacer con ella lo que quieras.

No me has dado ni un beso.

Carlota hizo un mohín de decepción.

—Eso tiene fácil solución.

Pablo se acurrucó sobre las piernas de Carlota en el sofá.

—Tengo miedo, Carlota. Pero no voy a permitir... nunca voy a permitir que el miedo condicione lo que realmente quiero en mi vida.

Ella hundió su nariz en su cuello y le dio un delicado beso en la mejilla.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Una pizza. No he cenado.

—Idiota.

—A ti, mandona. Te quiero a ti.

Desde la habitación, Hugo comenzó a llamarla — ¡Mami!

—Lleva toda la tarde preocupado por mí ¿Me dejas que vaya un segundito?

—Puedo ir yo.

—¿Quieres?

—Claro.

Pablo se levantó sonriente hacia la habitación del pequeño, se agachó a su lado en la cama y le susurró —Hola colega ya han llegado los refuerzos

—¿Qué son refuerzos?

—Refuerzos se usa cuando necesitas que alguien venga a ayudarte.

—Quiero agua.

—Te la traigo ahora mismo ¿me esperas?

—Claro, quiero beber.

Pablo sonrió y le arremolinó el cabello.

Al darse la vuelta vio a Carlota apoyada en el quicio de la puerta. Él la miró incrédulo.

—No te fías de mí.

—Sí que me fío, pero no quería perdérmelo —. Cuando Pablo pasó por su lado le sujetó la mano con delicadeza —Te espero en la cama ¿vale?

Capítulo 12

45 r.p.m.

El tiempo hizo su trabajo y le regaló días al calendario.

Carlota conoció a sus suegros en un almuerzo con prisas en un restaurante de la capital.

La relación padre e hijo era tan correcta como extraña, al menos, a ojos de ella quién acostumbrada a sus conversaciones familiares y a sus eternas sobremesas no llegaba entender esos silencios tan correctos como intensos e incómodos.

Echaba de menos las risas, los cotilleos y el jugar al juego de no dejar títere con cabeza.

Pablo sentenció en el coche de vuelta a casa —La mujer de mi padre es una estirada.

No lo había escuchado nunca criticar a alguien. Le sorprendió.

Además, le resultaba curioso como nunca se refería a ella por su nombre, si no siempre como «La mujer de su padre»

—Tu padre se ve buena persona. Os parecéis.

—Físicamente sí. De carácter soy como mi madre.

—Me hubiera encantado conocerla.

—Y a mí.

Pablo también conoció a casi toda la familia Vega Rodríguez e incluso a Sonia quién hizo un viaje exprés a España para ver a la familia y estar en el cumpleaños de Hugo, sin marido ni hijos.

Se quedó un par de noches con ellos, Carlota pudo mostrar, al fin, su lado más divertido y por primera vez él la pudo ver plenamente feliz.

La cotidianeidad de la pareja fue aumentando con los días; aprendieron a no hablar de lo que aun dolía y a dejar los recuerdos olvidados al fondo de un cajón en el archivo de sus conciencias. O eso querían creer.

Una tarde a Carlota y Guille le peligraba la entrega de un trabajo a tiempo.

Miriam solía ser la llamada de emergencia en esos casos, o si ella no podía, recurrían a sus padres cuando tenían margen de reacción.

En el peor de los casos, el pequeño acababa en el estudio viendo dibujos animados en la *tablet* y rezando porque eso le fuera suficiente.

Ese medio día, en su casa, cuando ella paró escasos minutos a comer, miró a Pablo con una

sonrisa sincera y le preguntó —¿Te quedarías esta tarde con Hugo? Si os portáis bien te lo recompenso luego con cena y... postre.

—¿Me lo preguntas en serio?

Carlota asintió.

Ese día le entregó su mundo aunque él nunca llegara del todo a saberlo.

...

El verano trajo consigo las vacaciones.

Alquilaron por un mes un apartamento cerca de la playa de la caleta, disfrutaron juntos del mar y de las eternas noches de terraza, de silencios y de ellos.

Sin aditivos.

Sin nada que agregar porque todo lo que querían, estaba.

Viajar con un niño era un auténtico engorro.

Desmontar media casa para unos cuantos días, más todos los juguetes que acabas comprando para que los días de playa sean perfectos y tengan al niño entretenido la mayor parte del tiempo.

Pablo y Hugo se convirtieron en licenciados en arquitectura, en la especialidad de castillos de arena y demoliciones a lo *Incredible Hulk*.

Carlota hacía fotos sonriente de los que sin duda alguna se habían convertido en los días más perfectos vividos hasta el momento.

El primer fin de semana tuvieron la visita relámpago de Marcos y Carlos, los cuales se iban unas semanas a Marruecos, cuadraron los días y compartieron risas de verano.

El segundo sábado de sus vacaciones Pablo y Hugo disfrutaban de la siesta, Carlota aprovechó para hablar por Skype con Sonia y por teléfono con sus padres y otras gestiones que tenía pendiente desde hacía días.

Cuando acabó se acercó a la habitación. Hugo dormía cruzado en la cama encima de las piernas de Pablo. Se acercó y se agachó al lado de este.

Le acarició la mejilla y le susurró —Como sigáis durmiendo esta noche tendremos fiesta.

Pablo abrió levemente un ojo, como si la luz exterior le hiciera imposible terminar de alzar la vista.

—¿Nos estabas observando?

Asintió —El descanso placentero de mis dos personas favoritas.

Hugo se removió incómodo, Carlota se levantó de nuevo, se acercó a él y le dio un beso en la frente.

—Venga enano, que tienes que merendar.

Pablo se desperezó exageradamente

—Tengo las piernas dormidas

—Ya sabes lo que es dormir con dieciséis kilos sobre ellas.

—No para quieto ni dormido.

—¡Levantaos ya, anda! Los dos.

Esa misma tarde y por sorpresa aparecieron Miriam y Guille, ofreciendo un servicio de guardería de noche a cambio de alojamiento y rayos de sol.

No solo aceptaron la invitación, sino que aquella misma noche tuvieron una cita con aquella ciudad.

Cenaron con velas y unas maravillosas vistas a Santa Catalina.

La bronceada piel de Carlota, su largo vestido blanco y los destellos dorados de su pelo a la luz de las velas convirtieron el momento más mágico que la estampa que regalaba el castillo al fondo.

—Se te ha pegado muchísimo el color, pero aun tienes la nariz colorada, pequeña.

—Soy la edición veraniega de *Rudolph*.

—¿Cómo se te ocurrió Cádiz como lugar de vacaciones?

—Si este entorno ha dado para tantas canciones y tantos libros, debe de ser por algo ¿no crees? Además este sitio y voy a sonar súper ñoña ahora mismo, hace que te vea tan guapo, que te quiera

tanto y que me sienta tan— bajó el tono de su voz —jodidamente privilegiada...

Pablo le acarició la mano con un impulso nervioso acompañado de una carajada —Yo también te quiero *Joven Padawan* deslenguada.

—No encontraba una forma mejor de definirlo.

Pasearon abrazados por la orilla de la Playa del Balneario con la luna llena sobre la Caleta alumbrando sus pasos.

Casi como en un susurro y con la vista perdida en el infinito de la dorada arena, Carlota le dijo —Tengo la sensación de que me he perdido tantas cosas en la vida.

—Bueno, nunca es tarde para encontrarlas.

—Voy a cometer una excepción y te voy a decir algo pero no quiero preguntas de ningún tipo ¿vale?

Pablo asintió y ella prosiguió

—Miro atrás y no tengo nada que echar de menos ¿sabes? Eso es muy triste.

Él se giró, le apartó los cabellos de la cara, la sujetó por las mejillas con delicadeza y arrugando la nariz le hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No sirve de nada eso ahora ¿verdad? Pues ya está. Estamos aquí. Esto es hoy. Es lo que importa.

Carlota lo abrazó quedando su cabeza entre hombro y cuello. Respirándolo. Escuchando el susurro de las olas a su espalda y aquella noche de verano, en un rincón mítico del sur, Pablo supo parar el tiempo.

...

La vuelta a Madrid fue complicada.

Lo era la realidad.

Preparar todas las cosas del colegio para Hugo. El comprar el uniforme, los libros...

La rutina de un día a día que aparentemente parecía cómoda y controlada.

Conducía Carlota ya que Pablo trabajaba al día siguiente.

Con la vista oculta tras unas gafas de sol de estilo aviador, mirando fijamente al horizonte de asfalto y la voz de *Sting* sonando de fondo en la radio. Hugo estaba medianamente controlado con un DVD de dibujos animados.

Sus pensamientos viajaban a mil kilómetros por hora como si parte de su esencia personal se fuera quedando en el camino de vuelta a casa.

No tenía ni idea de por qué la invadía esa

sensación de desasosiego, pero lo cierto es que no le gustaba.

Tenía claro su futuro.

Lo tenía claro desde hacía muchísimo tiempo como hacía aún más que no tenía nada claro su pasado.

—Como dijera aquel viejo en la película «un penique por tus pensamientos»

Ella ironizó su respuesta.

—No preguntes algo de lo que no quieres saber la respuesta.

—Reformula tu respuesta por un «No me preguntes lo que no quiero contestar» mejor ¿no?

Tampoco le gustó la respuesta de Pablo. Giró su

cabeza pero no lo vio molesto.

Lo vio como uno de esos militares de película que vuelven de la guerra con una maleta llena de momentos pesados de los que no se pueden despojar.

Intentó restarle importancia al momento cambiando el tema de conversación.

—Mañana nos iremos con Guille y Miriam al pueblo a ver a mis padres.

—¿Os quedáis allí?

—No. Volveremos por la tarde.

—Podríamos ir todos el fin de semana.

—Lo he pensado, no te creas. Pero sabes que mi madre me la liaría por no ir a verla después de estar tanto tiempo fuera. Así que vamos mañana, ven a Hugo que es lo que realmente añoran— hizo

un gesto de burla — y el fin de semana que se vengan ellos a comer a casa ¿te parece?

—¿Quieres que conduzca yo un rato?

—No, descansa. Que la vuelta al trabajo será dura.

...

Volver a casa, abrir la puerta y sentirte a salvo era algo que le sucedía siempre que pasaba unos días fuera.

Esta vez no vivió esto de forma tan intensa.

Aun así, respiró profundamente al tiempo que abría las persianas —¡Hogar, dulce hogar!

Capítulo 13

El final del verano

Pablo ya estaba totalmente integrado en el trabajo, con algún que otro viaje y juicios a primera hora de la mañana.

Hugo también había empezado ya la escuela.

Los dos primeros días sólo por cuatro horas dado que aún no funcionaba el servicio de comedor. Así también tenía un pequeño periodo de adaptación y a partir de ahí vuelta a la normalidad de madrugones y de quedarse dormido nada más salir del baño.

Carlota y Guille, en cambio, aún no habían abierto el estudio.

El verano siempre era una época floja laboralmente hablando, que se ve recompensada con un exceso de trabajo en otoño e invierno y aunque el final del verano estuviese cerca, el poco trabajo que tenían les permitía llevarlo a cabo desde casa y si acaso, acercarse un par de horas por el estudio.

Un jueves por la tarde Carlota decidió no aplazar más la limpieza general de su casa.

Quería hacerlo antes de que llegaran las lluvias y en Madrid, ya había empezado a refrescar.

Había guardado la ropa de verano y sacado la de entretiempo. Había puesto la lavadora tantas veces que maldecía la cantidad de ropa que tenían cada vez que se asomaba por el tendedero. Había incluso ordenado los cajones.

Pablo apareció a última hora de la tarde, con la corbata aflojada y cara de cansancio cuando

Carlota seguía ordenando ropa de Hugo.

—Vaya cara traes, caballero —. Le dijo al tiempo que le daba un delicado beso.

—Estoy derrotado. ¿Esto no lo íbamos a hacer juntos a partir de mañana?

—No... bueno sí, pero así mañana está acabado y si mis padres vienen el sábado podemos estar totalmente tranquilos y relajados. ¿Te quedas esta noche?

—No, pequeña. Me voy a casa. Me he traído trabajo y aquí ni te iba a ayudar ni iba a poder trabajar mucho.

—Bueno, no te preocupes.

—Me fastidia, porque lo íbamos a hacer juntos y al final te lo vas a cargar tú todo.

—Mañana por la tarde me ayudas, que para eso no

trabajas ¿te parece?

—No tengo otra opción... Te me adelantas. ¿Te puedo ayudar en algo antes de irme?

—De verdad, no te preocupes.

—¿Baño a Hugo?

—¿Con el traje? ¿Estás loco?

—No mujer, me cambio. Así estamos un ratito bajo el mismo techo, al menos.

Carlota le sonrió agradecida, mientras ella seguía doblando ropa de la habitación de su hijo. —Me has convencido, abogado.

A pesar de la normalidad en el ambiente los problemas reales llegaron a la tarde siguiente.

Cuando juntos arreglaban el salón a media tarde. Hugo seguía con su siesta de rigor y mientras

Carlota fregaba algunos cacharros, Pablo ordenaba el mueble blanco del televisor.

Sostuvo en sus manos la foto de Carlota y Hugo junto al mar cuando aún no se conocían. Al lado había una nueva en un marco idéntico al anterior de los pies de Pablo y los de Hugo a orillas del atlántico.

Sonrió con dulzura al verse.

Abrió una pequeña puerta corredera en la parte baja a la derecha del mueble dónde Carlota guardaba las botellas de alcohol y al fondo, de pie, se encontraba el álbum de fotos negro que ella escondía con recelo.

Pablo colocó con cuidado las botellas en el suelo y le preguntó a Carlota curioso —¿Qué es esto? Al tiempo que lo abría.

—¿El qué? —Preguntó ella sin girarse.

No recibió respuesta. Se secó las manos, se giró y vio a

Pablo observando la primera página de fotos y recortes

—¡Mierda, Pablo! ¡No abras eso, por favor!—. Se acercó corriendo y se lo quitó de las manos. — ¡Joder! ¡Te he dicho que no lo abras!

—¡Vaya! ¡La encontré! La caja de pandora —. Dijo sorprendido.

No pudo ver mucho.

La primera fotografía era de cuatro cabezas fotografiadas desde arriba dándose un beso en los labios al mismo tiempo, envueltos en humo de quién sabe qué, humo que salían de sus bocas.

Reconoció perfectamente la cabeza de Carlota, pero no a ella.

En otra, había un chico apoyado en una moto.

Más abajo estaba el mismo grupo, disperso en un portal y rodeado de botellas.

En la imagen Carlota tenía el rímel corrido por debajo de los ojos y las ojeras bastante pronunciadas.

Arrojó el álbum al sofá y se tapó la cara con las manos. Respiraba nerviosa.

Pablo se puso de pie y comenzó a hablar. Calmado, pero vencido a la par que sincero

—Cuando te conocí, me prometí que iba a quererte para siempre, Carlota.

Ahora mismo no sé si podré cumplirlo.

He llegado a comprender que siempre voy a ser un

número dos en tu vida.

¡Créeme! No es fácil acostumbrarse a ser secundario para quién en tu vida es protagonista.

Por todos es sabido que al secundario siempre le van mejor los papeles de amigo.

Eres prioritaria en mí. En todo.

La protagonista absoluta de mi vida y... yo me acostumbré a no serlo para ti.

Carlota comenzó a llorar, pero Pablo prosiguió

—¿Sabes? Creo que tus temores están también por delante de nuestra historia.

No he visto nada fuera de lo normal o realmente extraño dentro de ese álbum. Al menos, no en la primera hoja.

Tan solo a una joven alocada con sus amigos.

Es muy jodido no poder hacerte preguntas.

Me has contado todo lo que has querido, pero con el condicionante de yo no poder hacer preguntas y eso, es egoísta.

Por otro lado me parte el alma verte llorar, pero creo, que debo de hacer algo que hiciste tú una vez.

Irme.

Dejarte sola e incluso, tal vez, dejarte ir.

Yo también me voy a marchar y ahora sí, ahora dependerá de ti que nos volvamos a ver y cómo nos volveremos a ver.

—Pablo...

—Carlota, me casaría contigo ahora mismo si eso solucionara todo lo que llevas dentro y matara a todos tus fantasmas.

—No soy de las que se casan... —Respondió entre lágrimas intentando buscar sensatez con un poco de ironía.

—Interesante que esa sea la respuesta a todo lo que te he dicho.

Yo también debo de ser egoísta. Empiezo a necesitar un paso más por tu parte.

En fin —. Suspiró —La pelota está en tu tejado... eso, si en el camino no se ha pinchado.

—Pablo, te puedo dar todas las respuestas que necesites.

Cogió las llaves del coche, el móvil y en la puerta le dijo

—Espero que no sea tarde...

—¡Pablo, por favor, no te vayas!

—Sabes dónde puedes encontrarme.

Quería correr tras él y decirle todo lo que quería desde hacía mucho tiempo.

Pero no podía hacerlo.

Tenía a Hugo y le faltaba el principal detalle para solucionar esa historia.

Llamó a Guille

—¡Willy!

Guille respondió preocupado —Charlotte ¿Qué te pasa?

—Pablo se ha ido. ¿Puedes venir a quedarte con Hugo? Voy a hacerlo.

—¿Ya?

—O lo hago ya o lo pierdo.

—Voy para allá. Dame media hora. Ni se te ocurra decirle nada a nadie aún.

—¿Qué voy a decir y a quién? Va a salir bien ¿verdad?

—Si no sale bien es que es gilipollas.

Carlota intentó aguantar en calma.

Recogió las botellas del salón y las guardó en su mueble.

Sentada en el sofá quitó una a una las fotos del álbum de fotos.

Las miraba.

Las escrutaba entre los colores caleidoscópicos que le regalaban sus lágrimas.

Rompió todas menos una que guardó en su bolso.

Cuando Guille llegó, con prisas cogió la gabardina, le dio un beso en la mejilla a su hermano y le dijo —Deséame suerte.

—No te hace falta, pero suerte.

Respiró profundamente y se fue.

Pasó por el bufete de Pablo primero, aunque sabía que no iba a estar allí.

Carlota llegó a la puerta de su casa vestida con una fina gabardina, camiseta, vaqueros, unas *All Stars* negras y un puñado de nervios.

Posó la mano en la blanca puerta por unos segundos antes de llamar.

Cerró los ojos con fuerza intentando controlar el remolino de sensaciones que la invadían.

Llamó con los nudillos dos veces y seguido al timbre.

Nadie le abrió.

Buscó las llaves en su bolso y entró.

Escuchaba el sonido de la ducha, así que se sentó en el sofá y lo esperó.

La espera más larga que podía recordar.

Segundos eternos que se clavaban en su sien como pequeños alfileres montando una fiesta. Uno por cada segundo que pasaba.

Cuando escuchó la puerta, se puso de pie y respiró con fuerza.

Pablo apareció con la toalla amarrada a la cintura.

—¡Coño Carlota! ¡Qué susto me has dado!

—Hola —. Acertó a decir.

—Me voy a poner un pantalón y vengo ¿vale?

Ella asintió.

«La espera continúa» pensó.

Cuando Pablo volvió, Carlota le rogó —¿Me puedes dar un vaso de agua, por favor?

Pablo resopló con algo de indignación, se dirigió a la cocina y volvió con un vaso grande de agua.

Se lo extendió y se apoyó con los brazos cruzados en el mueble de su salón.

Carlota dio un trago largo al agua. Dejó el vaso sobre la pequeña mesa y con la vista perdida en un

punto intermedio del suelo, con los codos apoyados en sus piernas comenzó a hablar.

—No sé muy bien por dónde empezar, Pablo.

Esto no debía de haber sido así —. Le temblaban las manos y hacía enormes esfuerzos por no romper de nuevo a llorar. —Dime algo, por favor.

—Te escucho. Es lo único que te puedo decir.

Tomó de nuevo el vaso de agua y volvió a beber. Esta vez un trago más pequeño.

—Bien —. Dijo al tiempo que lo volvía a dejar en la mesa —No te voy a mentir. Tengo miedo... Muchísimo.

Abrió su bolso y sacó un sobre grande marrón y la

foto que había sobrevivido de su álbum.

—Espero que esto no sea un final, Pablo. Pero hoy las decisiones más importantes de mi vida las vas a tomar tú y no yo. ¡Ya ves! Sigo siendo una egoísta.

Le extendió la foto.

—Quiero que guardes esto. Quiero que lo guardes tú por si Hugo algún día pregunta quién es su padre.

Si algún día tú y yo dejamos de ser tú y yo, espero que se la des a Guille. Él sabrá qué hacer con ella.

Era la foto del chico delante de la moto.

Pablo la miró y asintió, al tiempo que giró la cabeza para ver la de ella embarazada de Hugo que él tenía sobre su mesa.

Con el rostro bastante serio y con la foto en las manos le preguntó —¿Qué decisión voy a tomar yo? Veo que esta la tienes muy clara y además creo que no te estoy entiendo, la verdad.

Carlota le acercó el sobre marrón con un logo impreso en él que Pablo reconoció al instante.

—Esto es de mi bufete.

—Sí. Necesitaba ayuda de fuera.

Tienes una secretaria fantástica.

Pero espera, no lo abras aún —. Carlota comenzó a llorar. Se limpió las lágrimas con el reverso de una mano y le pregunto —¿Te puedo pedir algo una vez más?

—Dime.

—Antes de abrir ese sobre, deja que me explique,

por favor. Es posible que no pueda seguir hablando si me paro.

—Sorpréndeme.

—¿Sabes, Pablo? Al final la historia no se diferencia tanto de la realidad.

Quería haberme deshecho de todas esas fotos antes de que las vieras, porque has conseguido que ya no recuerde cómo era.

Cuando llegamos de vacaciones no quería que vinieras al pueblo porque necesitaba hablar con todos y necesitaba hacerlo sin ti.

Me pides un paso más y yo ya tenía preparado darlos todos de golpe.

Desde hace tiempo lo tengo todo bastante claro. No es una decisión que llega hoy a la ligera por todo lo que ha pasado.

Pero también necesito decirte, que si tienes la más

mínima de las dudas, no tienes por qué llevar nada a cabo.

Me he pasado cuatro años inventando las historias de un superhéroe que velaba por Hugo y por mí... A ese superhéroe le pusimos cara hace un año y he tardado casi el mismo tiempo en darme cuenta.

He vivido con el temor de encontrarme por la calle con la familia de Dani, de que me llegara una orden judicial pidiéndome conocer a Hugo o algo por el estilo.

Es muy duro vivir así, con esa incertidumbre constante.

Pero todo cambió cuando tú llegaste.

Sensato y decidido. Sin miedos.

Nos has rescatado, Pablo —. Carlota era incapaz de dejar de llorar. Se limpiaba las lágrimas con las manos — y sólo si tú quieres, cambiaremos la historia.

Carlota buscó pañuelos de papel en su bolso al tiempo que Pablo abría el sobre.

No quería mirarlo.

No quería ver el resquicio de la duda en sus ojos.

Cuando tuvo el valor de hacerlo acertó a decir — Si para ti fuera importante que me casara contigo, no dudes ni por un segundo que lo haría, pero como ves, te estoy entregando todo mi mundo en esos cuatro papeles.

A Pablo se le humedecieron los ojos.

Leía con detenimiento los impresos que tenía entre las manos.

Su respiración se aceleró.

Carlota se acercó a él dándole un beso en la mejilla.

—Te quiero, Pablo. Eres uno de los dos protagonistas de mi vida y siento no habértelo sabido demostrar.

Pablo miró de nuevo los papeles al tiempo que las lágrimas iban deslizándose por sus mejillas —¿En serio?

Carlota asintió. —Hubiera preferido que no hubiese sido tan precipitado. Haberlo hecho mejor...

—¡Madre mía! —Pablo se llevó la mano a la boca conteniendo la emoción. Estuvo así por unos segundos, mirando al techo sin decir nada.

Carlota no sabía qué hacer, se limpiaba sus lágrimas con el reverso de la mano, de pie, delante de él y siendo totalmente escéptica.

—Pablo, dime algo, por favor.

—¿De verdad quieres que sea el padre de Hugo?

Se acercó a él tímida y con un pequeño hilo de voz le dijo —Quiero que seas el padre de todos mis hijos.

Pablo la estrechó entre sus brazos con fuerza

—¿Cómo se lo vamos a decir?

—Te quiere. Te queremos. No será difícil.

Fin

Agradecimientos

A mis pilares fundamentales en todo y para todo:

Mis padres, la sinceridad pese a todo. Mi primera y última opción. Los mejores.

Mis hermanos, aunque a veces estén escondidos de la primera línea siempre están ahí, receptivos, aliados... hermanos.

Mi cuñada, una más desde hace casi veinte años y eso, es algo maravilloso.

Irene, mi sobrina, la protagonista absoluta de nuestras vidas. El motor que nos guía a un futuro mejor.

Sobra decir cuánto os quiero.

A mi gran familia. A los Cárdenas y a los Sánchez.
A los que están y sobre todo, a los que no.

En especial a Raphi, Rocío, Ana y Yoli, porque nos tocó vivir la mayor lección que nos podía dar la vida y nos tocó aprenderla juntos. Nos hemos convertido en algo inseparable, irrompible e intangible que siempre llevará consigo lo bueno y malo del recuerdo. También sobra decir cuánto os quiero.

A la familia que yo cierto día elegí: Mis amigos.

A los Delgado Farelo. Gonzalo, Carmen, Alicia, Javi, Noelia y Leo. Gracias por dejarme Ser y Estar. Por quererme, por tenerme tanto en cuenta, por ser una más en una casa que hace tiempo que siento como mía.

A Sonia Ballesteros. Es curioso como en «El Abecedario» faltaron letras para dedicarte las palabras que mereces.

He querido que uno de los personajes de esta historia llevara tu nombre y también mucho de ti. Porque es increíble la suerte que tengo de tenerte tan cerca estando tan lejos.

A Patri del Sol, por ser amiga y compañera de desayunos, por no decir nunca que no a las locuras que le propongo si llevan consigo una instantánea en 50mm. 1.4, por volver a hacer magia con su cámara y regalarle al mundo lo que solamente yo veía en mi cabeza. Gracias infinitas.

A Macu y Javi, porque somos una pareja de tres. De risas infinitas, de quedarse traspuestos en el sofá, de vinos y comidas copiosas. De karaokes y fotos instantáneas. De ayer, hoy, mañana y siempre.

A Rocío Estudillo y Luis Santamaría (extensible a toda la familia Estudillo–Varela) Me faltarán días en esta vida para daros las gracias por tanto. Por llegar y sobre todo, por quedaros.

A María Villalón, porque los sueños se hacen realidad... solo hay que saber esperar. GRACIAS, siempre. Somos un equipo de locos enamorados de un montón de historias que contar e incluso, que cantar.

A Pilar Diego, fuiste otro de los errores del Abecedario. Fuiste la letra muda de los agradecimientos, perdóname por eso. Gracias por cada lectura, cada opinión y cada risa en mayúsculas.

A Berta Hernández. Amiga, pasito a pasito vamos llegando.

Ya en pantalla grande. Ahora pedimos que dejen que te quedes, que te valoren y que llegue de una maldita vez la igualdad al mundo del cine.

A Sonia y Mari Carmen, porque el ejemplo que llevaba tras de sí Corazón de León os puso en mi camino. Gracias por todo lo que luchasteis en silencio. ¡Mereció la pena!

A Óscar y Vanesa, porque cuando te bajas de un tren (o sin bajarte de él) y entras por las puertas de *Babel Station*, sientes que ya, has llegado a casa.

A Visión Sonora (Seba, inclúyete aquí también), por sus canciones, su amistad y esa sonrisa sincera que ilumina nuestra cara cada vez que coincidimos.

A Virginia Adán y las Burguer Party, por las risas, por las lecturas... por las que quedan.

A Pilar R. Osso. Te has convertido en una imprescindible. Gracias por el cariño que pones en cada entrevista que me haces, por la sinceridad,

los excesos de cafeína y darle sentido a la palabra amistad. Por poner en mí camino a Andrés Barrero y por quedaros ambos a mi lado.

A Dalía Ramos y Adolfo Zarandieta, porque la magia de la comunicación gana sentido si llevan vuestra rúbrica. Gracias por lo que sois, porque el destino me pone por delante a maestros de los que aprender y me los pone disfrazados de amigos de los de verdad.

A Belén Castillo, Abraham Moreno, Mi manolilla británica (Rocío), Juan Carlos Orta y María, Salud Román y familia, María Rodríguez, Manolo Rodríguez, Antonia Parra, Anabel y Cristina Conde, Beatriz Vizcaíno, María José Vidal, Carmen Rodríguez y Manuel, Virginia Rodríguez, Wenceslao Font, Leticia Pazos, Pilar Baquero, César López y familia... en definitiva, a todos los que hacéis mi vida más bonita cada vez que nos vemos.

A Sara Trejo, por llegar entre letras, dejarlas en bares, canciones y mensajes. Gracias siempre.

Al Equipo Abecedario: Laura López y Raquel Jiménez.

Laura, me regalaste uno de los momentos más bonitos que alguien como yo puede vivir en su vida profesional. Gracias por eso y por mucho más.

Raquel, ambas formasteis algo precioso en torno a mi primera novela. Gracias por poner a tu familia entera patas arriba en torno a una historia sencilla que cada vez es más vuestra que mía.

A todo blog, reseña o entrevista. Sois los culpables de que «Cuando el abecedario empieza por la z» haya sido una de las novelas mejor valoradas. Gracias sinceras.

A los que faltan y salían, seguís estando.

A los que cada domingo me acompañan al otro lado del hilo radiofónico.

A la música que tanto sentido le ha dado a esta historia.

Y a ti, que llegarás para quedarte.

Laura Cárdenas